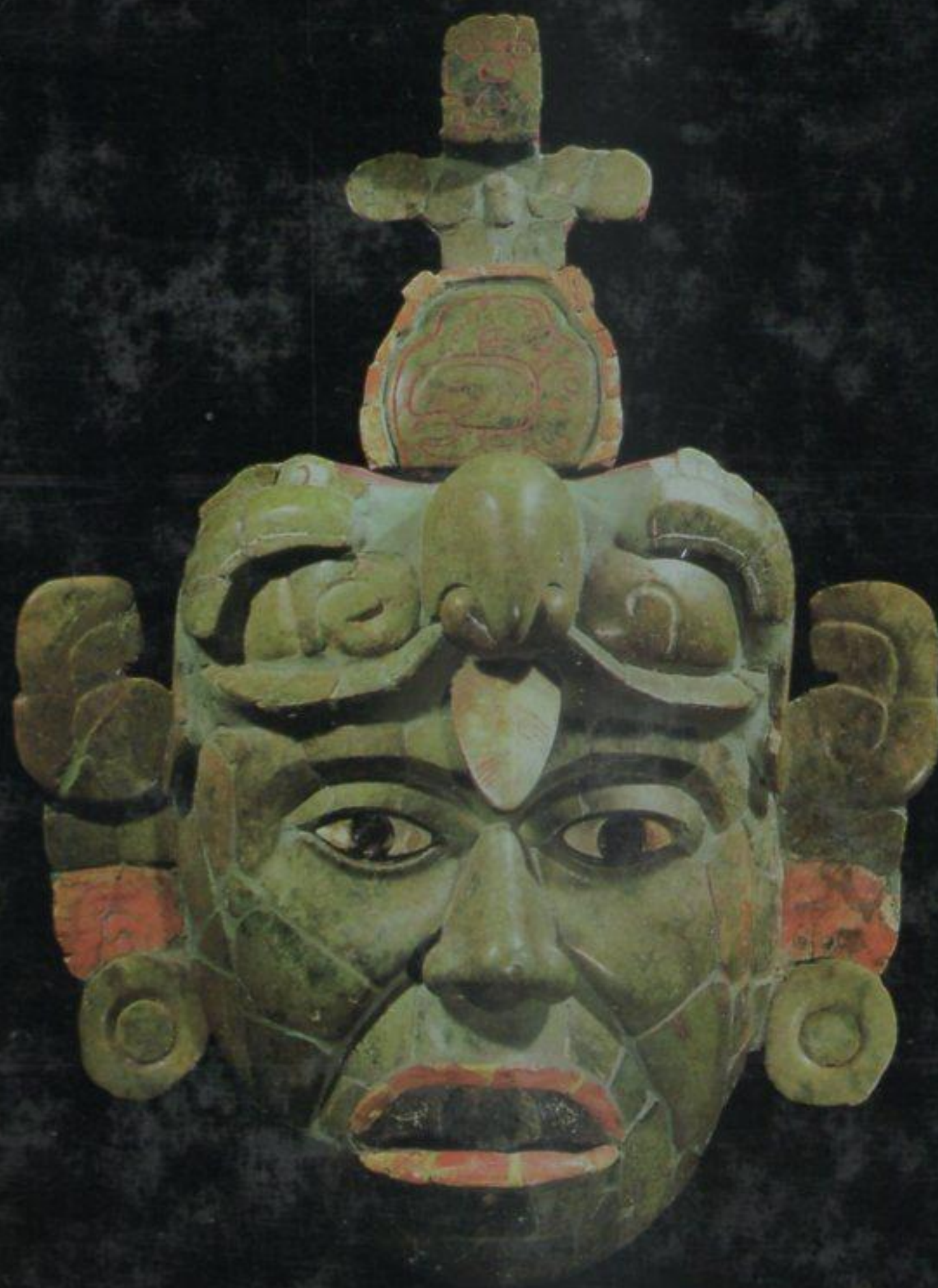


CIVILIZACIONES PERDIDAS

LOS MAYAS
II



TIME
LIFE
folio

LOS MAYAS

LOS MAYAS

SEGUNDA PARTE

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: John B. Carlson, Arthur Demarest, William L. Fash, Jr.,
Norman Hammond, Jeff Karl Kowalski
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
The Magnificent Maya

Traductor:
Rafael Aparicio

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S. A. (10-11-95)

ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0159-X (volumen 4)

Impresión:
Printer. Industria Gráfica
Sant Vicenç del Horts (Barcelona)

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

SUMARIO

Capítulo tercero	
LA REALEZA Y LAS SIMIENTES	
DE LA PERDICIÓN	
	81

<i>Espejos del pueblo</i>	
	107

Capítulo cuarto	
YUCATÁN, DONDE SE ACABARON	
LOS DÍAS FELICES	
	119

<i>Tesoros de los mayas</i>	
	151

Cronología	
	160

Agradecimientos	
	162

Créditos de las ilustraciones	
	162

Bibliografía	
	163

Índice	
	166



LA REALEZA Y LAS SIMIENTES DE LA PERDICIÓN

El notable arqueólogo mexicano Alberto Ruz estaba a punto de hacer uno de los descubrimientos más significativos de toda la historia de la arqueología maya en las profundidades del interior de la semidesmoronada pirámide que soportaba el misterioso Templo de las Inscripciones, de Palenque. Él y un equipo de trabajadores, que habían estado excavando en el yacimiento durante cuatro largas temporadas, estaban retirando escombros del final de un corredor cuando, en palabras de Ruz, «el capataz, medio asustado, vio que su palanca se hundía en el vacío». Ruz le indicó que apartara algunos escombros más y, tras ellos, apareció un estrecha oquedad. Gruesas capas de cal cubrían las paredes como una reluciente malla de vidrio, lo que daba a la oscura estancia un aspecto extremadamente surrealista.

Ruz escribió más tarde: «Por fin, a través de las confusas sombras, surgió una visión de cuento de hadas, una imagen etérea y fantástica, de otro mundo. Parecía una enorme gruta mágica excavada en el hielo, con unas paredes centelleantes y relucientes como cristales de nieve. Delicados festones de estalactitas colgaban como borlas de una cortina, y las estalagmitas del suelo parecían goterones lentamente acumulados de unas enormes velas. La impresión fue, ya en la realidad, de que se trataba de una capilla abandonada. De parte a parte de las paredes se extendían figuras de estuco en bajo-relieve. Luego mis ojos buscaron el suelo. Éste estaba cubierto casi en su totalidad por una gran losa de piedra labrada, en perfecto estado. Mientras contemplaba el interior atemorizado y atónito, iba describiendo a mis cole-

Poderoso soberano, este rey conocido como 18-Conejo mira fija y regiamente a quienes le contemplan en esta estela hallada en el centro cívico y ceremonial de Copán. Durante su reinado, el arte en la gran ciudad alcanzó cotas insuperables de esplendor.

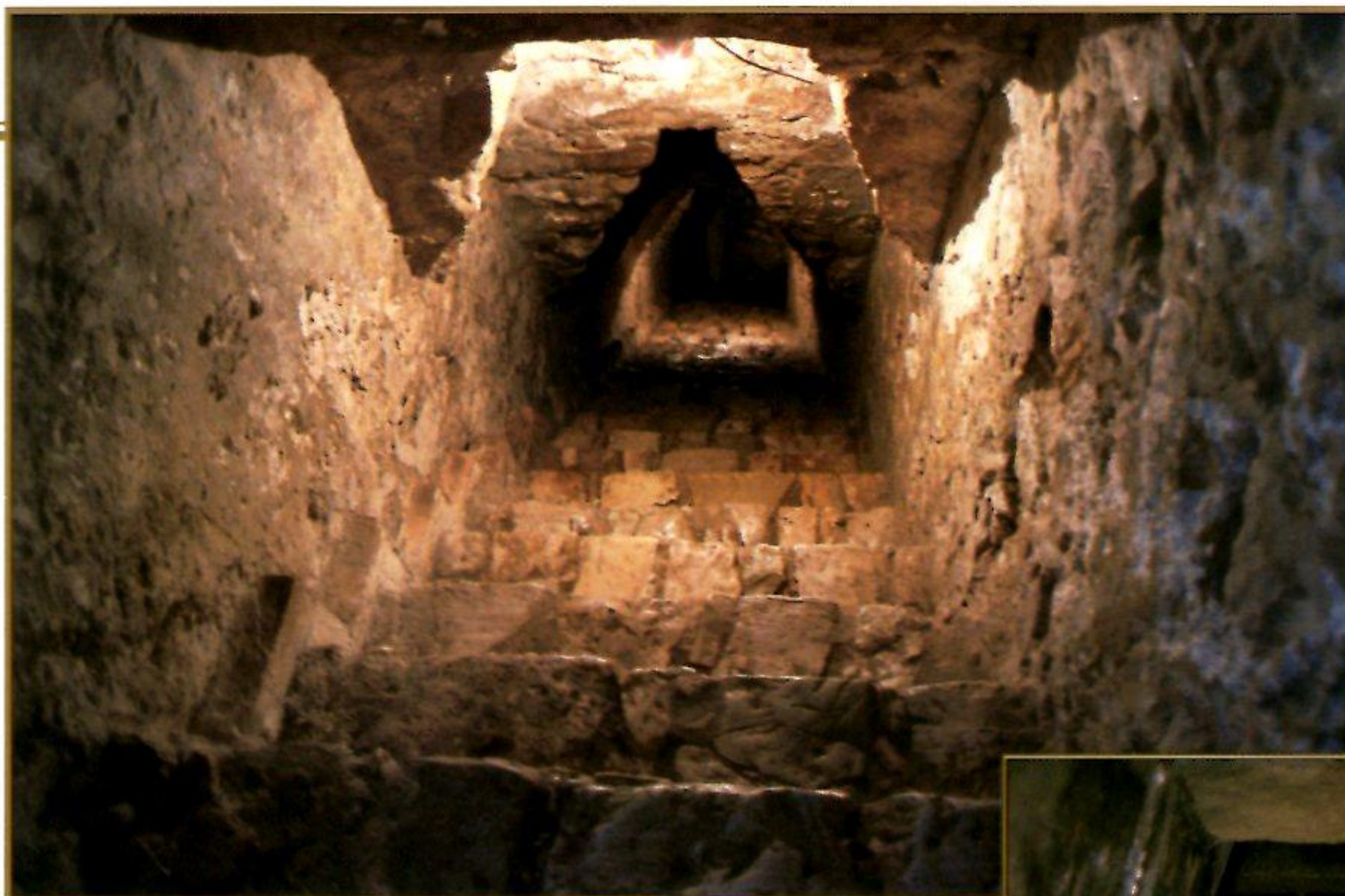
gas la maravillosa vista... pero ellos no me creyeron hasta que me apartaron a un lado y vieron con sus propios ojos el fascinante espectáculo. ¡Los nuestros eran los primeros ojos que lo veían en más de mil años!».

Cuando Ruz empezó sus investigaciones en Palenque en 1949, no se podía haber imaginado que el antiguo yacimiento iba a desvelar un secreto tan maravilloso. Porque, tal como tendría ocasión de comprobar, esta extraña cámara subterránea contenía no sólo un surtido de utensilios como jamás se había visto otro, sino que también se encontraba en ella el sarcófago de un soberano maya que había sido enterrado con la mayor de las pompas. Era una de las primeras veces en que se había encontrado una tumba dentro de una pirámide maya y el descubrimiento abriría nuevas vías para el estudio del mundo maya, muy en particular de las últimas etapas de esa fase de máxima gloria conocida como el Período Clásico. En los años siguientes, ésta y otras pruebas igualmente precursoras de nuevas orientaciones mostrarían a la monarquía maya en toda la plenitud de su poder y majestad y, al tiempo que lo hacían, aportarían pruebas tentadoras respecto a lo que había lanzado a una civilización tan espectacular y refinada a un abismo sin salvación posible.

En su propia época, el notable hallazgo de Ruz causó una sorprendente impresión. Aunque decenas de otros distinguidos arqueólogos habían visitado el Templo de las Inscripciones a lo largo de muchos años, atraídos por

Detrás del palacio de Palenque –coronado por una inusitada torre de cuatro alturas que posiblemente sirvió como observatorio astronómico– se levanta el Palacio de las Inscripciones. La más impresionante de las pirámides-tumba del continente americano, el templo contenía los restos del soberano maya del siglo séptimo Pacal. En sus días de mayor esplendor, la antigua ciudad era una maravilla para los ojos, con edificios de estuco rojo y adornos pintados de vivos colores amarillos, azules y verdes.

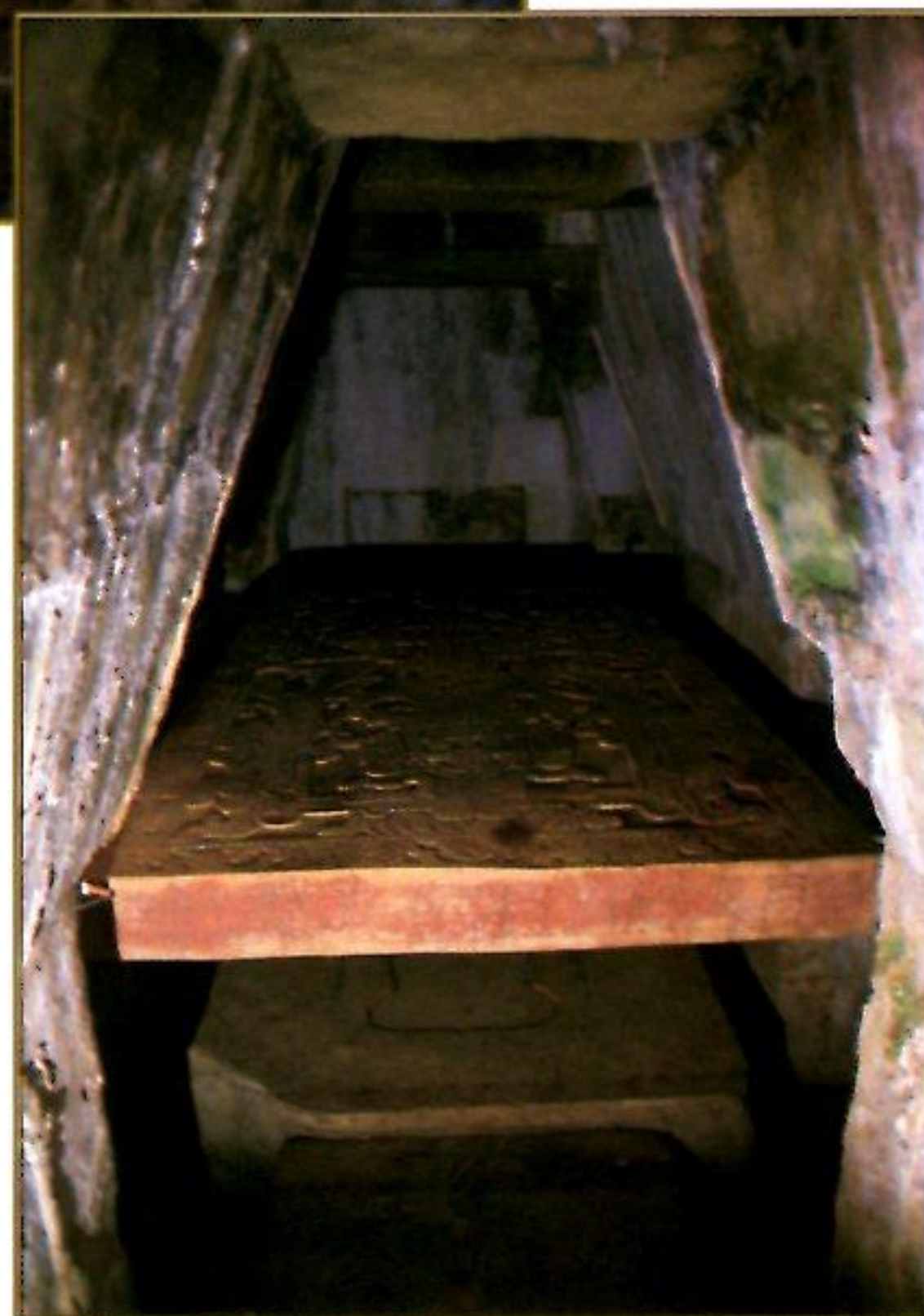




los intrigantes jeroglíficos que dieron su nombre a la edificación, ninguno había sospechado que en lo más profundo del interior de la pirámide se encontrara oculta una cámara sepulcral. Incluso Ruz, recién nombrado director de investigación en Palenque por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, fue lento a la hora de caer en la cuenta de la pista tan extraordinaria sobre la que había puesto sus pasos. A decir verdad, cuando inició su primera temporada de excavación, ésta parecía destinada a ser puramente rutinaria.

Sin embargo, a medida que fue progresando el trabajo, Ruz no pudo evitar que su atención se centrara en repetidas ocasiones sobre un curioso detalle del interior del templo. Al contrario que en la mayoría de los santuarios mayas, cuyos suelos estaban cubiertos con una capa de acabado en estuco, la cámara principal del Templo de las Inscripciones tenía una base de losas de piedra desnuda. Y en el centro había una piedra especialmente grande que tenía dos filas de orificios que la atravesaban de parte a parte, cada uno relleno con un tapón de piedra. Durante algún tiempo los estudiosos se habían estado preguntando qué significaría esta extraña peculiaridad, pero nadie había aventurado todavía una explicación plausible.

La piedra taladrada había intrigado a Ruz. Una y otra vez se encontró examinando el suelo en busca de una solución al enigma. Luego, un día en que estaba examinando el punto en que las paredes de la cámara interior se unían el suelo de losas de piedra, experimentó una sensación repentina de revelación. Fue entonces, como escribiría más tarde asemejando su investigación a la de un detective privado, «cuando encontré la colilla del cigarrillo del delincuente, el detalle arquitectónico que aportó un indicio cierto: las



Profundizando a través del suelo del Templo de las Inscripciones y dentro de su cimentación piramidal, esta reluciente escalera abovedada (foto superior) —en tiempos obstruida por 270 toneladas de escombros— baja 22 metros hasta la cámara sepulcral que contiene la magnífica tumba de piedra caliza de Pacal (arriba). La cripta mide 3,60 metros de un lado a otro en su punto más ancho.

paredes del templo continuaban por debajo del suelo, lo que demostraba que originalmente había alguna construcción a un nivel inferior conectada con el templo».

En cuanto a la losa de piedra taladrada, lo más probable es que los antiguos trabajadores hubieran pasado cuerdas a través de los orificios y las hubieran usado para colocar en su sitio este bloque final de solado. Al taponar los orificios, aparentemente habían tratado de sellar para siempre aquello que había por debajo, acaso algún tipo de cámara.

Tan pronto como hubo llegado a esta sorprendente conclusión, Ruz tomó la decisión de comprobar su teoría cavando en el suelo y optó por trabajar justo al lado de la losa taladrada, donde algunas de las otras losas ya habían sido rotas o retiradas, presumiblemente por anteriores buscadores de tesoros. Al principio parecía que su entusiasmo había sido infundado: todo lo que Ruz y sus colegas descubrieron fue una estrecha abertura bloqueada con fragmentos de piedra caliza y escombros. Sin embargo, cuando empezaron a retirar los residuos, aparecieron los primeros peldaños de un tramo de escalones de piedra que, aparentemente, llevaba en su descenso hacia las profundidades de la pirámide. Pero para penetrar más abajo, tendrían que retirar las grandes piedras y el yeso que bloqueaban su camino. El calor, la humedad y un polvo asfixiante creaban unas condiciones de trabajo insostenibles y cada vez se hacía más difícil retirar las grandes piedras. Ruz lo recordaba así: «Tan difícil era la faena de fragmentar los escombros aglomerados que nos bloqueaban el paso y extraer al exterior los cascotes con ayuda de maromas y poleas, que con el trabajo de la primera temporada, solamente pudimos bajar 23 escalones, unos ocho por mes».



Escenas mitológicas labradas en relieve sobre la losa de 4.500 kilos que recubría el ataúd de Pacal representan al soberano en el momento de su muerte. En el centro, Pacal cae dentro del Inframundo, arrastrado hacia abajo por una especie de tentáculos de unos dragones, mientras que el axis mundi, o Árbol del Mundo, se levanta tras él, coronado por un pájaro celestial. Adornando los bordes hay imágenes que ilustran la progresión diaria del sol hacia el oeste hasta hundirse en la noche.

Una de las dos piezas encontradas por debajo de la tumba del Gran Señor Pacal, esta cabeza de estuco de 42,5 centímetros –que se piensa era un retrato de Pacal– probablemente procedía de una estatua de tamaño natural. Una segunda escultura puede que represente a la esposa de Pacal o al propio soberano cuando era un hombre muy joven.

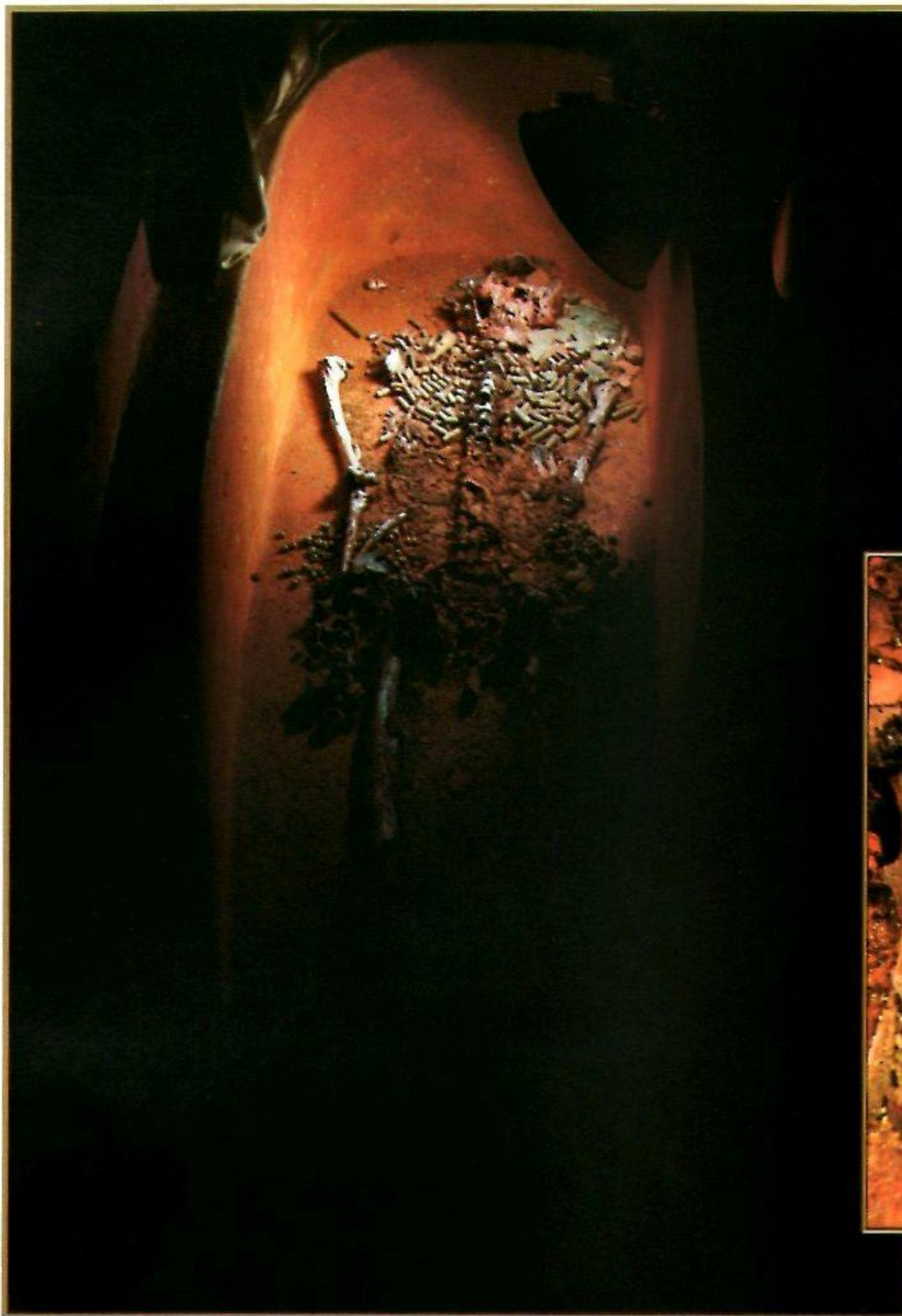


Después de cuatro temporadas de trabajo agotador, el equipo de Ruz había conseguido despejar la escalera abovedada hasta una profundidad de 22 metros. Dos descubrimientos aparentemente de poca importancia aliviaron el tedio de sus esfuerzos. Primero, Ruz desenterró una pequeña caja de cerámica que contenía un par de pendientes de jade, el material máspreciado para los mayas y que tan frecuentemente se asocia con la realeza. Segundo, la excavación en la escalera dejó al descubierto la abertura de un extraño conducto poco profundo. El pequeño canalillo, que estaba incrustado directamente sobre el mortero de yeso de la pared del pasadizo, parecía descender hacia el núcleo de la pirámide. Ruz no podía ni siquiera imaginarse qué función cumplía.

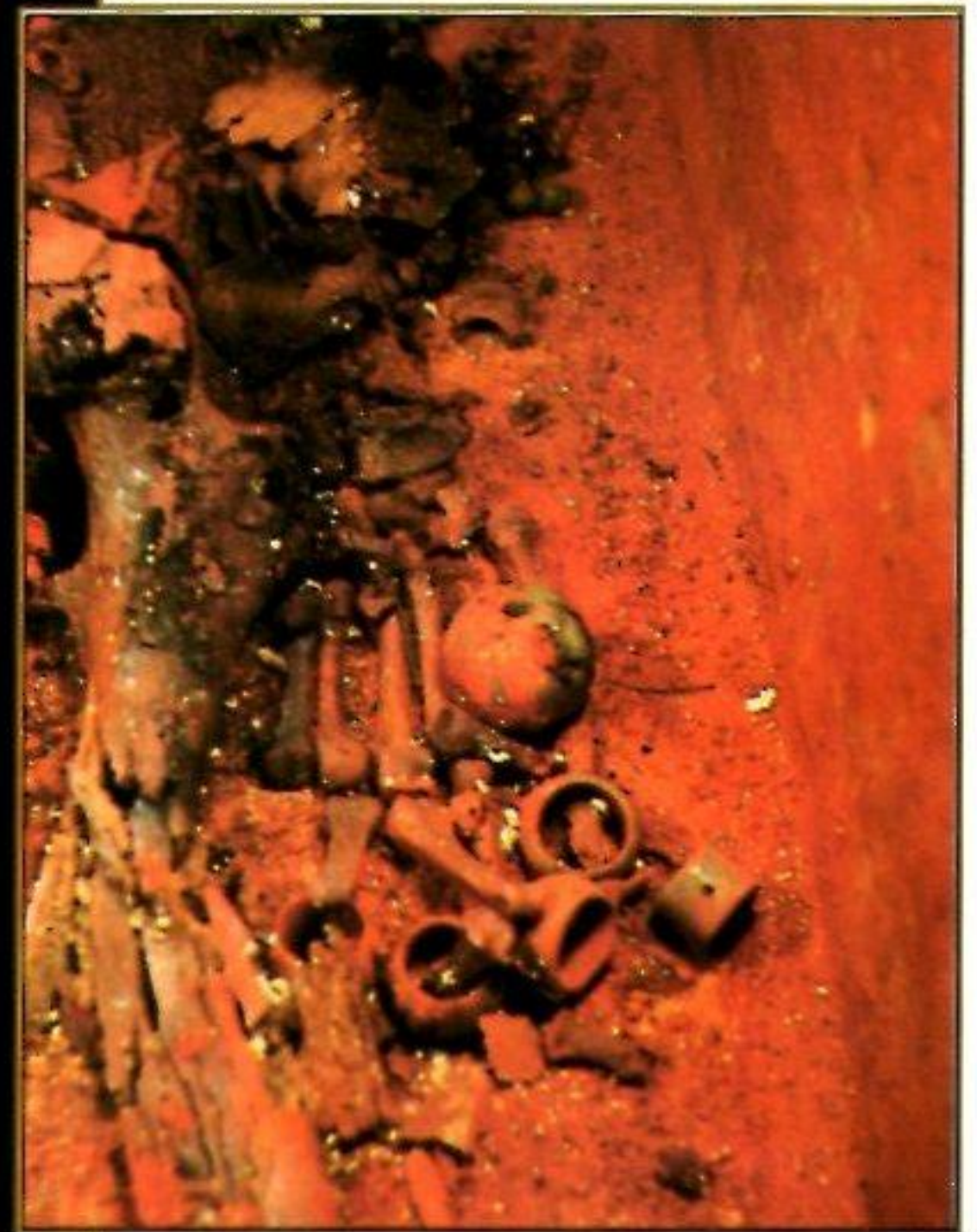
Al final, hacia la conclusión de la temporada de 1952, las incontables horas de excavación parecían a punto de dar fruto. Ruz y su equipo alcanzaron el fondo de la escalera y, después de echar abajo un recio muro formado con escombros, accedieron a una antecámara sellada. El pequeño y estrecho compartimento, que estaba bloqueado en su extremo más apartado por otro muro, contenía un surtido de objetos ceremoniales: siete cuentas y dos pendientes de jade, tres platos de cerámica, dos conchas llenas de cinabrio, y una gran perla en forma de lágrima. Ruz supo enseguida que los artículos representaban alguna clase de ofrenda ritual a los dioses. También cayó en la cuenta de que algo de gran importancia debía estar por detrás de la abertura sellada en el extremo opuesto de la cámara. Una vez más, el equipo se puso a picar.

Traspassar esta barrera resultaría ser la labor más difícil de toda la expedición. El agua que se infiltraba a través de la pirámide se había mezclado con el mortero de cal y había dado a todo el muro, que tenía más de tres metros y medio de espesor, la dureza de una roca. «Durante toda una semana nos esforzamos por echarlo abajo», recordaba Ruz, «e incluso hubo ocasiones en que nos vimos obligados a romper las piedras macizas, debido a la fortaleza con que había fraguado la masa. Los hombres estaban semienterrados en la piedra caliza húmeda que quemaba y agrietaba sus manos hasta un punto casi insufrible».

Finalmente, los trabajadores abrieron brecha, sólo para encontrarse con otra antecámara más. En su extremo más alejado, al pie de otro muro de cierre, encontraron un tosco cofre de albañilería que ocupaba poco más de un metro cuadrado. Nada en la experiencia arqueológica de Ruz le había preparado para la horripilante visión que se ofreció a sus ojos cuando levantó la tapa. Dentro del cofre, cubiertos con una capa de piedras y escombros, había seis esqueletos humanos. Aunque los restos estaban de-



Fotografiados a finales de 1952 por el antropólogo mexicano Arturo Romano Pacheco, los huesos del Gran Señor Pacal se hacen visibles bajo la luz de una linterna después de que se levantara la recia tapa del sarcófago por primera vez en 1.300 años (izquierda). Cada una de las muñecas de Pacal llevaba un brazalete de 200 cuentas de jade y su mano izquierda, adornada con anillos de jade, sujetaba una pelota formada también de la piedra preciosa (abajo).



ficientemente conservados, era evidente que al menos uno de los enterrados era mujer y que todos habían muerto, aparentemente, a edades de 17 ó 18 años. Para Ruz, sólo una conclusión era posible: «Incuestionablemente», declaró, «aquello era un sacrificio humano».

A medida que reflexionaba sobre su hallazgo, la mente de Ruz se lanzó hacia una posibilidad más dramática todavía. Supuso que los espíritus de los esqueletos apilados a sus pies estaban previsiblemente destinados a montar una guardia eterna del cuerpo de un soberano maya fallecido. Había muchas probabilidades de que ese cuerpo estuviera muy cerca. Con una creciente sensación de que algo formidable estaba a punto de suceder, Ruz y su equipo siguieron adelante. Más allá de la cripta de albañilería de las víctimas del



Reconstruida a base de unos 200 fragmentos de jade que se encontraban sobre y junto al cráneo de Pacal, esta máscara de tamaño natural con ojos de madreperla y obsidiana cubrió el rostro del soberano —que había sido desprovisto de su piel— después de su muerte. Incrustado en la boca de la máscara hay un amuleto en forma de T, signo de la elevación de Pacal a la condición de dios.

sacrificio se levantaba un muro de cascajo, aquel que el capataz pronto perforaría accidentalmente. Cerca había una entrada triangular baja sellada con una sola piedra de enorme tamaño y aunque Ruz había podido mirar dentro de la cámara existente tras ella, tendrían que transcurrir dos días más de excavación antes de que la piedra triangular se pudiera mover lo suficiente para permitir la entrada. Al final, el 15 de julio de 1952, Ruz se introdujo a través de la abertura y bajó los cinco peldaños que llevaban al cuarto incrustado de piedra caliza.

«Entré en aquella misteriosa cámara», dijo Ruz, «con la extraña sensación que era natural para quien por primera vez descendía por aquellos peldaños en un millar de años. Traté de verlo todo con la misma visión que los sacerdotes de Palenque tuvieron cuando abandonaron la cripta; yo quería eliminar los siglos y oír las vibraciones de las últimas voces humanas por debajo de aquellas enormes bóvedas; me esforzaba por captar el misterioso mensaje que estos hombres del ayer nos habían pasado tan inviolado. A través del velo impenetrable del tiempo yo buscaba el vínculo imposible entre sus vidas y las nuestras».

A medida que el haz de luz de su linterna iba recorriendo la cámara, Ruz apreció una enorme plataforma elevada que antes había confundido con el suelo. La losa de piedra caliza, entre blanca y amarillenta, de la clase que los escultores de Palenque utilizaban para trabajos especialmente importantes, descansaba sobre un sólido pedestal reforzado por seis rectángulos adicionales de piedra. Medía casi cuatro metros de longitud y algo más de dos de anchura y su superficie mostraba un relieve delicadamente labrado, que actualmente goza fama de ser uno de los más extraordinarios trabajos que se han descubierto de piedra labrada maya. Mostraba una figura enjoyada que caía en las fauces abiertas de un monstruo terrestre, una escena que desde entonces se ha entendido que representa el tránsito del alma del finado a Xibalba, reino de los dioses del Inframundo.

Después de un breve examen, Ruz taladró un orificio en una esquina de la losa y determinó que era hueca. El arqueólogo, que había pensado en un principio que este enorme bloque pudiera ser un altar, ahora se atrevía a suponer que en realidad había dado con la tapa de un sarcófago. Más tar-

de, utilizando gatos de automóvil reforzados con maderos, sus trabajadores empezaron a levantar, centímetro a centímetro, la losa de 4.500 kilos. Cuando la hubieron levantado a suficiente altura para mirar por debajo de ella, encontraron una segunda losa de piedra caliza con un peculiar contorno curvado. Ruz recordaba: «En cada uno de los extremos había un par de orificios redondeados, cerrados con tapones de piedra exactamente igual que aquellos que habíamos encontrado en el suelo del templo por encima de nosotros. Ahora ya sabíamos que eran orificios para izar aquella losa».

El arqueólogo continuaba así: «Seguimos trabajando, con la respiración contenida por la emoción. Cada vez que levantábamos un par de centímetros la enorme tapa labrada, insertábamos un tablón por debajo para que la losa no se viniera abajo si alguno de los gatos resbalaba. Cuando la habíamos levantado unos 40 centímetros, mi curiosidad pudo más que yo».

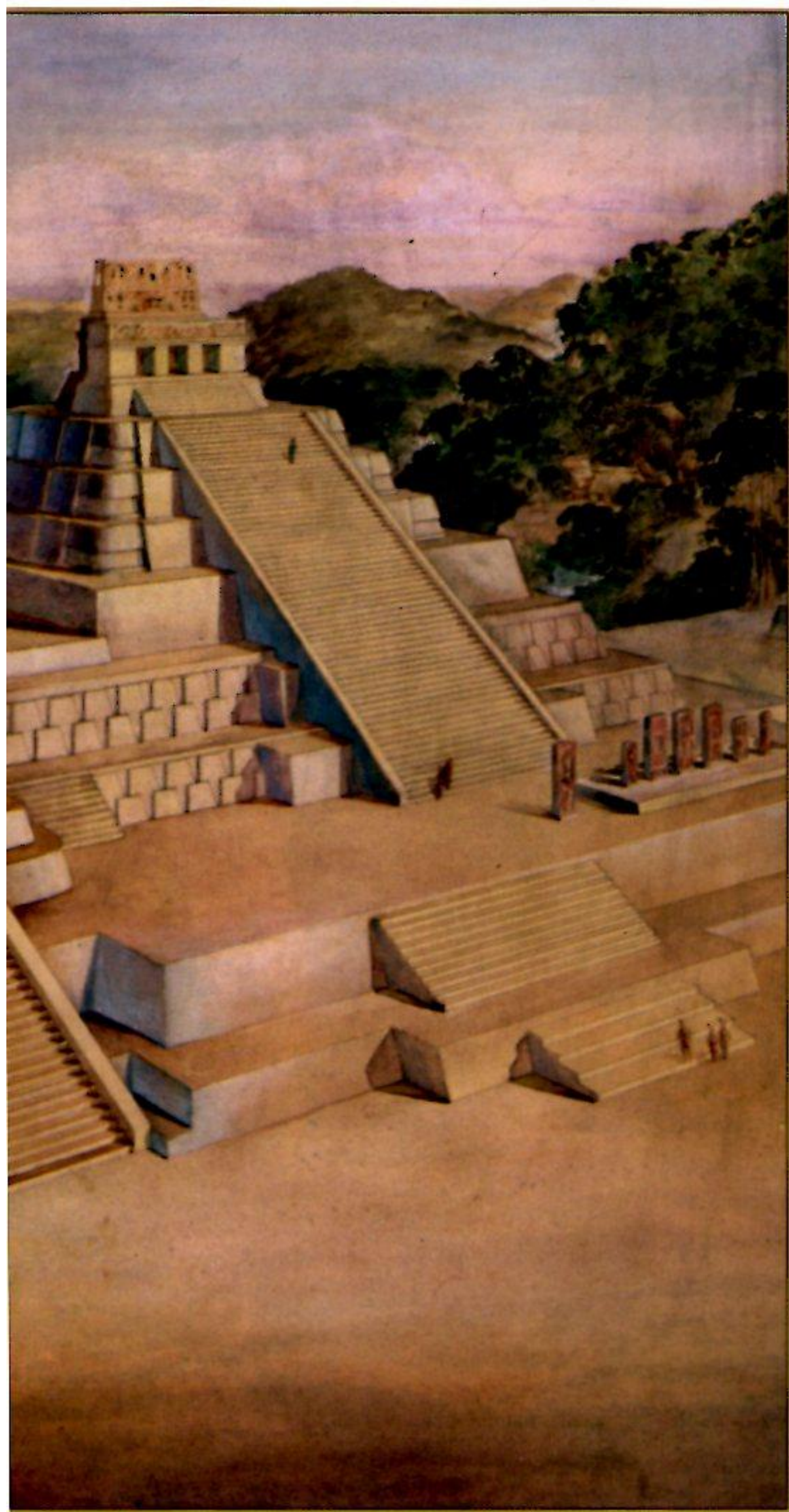
Mientras sus colegas observaban con inquietud, Ruz se introdujo por debajo de la losa levantada y quedó tendido sobre la tapa interior. Emparedado entre los dos enormes bloques de piedra, inició un examen preliminar. Retiró uno de los tapones de piedra de un extremo de la tapa interior y miró a través del pequeño orificio.

«Mi primera impresión», escribió, «fue la de que estaba viendo un mosaico de verde, rojo y blanco. Luego se fue definiendo en formas más concretas: ornamentos verdes de jade, dientes y huesos pintados de rojo, y fragmentos de una máscara». En un instante, el arqueólogo supo que sus cuatro años de esfuerzos habían dado un espectacular resultado. «Estaba contemplando las facciones muertas de aquel por quien se había construido toda esta obra estupenda: la cripta, la escultura, la escalera, y la gran pirámide con el remate de su templo».

Solamente entonces, cuando se encontró literalmente cara a cara con alguien que a todas luces había sido una de las personas más reverenciadas en toda la historia de Palenque, apreció Ruz plenamente las maravillosas implicaciones de su descubrimiento. Hasta entonces, los historiadores y los estudiosos no tenían idea de que las pirámides mayas, a semejanza de las de los egipcios, hubieran servido como criptas sepulcrales para sus nobles y reyes. Incluso el propio Ruz supuso inicialmente que este ejemplo en parti-



«Aunque no de gran tamaño, Piedras Negras destaca por el número y calidad superior de sus monumentos esculpidos», escribió la estudiosa de temas mayas Tatiana Proskouriakova, que pintó esta recreación de la acrópolis del yacimiento del período clásico de los mayas en Guatemala. Sus pirámides escalonadas, patios y templos evocan los centros cívicos y ceremoniales de ciudades de mayor tamaño del período clásico, como Copán.



cular representaba una rara excepción, acaso única en el mundo maya. No obstante, se descubrieron algunas otras tumbas más en el interior de pirámides repartidas por aquella región y, en cada caso, quedó claro que un virtual ejército de ingenieros, artistas, canteros y peones habían sido obligados a prestar sus servicios para crear un tributo imperecedero.

Más tarde, cuando tuvo oportunidad de estudiar los restos con detenimiento, Ruz quedó impresionado por el esplendor inusitado de los ritos funerarios. El cuerpo estaba literalmente cubierto de joyas preciosas y adornos. Un primoroso pectoral formado por 189 piezas de jade finamente pulimentado se extendía sobre el tórax desnudo. Anillos y brazaletes colgaban de los huesos de las manos y las muñecas, y una diadema formada por diminutos discos de jade coronaba el cráneo. Un cubo de jade descansaba sobre la palma de la mano derecha y una esfera del mismo material en la izquierda, símbolos valiosísimos ambos de la presumible categoría del fallecido. No se había pasado por alto ninguno de los ritos funerarios fundamentales de los mayas. De acuerdo con una tradición antiquísima que los estudiosos conocían gracias a otras evidencias, una sola cuenta de jade se había colocado en la boca del difunto para que su espíritu pudiera comprar comida en la existencia posvital.

Cerca de la cabeza del sarcófago, Ruz descubrió una abertura en forma de cráneo de serpiente. Resultó ser la salida del curioso conducto que había descubierto incrustado a lo largo del mortero de cal del pasaje superior. El canalillo de piedra corría a lo largo de un lado de la escalera y formaba un tosco conducto entre la cámara sepulcral y el templo. Ruz supuso que podía haber sido diseñado como una especie de tubo acústico, quizá utilizado por los sacerdotes mayas para enviar conjuros cantados al interior de la tumba. Las comunicaciones podían haber pasado también en dirección opuesta, lo que permitiría a los sacerdotes del templo recibir consejos directos del mundo de los espíritus. Los arqueólogos bautizaron al extraño dispositivo con la denominación de «conducto psíquico», una canalización entre el mundo de los vivos y el reino de los muertos.

Incluso a medida que la tumba iba desvelando sus secretos uno tras otro, quedaba pendiente una cuestión de carácter general: ¿Quién era este noble cuyo fallecimiento había motivado tanta pompa? Una respuesta acep-

table no se produciría durante más de quince años, pues tendría que esperar a que se produjera una serie de avances en el desciframiento de los glifos mayas. A finales de la década de 1960, sobre la base de lecturas fonéticas de un buen número de inscripciones halladas en el templo y la tumba, David Kelley, de la Universidad de Calgary, y Floyd Lounsbury de la Universidad de Yale, declararon que su nombre era Pacal, «Escudo», y que había sido el máximo soberano de Palenque durante casi siete décadas, desde el año 615 al 683.

Aunque los estudiosos coinciden en que Pacal había reinado en Palenque durante ese tiempo y, a buen seguro, había mandado construir este monumento para sí mismo, una identificación definitiva de los restos encontrados resultó exasperante por su incertidumbre. El propio Ruz había apuntado que su análisis de los huesos del sarcófago parecía indicar que pertenecían a un hombre de sólo 40 años de edad, mientras que el auténtico Gran Señor Pacal habría estado cerca de los 80; otros insisten en que tales estimaciones son a todas luces erróneas y que los restos son, en efecto, los de Pacal. En 1977, unos 25 años después de su descubrimiento, Ruz resumió la controversia existente con su característica elocuencia: «Al margen de aquello en lo que discrepemos», declaró, «todos nosotros vamos detrás de la misma cosa: queremos saber todo lo que podamos sobre el hombre de la tumba. Nadie puede negar que su reinado debe haber sido uno de los más grandes de toda la historia antigua de las Américas».

Esa opinión estaba basada no solamente en la grandiosidad de su tumba, sino también en la miríada de maravillas de arte y arquitectura que había en todo Palenque. Al menos tres templos y un magnífico complejo de palacios deben su existencia al celo constructor de Pacal; su hijo Can-Balam (a veces escrito como Chan-Bahlum), o Jaguar-Serpiente, fue igualmente diligente y completó la tumba de su padre al tiempo que mandó erigir otras tres edificaciones importantes, conocidas hoy en día como los Templos de la Cruz, de la Cruz Foliada, y del Sol. Las imágenes esculpidas y las inscripciones glíficas abundan en los edificios y, lo más importante de todo, brindan un retrato detallado de lo que más importaba a estos dos soberanos y a su pueblo. La imagen que emerge ha dado a entender a algunos estudiosos que se estaban produciendo unos sutiles cambios en el papel de la monarquía y que esos cambios pueden ofrecer algún indicio de lo que condujo a la sociedad clá-



Uno más entre un surtido de extraños ornamentos de piedra tallada encontrados en Copán, este Pedernal Excéntrico —llamado así por su forma curiosa— puede que hubiera representado el poder divino o místico. El arqueólogo hondureño Ricardo Agurcia lo descubrió en un templo enterrado bajo otra edificación antigua, una circunstancia que es una rareza en sí misma, ya que los mayas solían demoler las edificaciones antiguas a fin de hacer sitio para las nuevas. Los restos de tejido que se ven adheridos a él añaden más valor al pedernal.

sica maya, tanto en Palenque como en otros lugares, a la misteriosa caída a plomo desde la cima de su perfección.

En cuatro lugares diferentes de Palenque, Pacal y su hijo erigieron las denominadas listas de reyes, archivos dinásticos que seguían su genealogía real hasta el 431 de nuestra era. Al parecer, los dos estaban extremadamente preocupados por legitimizar su propio derecho a gobernar y la razón parece ser que en dos ocasiones durante la historia de la ciudad un rey había heredado el trono por vía maternal; el mismo Pacal lo había hecho así. Dado que la costumbre de los mayas mantenía que la sucesión hereditaria se produjera normalmente por vía paternal, Pacal y su hijo se sintieron en la necesidad de ajustar los parámetros de alguna manera.

Así pues, Pacal hizo que se grabaran en el Templo de las Inscripciones glifos que vinculaban directamente a su madre, Zac-Kuk, con la Primera Madre, la diosa que creó a los dioses y los primeros reyes del actual universo maya. Además, las inscripciones relatan que el día de nacimiento de Pacal correspondió con el de la Primera Madre, dejando entrever una conexión personal con la diosa. Su meta, de acuerdo con algunas interpretaciones, puede que fuera establecer que tenía un derecho divino al trono que primaba sobre su derecho hereditario, más problemático. Como se ha visto en otros yacimientos, un fundamento débil de la autoridad real no era inaudito, ni mucho menos. Sin embargo, Pacal parece que hizo de ello una cuestión especial y decididamente personal.

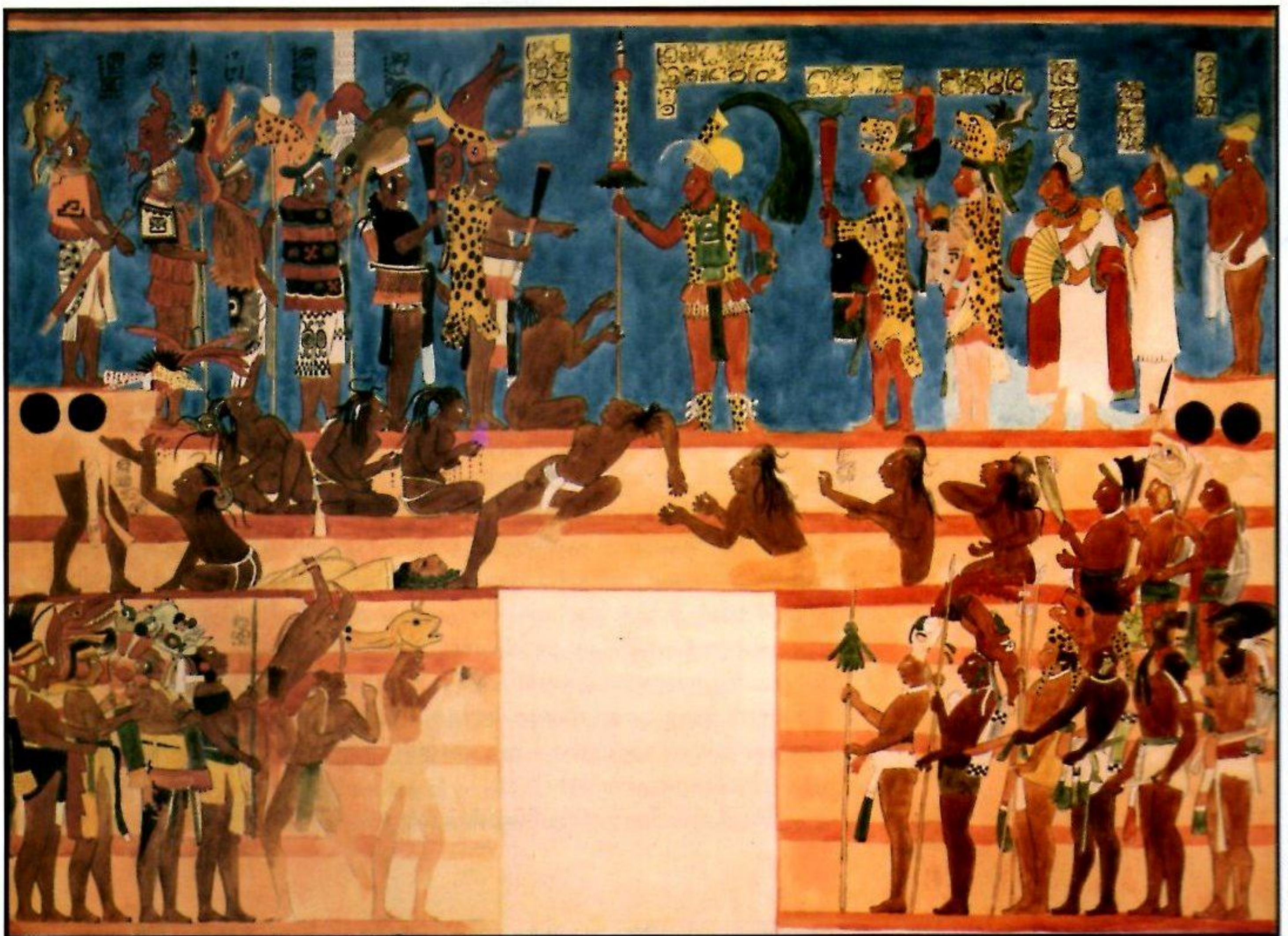
Por su parte, Can-Balam llevó el aspecto personal un paso más allá. En cada uno de los tres templos construidos durante su reinado mandó incluir largos textos glíficos en dos secciones paralelas, de las que una cuenta acontecimientos del mito de la creación de la Primera Madre y la otra vincula estos acontecimientos con sucesos históricos de Palenque, incluidos el nacimiento de Pacal, la designación ritual de su hijo como heredero, y los propios ritos de ascenso al poder de Can-Balam, una vez más un claro esfuerzo por legitimar al soberano vinculándolo con los dioses. Pero más significativas todavía son algunas de las imágenes labradas en estos templos. Escenas del interior nos muestran a Can-Balam con un sencillo ropaje y frente a una figura menor situada al otro lado de una representación del *axis mundi* («árbol del mundo»), un árbol que representa el centro del universo; grabados fragmentarios sobre el exterior del templo parecen mostrar a Can-Balam con todos sus atavíos reales. La identidad de la figura menor sigue siendo objeto de debate, si bien algunos creen que se trata de Pacal y que la imagería representa a Can-Balam en el inframundo de Xibalba —adonde se pensaba que acudía siempre que entraba en el interior de un templo para realizar una efusión de sangre— en donde recibía el poder real directamente de su padre muerto; luego, regresaba a este mundo, representado por las paredes del exterior, como nuevo soberano.

Sea el que fuere el significado exacto de la imagería —algunos estudio-

Los piensan que la figura menor es el joven Can-Balam en la época de su designación como heredero— no hay posibilidad de equivocarse al decir que tanto el hijo como el padre habían hecho todo lo posible por resaltar su importancia como personas. Esto es especialmente cierto si las lápidas muestran lo que la epigrafista Linda Schele denomina la «transmisión directa de la sagrada esencia del poder real» entre los dos. Ambos parecían manifestar que una dinastía dependía no solamente de vínculos familiares, sino también del grado de prestigio personal. En efecto, algunas de las esculturas del Templo del Sol muestran a Can-Balam con atuendo de guerrero, para llamar la atención sobre su papel como luchador por su reino y quizá para recordar a sus súbditos que él había demostrado su valor en el combate.

¿Tuvo todo esto implicaciones para la caída definitiva de los mayas? En Palenque, por ejemplo, parece que las cosas se fueron al traste al cabo de poco más de un siglo tras el reinado de Can-Balam. En la búsqueda de respuestas, los estudiosos han vuelto a los otros yacimientos que estaban floreciendo durante este período, donde descubrieron más relatos épicos de reyes y sus dominios, junto con indicios ocasionales de acontecimientos posiblemente fatídicos.

Pintada poco después del descubrimiento en 1946 de la ciudad de Bonampak, 128 kilómetros al sureste de Palenque, esta aguada es copia de uno de los magníficos murales que decoran una de las mayores edificaciones del yacimiento. Sus imágenes obligaron a los estudiosos a reconsiderar su parecer de que los mayas eran un pueblo pacífico. Aquí, escenas de sucesos que acontecieron entre los años 790 y 792 de nuestra era muestran a unos prisioneros de guerra, cubiertos con unos taparrabos, en trance de sufrir torturas y decapitación a los pies de los señores y señoras de Bonampak elegantemente vestidos.



El hallazgo de Roberto Ruz en Palenque, con su revelación de lo prestigiosos que eran los reyes mayas, se produjo poco después de un descubrimiento igualmente sorprendente en Bonampak, otra gran ciudad del período clásico que se encontraba a unos 128 kilómetros al sureste de Palenque. Unos murales que se habían conservado excepcionalmente bien dentro de un templo mostraban con gran realismo escenas de efusión de sangre, guerra y sacrificio (*página opuesta*), todas ellas organizadas en conmemoración de la presentación pública del hijo del rey como heredero del trono. Al pronto, los estudiosos quedaron confundidos, al haber tenido anteriormente escasos indicios de tales prácticas entre los mayas, a los que ahora empezaron a considerar particularmente crueles y sanguinarios. Evidentemente había una faceta violenta en la vida de los mayas, al igual que la hay en casi todas las culturas. Pero vistas en su debido contexto, estas aparentes barbaridades se han comprendido desde entonces como actos esencialmente sagrados y reverentes de los mayas, destinados a mantener el orden cósmico y a desempeñar un papel importante en la monarquía. No obstante, una pregunta a la que se enfrentan los modernos investigadores que tratan de indagar lo que sucedió a los mayas, es si una violencia tan cuidadosamente orquestada y dirigida como la guerra ritualizada —cuya meta primordial era la captura de prisioneros para el sacrificio— se les había ido de las manos y, en caso afirmativo, por qué.

Los arqueólogos que investigan la historia de los últimos días de la época dorada de los mayas han encontrado detalles especialmente fascinantes en Copán, uno de los yacimientos más sorprendentes de todo el período. El valle exuberante del río Copán había sido poblado en fecha tan remota como el 1100 a.C. y el pueblo había prosperado allí durante siglos. Misteriosamente, durante unos 450 años a partir del 300 a.C. —un período en el que ciudades como Cerros, El Mirador y Tikal estaban adquiriendo prominencia— la construcción quedó virtualmente paralizada en el valle de Copán y los asentamientos fueron abandonados en su mayor parte. La zona se recuperó poco después y la ciudad conocida como Copán empezó a cobrar forma y fue creciendo en tamaño y elegancia durante los 600 años siguientes.

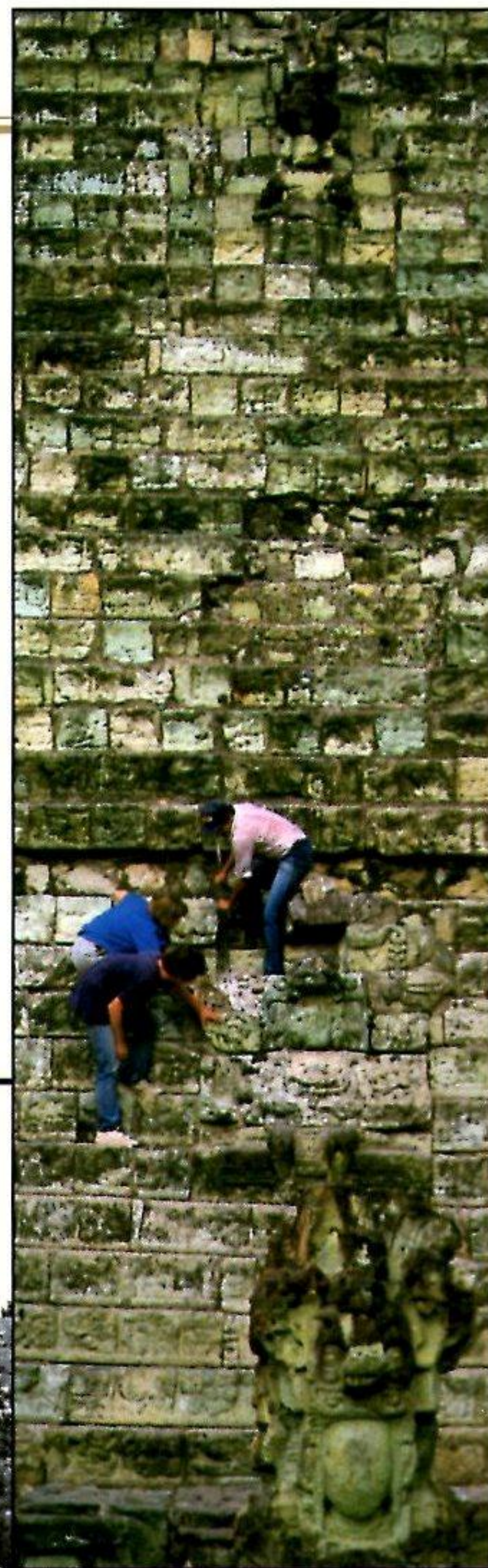
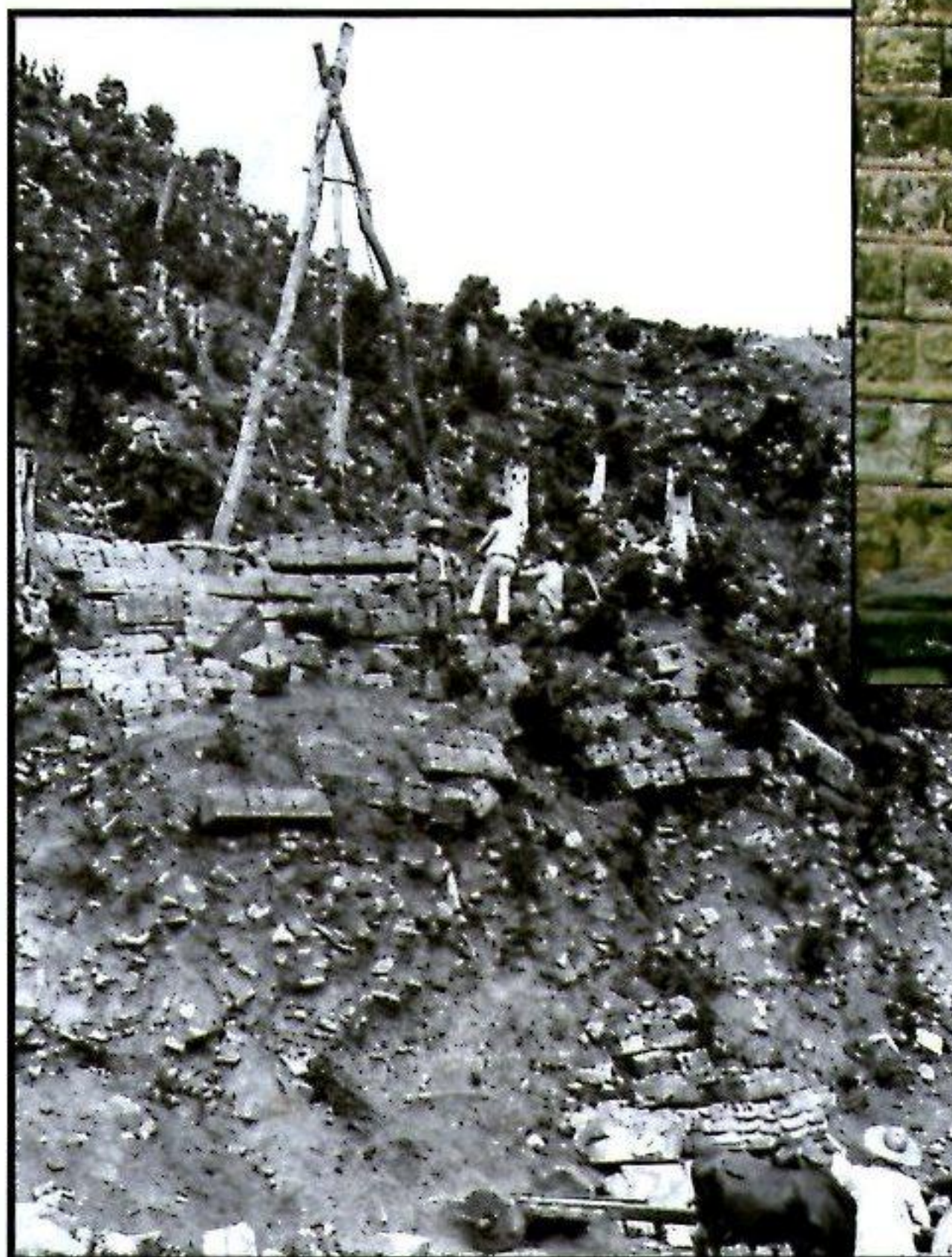
En su centro había una acrópolis de gran altura construida en tres partes y rematada con pirámides-templos acabadas con todo lujo de detalles y numerosas estelas esculpidas. La pieza central de la plaza al pie de la Acrópolis Principal era un templo blanco que databa del siglo octavo de nuestra era, resaltado por esculturas que se habían pintado de rojo y quizás otros colores y que incorporaba una escalinata de piedra labrada. Cada uno de los 72 peldaños estaba embellecido con jeroglíficos que formaban la mayor muestra conocida de escritura maya. Incluso en ruinas, el yacimiento sigue siendo uno de los agrupamientos de arte y arquitectura más impresionantes de las Américas.

Sin embargo, al contrario que la mayoría de las otras grandes ciudades

mayas, Copán sufría una escasez regional de piedra caliza para su utilización en las edificaciones sacras y residenciales. La poca cal de que se disponía se reservaba para su uso como recubrimiento protector de yeso para sellar suelos y superficies exteriores; como mortero básico, los trabajadores se veían obligados a recurrir casi siempre al simple barro para unir bloques de una toba volcánica verdosa. Como resultado, los exquisitos edificios de Copán han resistido mal el paso de los siglos, aun cuando la toba ha demostrado ser más duradera que los bloques de piedra caliza utilizados en otras partes. Antes de su restauración, la mayoría de los edificios estaban en estado ruinoso, deteriorados por los movimientos sísmicos, la erosión y la invasión de la vegetación tropical.

Así pues, el yacimiento ha planteado un reto impresionante a los modernos arqueólogos. William y Barbara Fash y Rudy Larios, cofundadores de una entidad para la excavación y restauración conocida como Proyecto Arqueológico de la Acrópolis de Copán, forman el núcleo de un grupo de prominentes estudiosos que siguen intrigados por el legado de ruinas de la ciudad. Han tenido que examinar más de 30.000 fragmentos escultóricos —«el mayor rompecabezas de Mesoamérica», en palabras de William Fash— en sus intentos por reconstruir las fachadas de los templos. En 1987, Fash advirtió que los investigadores que les precedieron habían agravado inconscientemente las dificultades. «Encontramos piezas de cinco o seis edificios diferentes arrojadas a un montón común por arqueólogos anteriores que consideraron imposible lo que nosotros pretendemos, y claudicaron. Los mayas deseaban hacer una declaración con cada templo, por lo que no hay dos iguales. Estamos abriéndonos camino a través de los montones, tratando de comprender cada templo por separado.» En el año 1992 ya habían reconstruido cuatro.

Tomada en Copán en 1895, la fotografía de la derecha muestra un rudimentario polipasto en pleno trabajo, mientras los arqueólogos inician la tarea —que casi duraría un siglo— de reagrupar las piedras de la Escalinata de los Jeroglíficos, llamada así por sus 1.250 glifos que relatan la historia de la dinastía de Copán. En el recuadro, arqueólogos modernos proceden a reordenar algunos de los glifos.



Una edificación que se encuentra entre las mejores restauradas es la cancha para jugar a la pelota, que incluye varias esculturas con forma de cabeza de loro, un símbolo real aparentemente exclusivo de Copán. Los estudiosos todavía no están seguros de las reglas concretas del juego que se practicaba allí y en otras canchas similares de Mesoamérica. Pinturas realizadas sobre cerámicas dan a entender que los jugadores golpeaban una pesada pelota de goma usando para ello nada más que las caderas y las nalgas, proyectando la pelota desde las superficies inclinadas que formaban los lados de la cancha y evitando que cayese sobre la zona central plana. Parece ser que, en ocasiones, el juego se practicaba con la mayor de las apuestas por medio, pues la derrota significaba la muerte en sacrificio. Algunos bajorrelieves indican que un noble o rey cautivo podía ser atado en forma de ovillo para servir de pelota, tras lo cual era aporreado por toda la cancha hasta quedar reducido a una masa informe, con todos los huesos fracturados. Sin embargo, no cabe duda de que tales ocasiones eran relativamente raras o no se habrían recordado de manera especial en piedra.

Probablemente hasta los partidos más rutinarios se consideraban mucho más que un simple deporte y servían como forma de combate ritual en el que se representaban los dramas de las deidades de la religión maya. Después de todo, los Gemelos Heroicos habían luchado contra los Señores del Inframundo en un partido de pelota. Al patrocinar el juego, y acaso hasta

Terreno de juego de un deporte sangriento durante unos 400 años, la cancha para el juego de pelota existente en Copán –que aquí se muestra restaurada– ocupa el extremo meridional de la gran plaza ceremonial contigua a la Escalinata de los Jeroglíficos, que se eleva sobre la fachada de una pirámide de 27 metros de altura. Unas figuras de piedra que representan a los soberanos de Copán están espaciadas a lo largo del centro de la escalinata.



tomando parte en él, el soberano daba la impresión de estar ayudando a asegurar los movimientos continuos del sol, la luna y otros cuerpos celestes.

Las muchas inscripciones y estelas existentes en Copán indican que la ciudad estuvo bajo el mandato de una sola dinastía durante más de 400 años a partir del siglo quinto de nuestra era, factor que contribuyó en gran medida a su desarrollo como gran potencia. Uno de los monumentos más importantes, conocido por los estudiosos como el Altar Q, se encuentra en la base de una recia pirámide construida hacia finales del siglo octavo por el último rey de Copán. En sus cuatro caras, el altar de piedra presenta retratos detallados de los 16 miembros de la dinastía. Ataviados con galas reales, cada uno de ellos aparece sentado y con las piernas cruzadas sobre un glifo que lleva su nombre. Siempre preocupado por la conexión con las raíces ancestrales, el decimosexto soberano, constructor tanto de la pirámide como del altar, se presenta cara a cara con el fundador del linaje, completando así el círculo dinástico.

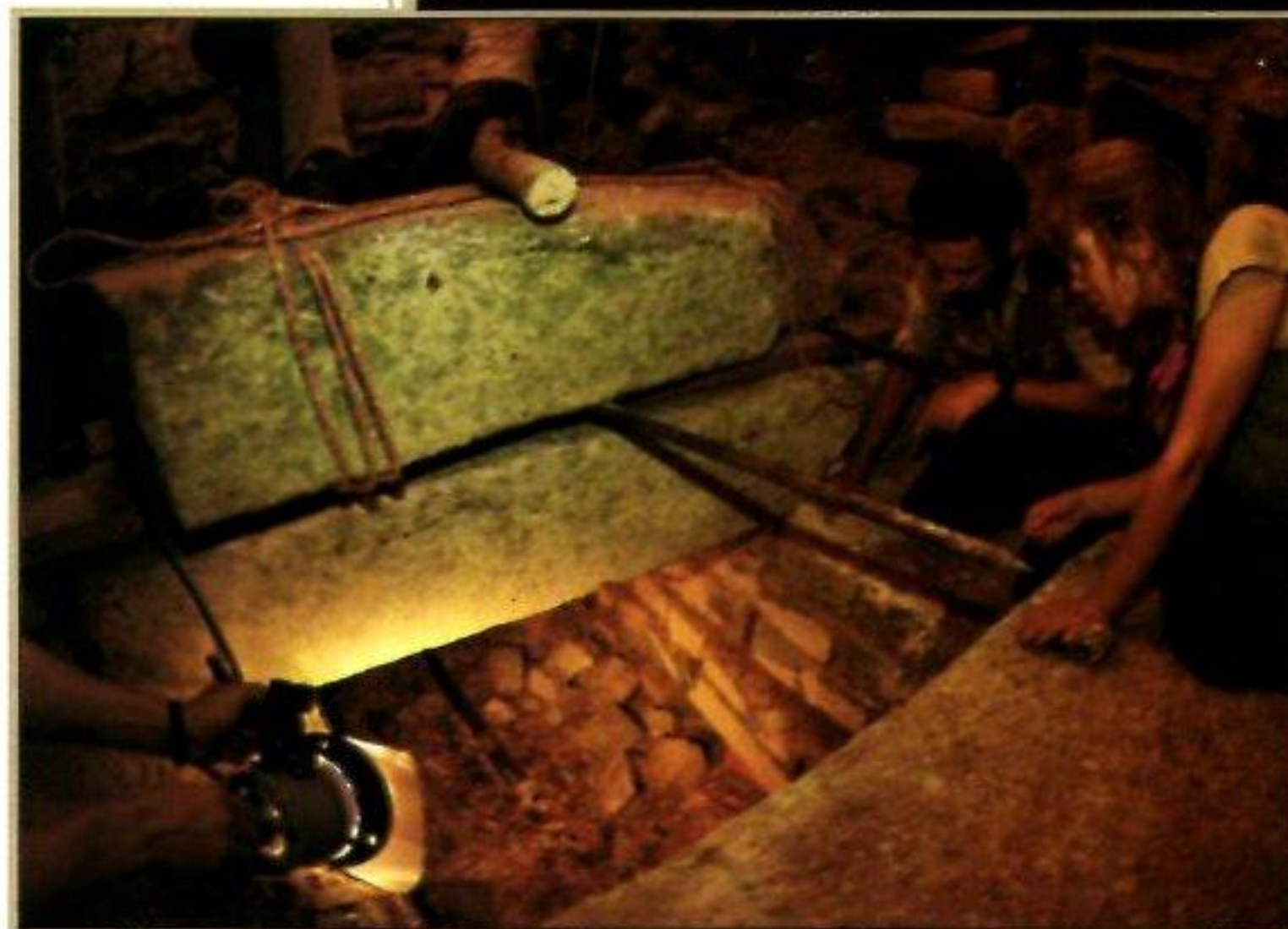
Ese primer rey, Yax-Kuk-Mo, o Loro-Quetzal-Azul, llegó al poder en el 426 de nuestra era, de acuerdo con una fecha grabada en el altar y en una estela conmemorativa de un soberano posterior. Aparentemente supervisó la construcción de los primeros templos importantes de Copán y ocupó el poder durante el renacimiento de la ciudad después de su misterioso abandono. Aunque técnicamente no fue el primero en ostentar el poder allí, evidentemente había demostrado suficiente prestigio —y, quizá, carisma personal— para ser reconocido por todos los soberanos que le sucedieron como el fundador de su linaje. Fue, en palabras de William Fash, el «George Washington de Copán».

Uno de los más longevos de sus 15 descendientes fue el dinámico Jaguar-Humo, quien ocupó el trono en el 628 y reinó durante 67 años. Tildado de Gran Instigador, Jaguar-Humo rigió Copán a lo largo de un período de crecimiento inaudito y extendió sus dominios más allá de cualquier límite anterior, probablemente mediante la clase de guerra territorial que había dado lugar al dominio de Uaxactún por Tikal. La nobleza que le servía es probable que gobernara las ciudades conquistadas, como Rana-Fumante había hecho para Garra-Gran-Jaguar. Miles de nuevos colonos habían llegado a la región de Copán durante su reinado y la población acaso llegó a las 10.000 personas. Los solares que circundaban la acrópolis quedaron atestados de nuevos templos y residencias para la elite, mientras que en los distritos del extrarradio, a fin de hacer sitio para las viviendas de una población creciente, se talaban árboles y se abandonaban campos que se habían dedicado mucho tiempo a la producción de maíz. Los agricultores se veían desplazados a terrenos cada vez más

LLEGANDO AL CORAZÓN DE UN MISTERIO

«Una obra de tal grandiosidad tiene que ser la tumba de un rey», musitó William Fash, director del Proyecto Arqueológico de la Acrópolis de Copán, al contemplar una cripta sepulcral oculta en lo más profundo de las entrañas de la Edificación 26, la pirámide sobre la que se levanta la magnífica Escalinata de los Jeroglíficos. Fue un comentario acertado: dentro de la cámara yacía un esqueleto rodeado de un sorprendente surtido de tesoros reservados exclusivamente para unos pocos elegidos, y acompañado de los huesos de un muchacho de 12 años, aparentemente sacrificado durante los ritos funerarios. Pero, ¿quién estaba enterrado allí, en realidad?

Tras reunir indicios relativos a la identidad del ocupante, la antropóloga física Rebeca Storey confirmó que los restos pertenecían a un hombre que había llevado una vida exenta de trabajos penosos y enfermedades degenerativas. Pero la idea





Buscando pistas sobre la identidad del ocupante de la tumba, el director del proyecto, William Fash, examina un surtido de artículos sepulcrales que están tal como se encontraron. En su tiempo, las bolas verdes de jade formaron parte de un collar. Los pendientes (arriba), medían unos 6,5 centímetros de longitud y también eran de jade.

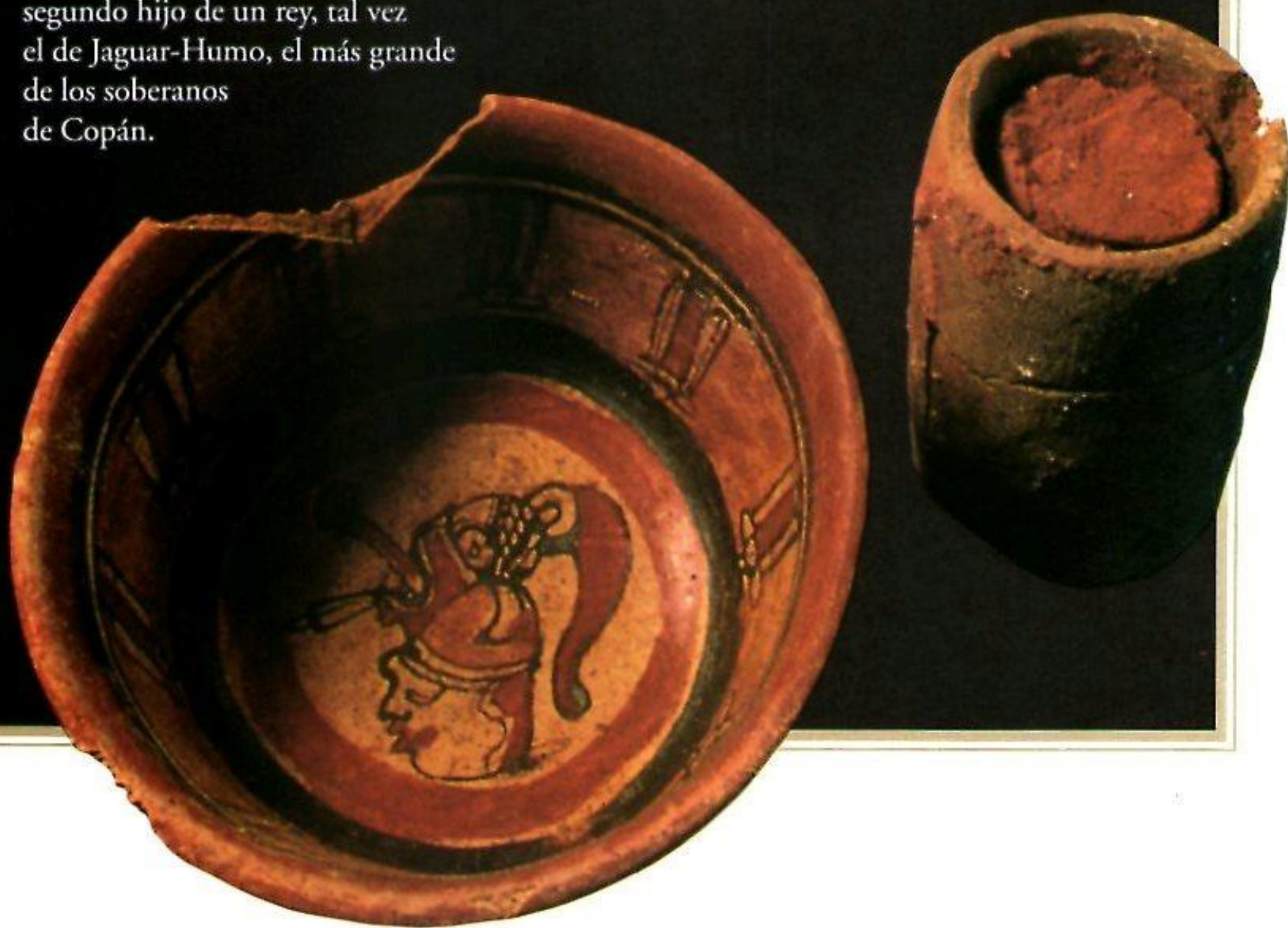


de que hubiera reinado en Copán se evaporó cuando Storey reveló que aquellos restos correspondían a un hombre de 35 a 40 años de edad en el momento de su muerte, demasiado joven en no menos de 20 años para ser 18-Conejo o Jaguar-Humo, únicos soberanos durante la época en que se construyó la tumba. No obstante, entre los artículos sepulcrales de jade, las rugosas conchas de ostra y las cerámicas (*a la vuelta*), el equipo encontró otras pistas: una colección de pots de pintura y una vasija decorada con la imagen de un escribano o quizá de la deidad protectora de los escribanos durante la era clásica.

La artista del proyecto y coordinadora de escultura Barbara Fash —que recompuso en Copán miles de piezas caídas y rotas— observa expectante el interior del ataúd a medida que una de sus 11 pesadas losas de cierre, hechas de piedra volcánica, es izada por primera vez.

En el Yucatán del siglo xvi de nuestra era el cargo de escribano —un puesto muy estimado a cuyo titular correspondía la escritura de relatos históricos y documentos sobre la tierra, entre otras cosas— lo desempeñó uno de los hijos más jóvenes de la familia real. Si esto fue válido antes, probablemente la tumba no honraba la memoria de un rey, sino la del segundo hijo de un rey, tal vez el de Jaguar-Humo, el más grande de los soberanos de Copán.

Descubiertos en la tumba, un pequeño pote lleno hasta arriba de pigmento rojo seco y un cuenco que muestra las facciones de un escribano: su redecilla y el pincel de pintar ayudaron a los arqueólogos a deducir no sólo la ocupación, sino también la posible identidad del ocupante de la tumba.





De fragmentos tales como los que vemos a la izquierda, que se encontraban desparramados por fuera de la cámara sepulcral del escribano real en la pirámide de la Escalinata de los Jeroglíficos, los arqueólogos restauraron estas esfigies de arcilla —cuatro de un total de 12— devolviéndolas a su anterior gloria real. Son varios los que se cuestionan si estas figuras de la mitad del tamaño natural representarían en su totalidad a soberanos



que hubieran gobernado en Copán antes del momento del enterramiento, cuando Jaguar-Humo ocupaba el trono, y que la efigie con aros en los ojos es la de Yax-Kuk-Mo, fundador de la dinastía de Copán. Las figuras servían como tapas de vasijas cilíndricas, algunas de las cuales pueden haber contenido cenizas humanas; las vasijas fueron ritualmente destrozadas antes de sellar la tumba.



apartados y, a medida que se consumían más tierras de labor, algunos labradores tuvieron que cultivar las inhóspitas faldas de las colinas.

La grandiosidad de Jaguar-Humo se extendió bastante más allá de los confines de la ciudad. La tradición mantenía que las cúspides de las pirámides o los patios de las plazas estaban especialmente destinados a ser escenarios ceremoniales para los reyes, los lugares donde se producían sus uniones místicas con el mundo de los espíritus. Jaguar-Humo actuó a una escala mucho más grandiosa. Durante su reinado levantó una serie de estelas por todo el valle que marcaron la totalidad de Copán como su espacio sagrado personal. De esta manera el rey declaró que toda la región servía como pórtico suyo para la región espiritual de los dioses.

Este desmesurado orgullo real iba a imponer una carga terrible sobre sus sucesores. Cuando su hijo, 18-Conejo, asumió el poder en el año 695, Copán continuó su expansión. El nuevo rey, conocido de forma complementaria con su padre como el Gran Integrador, hizo todo cuanto pudo para consolidar estas ganancias territoriales. En la cumbre de su reinado de 43 años, 18-Conejo controlaba una extensión de 256 kilómetros cuadrados e, indudablemente, muchas personas de territorios contiguos que no eran mayas fueron incorporadas a la comunidad. Entre los proyectos de 18-Conejo estaba la construcción de un par de calzadas que conectarán el núcleo de la ciudad con los asentamientos del extrarradio; también supervisó la construcción de una espléndida galería de arte y escultura conmemorativa de su dinastía. Un auténtico ejército de arquitectos, escultores y escribanos deben haber trabajado para transformar el centro de Copán en una expresión espectacular del poder real de los mayas. «Su reinado», dice William Fash, «bien puede haber marcado la culminación de la escultura y la escritura jeroglífica en Copán».

Un plan tan ambicioso estaba destinado a enfatizar la creencia de que el rey no era solamente el soberano de Copán, sino también una figura crucial en el funcionamiento del propio universo. No obstante, los alardes ostentosos de 18-Conejo pueden haber sido reflejo de una inseguridad subyacente. Hay indicios de que algunos miembros de la elite de Copán ya no estaban convencidos de la absoluta autoridad divina del rey: algunos monumentos y estelas, por ejemplo, se erigieron para gloria de nobles individuales. Sirviéndose de los mejores artesanos y materiales, estos nobles incluso se apropiaron de símbolos y formas que en tiempos estuvieron reservados para el rey exclusivamente.

Tal como se pusieron las cosas, una clase alta inquieta fue el menor de los quebraderos de cabeza de 18-Conejo. Hacia el final de su reinado se enfrentó a una amenaza mucho más inmediata cuando varios rivales celosos se levantaron contra él. Durante el reinado de su padre, una pequeña ciudad cercana llamada Quiriguá había estado sometida a la hegemonía de Copán. A tenor de sus deberes como señor feudal del pequeño

LEYENDO LOS SIGNOS DE LAS PAREDES MAYAS

Para celebrar el vigésimo aniversario de su ascenso al poder en el año 695, 18-Conejo erigió un hermoso edificio en Copán: un templo que ahora lleva el nombre insignificante de Edificación 22. No obstante, su finalidad conmemorativa no se conoció hasta que el estudioso de temas mayas David Stuart (*abajo*) descifró la dedicatoria jeroglífica grabada en un peldaño de piedra de su cámara interior. Un genio en la ciencia de la epigrafía, o desciframiento de estos antiguos escritos, Stuart había viajado de niño con sus padres a diversas excavaciones y a la edad de 10 años ya estaba descifrando glifos. En 1984, cuando contaba 18 años, ganó la prestigiosa Beca MacArthur por sus trabajos precursores, cosa que nadie había conseguido antes a tan temprana edad.

Los glifos que acompañan a las máscaras de piedra en cada una de las esquinas de la Edificación 22 –interpretadas por Stuart como monstruos de las montañas– revelan que el templo representaba una montaña

dominio, 18-Conejo presidió allí en el año 725 la toma de posesión del cargo de un nuevo gobernador llamado Cielo-Cauac. Pero Cielo-Cauac evidentemente estaba molesto por su posición subordinada y 13 años después de su nombramiento se rebeló contra 18-Conejo. Nadie sabe con certeza si los dos líderes entraron personalmente en combate pero, de una u otra manera, lo cierto es que 18-Conejo fue víctima de la peor de las humillaciones: capturado y conducido a Quiriguá como prisionero, el 3 de mayo del año 738 de nuestra era, el poderoso 18-Conejo fue decapitado allí a manos de su anterior súbdito.

La muerte de 18-Conejo representó un golpe demoledor para la dinastía de Copán. Para una cultura que reverenciaba en tal grado a los miembros de su realeza, la derrota y sacrificio del rey debió haber sido devastadora. Presumiblemente conmocionado ya por el descontento de la elite, el linaje real de Copán jamás recuperaría plenamente su perdido prestigio.

No obstante, los sucesores de 18-Conejo organizaron una campaña agresiva para reafirmar la gloria de la dinastía de Yax-Kuk-Mo. El decimoquinto rey, Concha-Humo, que empezó a reinar en el año 749, trató de revitalizar la dinastía mediante un juicioso matrimonio político con una doncella real del reino de Palenque. Líder ambicioso, Concha-Humo completó la construcción de la pirámide-templo de Copán sobre la que se construyó la fabulosa Escalinata de los Jeroglíficos. Visto a la luz del derrocamiento de 18-Conejo, el elegante texto, que registra los ascensos y fallecimientos de los 14 primeros soberanos de Copán, marca un decidido cambio de tono respecto a inscripciones anteriores.

Al mismo tiempo que iguala a estos reyes con las fuerzas del cosmos, la Escalinata de los Jeroglíficos los presenta como guerreros endurecidos en el combate con escudos en una mano y lanzas en la otra. Las inscripciones resaltan los peligros del reino terrenal y la necesidad de tener un rey fuerte para combatirlos. Incluso la forma del texto transmite un tono amenazador: los glifos salen de la boca de una Serpiente Visión, símbolo de un sagrado portal del Infamundo, con lo que se da a entender que los soberanos fallecidos pudieran regresar algún día.

En 1987, el epigrafista de 21 años de edad David Stuart, a la sazón alumno de la Universidad de Princeton pero ya bastante conocido por



sagrada. El pórtico de acceso al santuario interior, donde aparentemente 18-Conejo realizaba sus ritos de efusión de sangre, describe el cielo, la tierra y el inframundo mediante un complejo cosmograma (*abajo*). Un símbolo del cosmograma, una forma en S que durante mucho tiempo se creyó que representaba la sangre, ha sido reinterpretada por Stuart y otros como símbolo de las nubes, una revisión aparentemente radical. Pero la diferencia es, en realidad, un refinamiento sutil: las ofrendas se hacían quemando papel empapado en sangre para producir nubes de humo, a cambio de las cuales los dioses dejaban caer la lluvia.

Este esbozo del pórtico esculpido que da acceso al santuario interior —dibujado durante las excavaciones iniciadas en Copán en 1885— es uno de los muchos trabajos que se completaron bajo la supervisión de Alfred P. Maudslay y que permitieron a los epigrafistas empezar a descifrar los jeroglíficos mayas, debido a la riqueza de detalles que ofrecían.

sus contribuciones académicas, descubrió en la base de la escalera un pote de arcilla que contenía un surtido extraordinario de ofrendas ceremoniales. Stuart, que había adquirido merecida fama por descifrar los jeroglíficos mayas cuando todavía era un adolescente, rápidamente cayó en la cuenta de que los objetos eran un testimonio de los esfuerzos de Concha-Humo por exaltarse junto con sus antecesores. El surtido en cuestión, enterrado en el acto de consagración del templo en el año 756, incluía dos piezas de jade —que ya eran reliquias de familia con 300 años de antigüedad cuando se enterraron—, un cuchillo de pedernal, una rugosa concha de ostra rellena de espinas de erizos de mar y pastinacas, y una pequeña cantidad de cenizas y carbonilla. Lo más probable es que las espinas se utilizaran para un acto de efusión de sangre dedicado a alguna deidad; los residuos de cenizas y carbonilla bien pueden ser restos del papel de corteza que se hubiera empapado con sangre de Concha-Humo para luego quemarlo.

Un interés especial despertó un grupo de tres piedras minuciosamente cinceladas y conocidas como Pedernales Excéntricos. Los mayas apreciaban mucho el pedernal y la obsidiana, no sólo porque con ellos hacían instrumentos y armas muy afilados, sino también porque al parecer pensaban que estas piedras se formaban por los rayos que caían a tierra, lo que les dotaba de un poder sagrado. Cincelados con tanta delicadeza que representan un reto para la habilidad de los artesanos actuales, los pedernales descubiertos por Stuart se habían cincelado en forma de siete perfiles humanos que, tal vez, podrían ser los de antecesores venerados cuyas bendiciones se hubieran solicitado para el nuevo edificio.



Lamentablemente, el entusiasmo de Concha-Humo por su espléndido monumento parece ser que no era compartido por todos. En lugar de cal o incluso mortero de barro, los constructores habían colocado las pesadas piedras de la Escalinata de los Jeroglíficos y de toda la fachada de la pirámide sobre un relleno de tierra seca y suelta. Algunos estudiosos ven en esta deficiente construcción un síntoma de que los trabajadores no se sentían inspirados, de que el proyecto no había sido respaldado por la nobleza o de que la economía se había debilitado hasta tal punto que era incapaz de sufragar tamaña obra. En cualquiera de los casos, al cabo de poco siglos, el logro cumbre del reinado de Concha-Humo, quien había confiado en que confirmaría el poderío de su dinastía durante una eternidad, quedó reducido a un montón de escombros.

No muchos años después del denodado esfuerzo de Concha-Humo por mantener las apariencias, toda la civilización maya parecía estar en proceso de desintegración. En Copán, al igual que en otros lugares del mundo maya, la caída en picado se representa mejor por la desintegración del liderazgo real. El último rey de Copán, Yax-Pac, que asumió el poder en 763, también trató de revitalizar la ciudad con una campaña de construcciones durante la cual levantó varios templos y monumentos nuevos, ilustrativos de la fortaleza de su herencia cultural, incluido el famoso Altar Q. Una escultura muestra a Yax-Pac como un poderoso guerrero de cuyo cinturón cuelgan, a modo de trofeos de guerra, las cabezas cercenadas de varios enemigos.

Algunos estudiosos sospechan que la ostentación bélica de Yax-Pac era simplemente una falsa apariencia, una simulación de poder que enmascaraba una erosión fundamental de su categoría. Se remiten a las pruebas arqueológicas de que durante algún tiempo el territorio de Copán había estado dividido al menos en 12 jurisdicciones, encabezadas por nobles que hacían las veces de Consejo de Notables y asesoraban al rey, pero que cada vez se estaban haciendo más independientes. Barbara Fash, que reconstruyó los retratos esculpidos y las descripciones glíficas de estos nobles en la Casa del Consejo (*recuadro y página opuesta*) y en otros lugares, y su esposo, William, han denominado a esto una «forma de gobierno descentralizada, casi “desoberanizada”». La monarquía parecía estar a punto de desaparecer de escena y con ella se irían los mejores días de los mayas.



Una parte sustancial del problema consistía en que cuando Yax-Pac asumió el poder, Copán estaba al borde de un desastre ecológico de consecuencias imprevisibles. En tiempos pasados, la región había dispuesto de los más ricos recursos naturales, incluyendo mucha tierra fértil y agua para regarla, pero después de siglos de explotación intensiva, las tierras de las colinas y de las faldas de las montañas no podían sustentar a la población que se había disparado por encima de las 20.000 almas. La ciudad no se podía seguir alimentando con sus propios recursos y los agricultores tenían que ir desmontando más bosque cada temporada para disponer de tierras de labor que cada

vez eran menos productivas; al poco tiempo se había desprovisto de árboles una zona de más de 30 kilómetros de anchura. El resultado fue una malnutrición generalizada que dio lugar a multitud de enfermedades que afectaron a no menos del 90 por ciento de la población, como ha demostrado el análisis de restos esqueléticos.

A lo largo de la crisis, Yax-Pac había luchado por mantener unida a la dinastía, pero con una parte tan importante de su pueblo sufriendo aquel cúmulo de males, poco apoyo habría encontrado para demostraciones rituales de poder. Desesperado, es de presumir que se ofreciera a compartir el boato de la realeza, dedicando palacios y santuarios a ciertas familias importantes, pero incluso tales gestos sirvieron de poco para asegurarle la lealtad de sus desencantados súbditos.

Gravemente debilitada su posición, Yax-Pac se las arregló para aferrarse al poder hasta su muerte en el 820. Un posible sucesor, conocido como U-Cit-Tok, afirma haber «accedido», pero las inscripciones no aclaran si se estaba refiriendo en realidad al papel de rey: el ara labrada que conmemora el acontecimiento ni siquiera se llegó a terminar, lo que indica que su mandato fue interrumpido por algún suceso. La dinastía que había empezado cuatro siglos antes con Yax-Kuk-Mo había terminado.

El propio Copán estaba también en sus etapas finales, como queda indicado por la falta de nuevas construcciones o señales de alta ocupación en el que antes fuera bullicioso centro de la ciudad. Algunas familias resis-



Un emblema normal de la autoridad real entre los mayas, un motivo entrelazado que deliberadamente recordaba las esterillas sobre las que en tiempos se sentaban los soberanos de Copán, adorna la cara oriental del popol na, o Casa del Consejo, que se terminó en el 746 por el sucesor de 18-Conejo, Mono-Humo. Aunque la puerta occidental, cuyas piedras se encontraron caídas unas sobre otras (izquierda), se había venido abajo durante un incendio en tiempos muy remotos, se pudo reconstruir fácilmente siguiendo el modelo que ofrecían las piedras de la fachada intacta.

LAS CUEVAS SAGRADAS DE DOS PILAS



No fue necesario que los mayas forzaran mucho la imaginación para ver como entradas al Inframundo las cuevas que tanto abundaban en la zona que ellos habitaban. Así pues, no es sorprendente que las reverenciaron y que celebraran actos de tipo religioso en sus sombrías cavidades.

El arqueólogo James Brady, de la Universidad Vanderbilt, ha explorado docenas de cuevas escondidas en la región guatemalteca de Petexbatun y ha estudiado a fondo sus contenidos: todo desde vasijas rituales hasta altares. Debido a las neblinas que solían levantarse desde algunas de ellas por las mañanas, las cuevas eran consideradas por los mayas como fuentes de lluvia y, por ello, las asociaban con la fertilidad y con el temible poder de los dioses. Hay algunas en las que ningún ser humano ha entrado en estos últimos cinco siglos. Brady, al explorar una de ellas, no tuvo más que oír el ronco gruñido del jaguar que la

tieron como pudieron, negándose a abandonar las fincas que poseían en el valle o cultivando algunas de las pocas parcelas fértiles del extrarradio. Los arqueólogos David Webster y William Sanders, de la Universidad del Estado de Pennsylvania, apuntan que varios miles de personas siguieron viviendo en aquella región hasta el año 1000 de nuestra era, por lo menos. Pero los días de gloria, a buen seguro, habían pasado. A finales del siglo noveno, el centro de Copán había sido abandonado casi por completo. Durante varios siglos después, la única presencia humana sería la de algún peregrino ocasional que acudiría a rendir homenaje en un santuario y que, en ocasiones, haría una pausa para dejar alguna ofrenda en lo alto de la ruinoso acrópolis.

Casi todos los otros grandes centros mayas, tales como Palenque y Tikal, pronto sufrirían un destino similar, si no lo habían padecido ya. Al final del siglo X, la civilización clásica maya había desaparecido prácticamente en las tierras bajas centrales y meridionales. La desaparición de esta magnífica sociedad fue, en palabras del arqueólogo Robert Sharer de la Universidad de Pennsylvania, «uno de los peores desastres culturales de la historia humana». Hoy en día, las razones de su eclipse siguen siendo motivo de acalorado debate entre los arqueólogos y otros estudiosos, pero la mayoría está plenamente de acuerdo en que para precipitar ese final tuvieron que coexistir algún tipo de desastre medioambiental y de hostilidad armada. Las discrepan-

habitaba para emprender una retirada tan prudente como precipitada.

La cueva más importante de la zona, conocida ahora como El Duende, fue lugar de culto durante muchos siglos a juzgar por el conjunto de cerámicas y huesos humanos que alfombraban unos 200 metros de sus casi tres kilómetros de longitud. Algunas de las reliquias eran anteriores a la época de mayor esplendor de la cercana ciudad de Dos Pilas en el siglo VII de nuestra era. Al ser tantas las cavernas que penetraban en la porosa piedra caliza existente en la zona, Brady llegó a pensar que los mayas situaban la presencia de una cueva en los lugares más altos de sus preferencias a la hora de fundar un asentamiento.

El Duende forma parte actualmente de una amplia red de cámaras y pasadizos bajo una colina esculpida con forma de pirámide y cortada por abajo por una corriente subterránea. Montaña, agua y el

Inframundo —cada cosa imbuida de un especial significado religioso— convergían para hacer de El Duende un paraje triplemente sagrado. Su gran importancia se hizo evidente sólo con analizar los escombros que se hallaron en la entrada de la cueva (*izquierda*). Apparently, en la época de la caída de Dos Pilas —probablemente en manos de los estados colindantes— los residentes trataron de conservar el santuario mediante la demolición de edificios y el cierre de la entrada de la cueva con grandes bloques de piedra procedentes de los derribos. Tal destrucción voluntaria de propiedades valiosas para proteger un santuario no sólo es indicio de una desesperación compartidas sino que también fortalece la creencia mantenida por algunos arqueólogos de que toda la civilización maya debe su colapso a una violencia y una anarquía generalizadas.

cias parece que se centran en la cuestión de si las presiones sobre el medioambiente fueron la causa o el resultado de la desintegración política y del creciente conflicto. Parece ser que en Copán fue un fallo en el liderazgo lo que desempeñó un papel importante pero, una vez más, nadie puede estar seguro de si ésta fue la situación que arrastró al desastre o si éste tuvo su origen en otros problemas que ya habían arraigado.

El arqueólogo Arthur Demarest de la Universidad Vanderbilt había encontrado pruebas espectaculares que, en su opinión, arrojan una nueva luz sobre el asunto. Sus sorprendentes hallazgos han levantado un gran revuelo en el mundo de los estudiosos de la cultura maya y han suscitado un renovado debate sobre el ocaso del período clásico.

Sus investigaciones se han centrado en un yacimiento virtualmente inexplorado de Guatemala, conocido como Dos Pilas, que se encuentra a unos 96 kilómetros al suroeste de Tikal. En la temporada de primavera de 1991, él y sus colegas se habían dedicado a excavar túneles en busca de una tumba en el corazón de una pirámide erosionada, de una manera muy parecida a como Alberto Ruz había hecho en Palenque unos 40 años antes. Sus dos primeras galerías se habían hundido durante la excavación, pero en el mes de abril habían conseguido llegar a un nivel que estaba 10 metros por debajo de la cúspide de la pirámide y habían taladrado agujeros hasta una cámara situada más abajo. Tan inestable era la edificación circundante que en todo momento temieron que se les viniera encima. Más tarde, Demarest recordaba lo que sentían al mirar por los agujeros hacia el interior de aquella oscuridad: «Yo quería encogerme y colarme por ellos. Pero todo lo que veía era aquella enorme piedra que teníamos encima y que en cualquier momento podía caer sobre nosotros y aplastarnos».

No obstante, con mucho cuidado pudieron agrandar los agujeros lo suficiente para entrar en lo que efectivamente era una tumba. Dentro, descubrieron el esqueleto de un hombre de unos cuarenta y pico de años adornado con un tocado regio de jade, conchas y perlas. Cerca había hojas de obsidiana que se usaron en ceremonias de efusión de sangre, cerámicas perfectamente conservadas y bandejas para banquetes cubiertas de glifos.

Demarest tiene la seguridad de que el esqueleto corresponde al rey de Dos Pilas durante la primera parte del siglo octavo, una figura misteriosa conocida solamente como Soberano 2 porque todavía no se han descifrado los glifos de su nombre. Fue uno de los varios soberanos que gobernaron Dos Pilas durante una ambigua campaña de guerra y expansión territorial.

Bajo los reinados de los Soberanos 2, 3 y 4, Dos Pilas amplió agresivamente sus fronteras y absorbió unos 4.000 kilómetros cuadrados con lo que, durante un breve período, fue el reino más extenso de los mayas. Esta implacable expansión puede haber sido el reflejo de un deseo de dominar unas rutas comerciales críticas. Sin embargo, al igual que en Copán, los soberanos no pudieron mantener el control y después de la caída de Dos Pilas en 761, la región estalló en conflictos. Hay pruebas demostrativas de que muchos de los orgullosos centros ceremoniales de esta región se convirtieron en zonas de combate y fortalezas, en las que no faltaban los fosos profundos y las murallas precipitadamente construidas. El propio Dos Pilas fue rodeado por una serie de muros más o menos concéntricos, uno de los cuales pasa justamente por medio de un antiguo palacio y sobre edificaciones tales como una escalera jeroglífica. La sensación de urgencia y desesperación queda plasmada en el hecho de que muchos de los trabajos de fortificación estaban rematados o unidos entre sí con piedra labrada arrancada de las pirámides y templos.

Docenas de puntas de lanza rotas halladas a lo largo de las murallas indican que la lucha se había desarrollado en los centros rituales. Tumbas poco profundas marcan los lugares donde los agricultores cayeron defendiendo sus tierras. «A medida que se desmoronaba su hegemonía, todo se desintegró», dice el estudioso de temas mayas David Freidel. «Era la anarquía. Degeneró en el caos total que es la secuela de la guerra.»

Demarest llega a la conclusión de que esta atmósfera de hostilidad y la subsiguiente desintegración del orden social llevaron al colapso medioambiental que, en último extremo, extinguió esta fase de la civilización maya. Al haber cambiado radicalmente la forma en que los mayas libraban sus batallas, toda la zona se sumió en el caos y tal vez desencadenó una devastadora perturbación de la ecología local. Aunque algunos estudiosos ponen en tela de juicio la secuencia de los sucesos, hasta los detractores de Demarest coinciden en que no se puede hacer caso omiso de la importancia de las nuevas pruebas sacadas a la luz en Dos Pilas. Incuestionablemente, el mundo maya se había hundido en un abismo de violencia imposible de imaginar en tiempos anteriores.

A pesar de la catástrofe generalizada, las páginas finales de la historia maya estaban todavía por escribirse: al norte, en Yucatán, se habían de descubrir aún nuevas glorias. Pero era innegable que los mayas habían alcanzado el pináculo de sus logros y que jamás volverían a alcanzar cotas tan altas. Lugares donde grandes reyes habían gobernado desde pirámides imponentes por su altura quedaron cubiertos por un sudario silencioso y eterno.

ESPEJOS DEL PUEBLO



Los mayas veían el mundo con una mezcla de temor y asombro. Para ellos, los tres niveles del cosmos, el Supramundo de los cielos, el Mesomundo que era la tierra, y el Inframundo de los muertos, estaban llenos de energía sagrada. El orden o equilibrio cósmico solamente se podía mantener mediante actos recíprocos de generosidad por parte de los dioses y los humanos. En otras palabras, los dioses seguirían concediendo a los mayas comida, hijos, luz solar, lluvia y otros dones de la vida a cambio de reconocimiento, respeto y alabanza. Con el paso del tiempo se hizo un deber expreso de la nobleza o elite, en representación de su pueblo, realizar los actos rituales de devoción necesarios para mantener en sintonía los mundos terrenal y sobrenatural.

El desarrollo de la civilización maya coincidió con la evolución de un sistema de clases muy estratificado. Las familias reales, a quienes se atribuía un origen divino, dirigían todos los aspectos de la vida de la comunidad, desde el cultivo de los campos hasta la entrada en guerra. En la cúspide de la clase selecta estaba el rey o soberano supremo. Descendiente de linaje sagrado, el soberano se comunicaba

directamente con los otros mundos y servía como centro del universo maya en su condición de encarnación de la divinidad y líder temporal. Aunque las genealogías se determinaban normalmente por vía paterna, las familias reales establecieron alianzas importantes por medio de matrimonios y las mujeres de la nobleza solían ocupar altos cargos. En Palenque, dos mujeres alcanzaron el rango de dirigente supremo.

El vestuario y los arreos que adornaban la sagrada persona del rey representaban algo más que la simple acumulación de riqueza; eran símbolo de su poder sobrenatural. Las galas de la nobleza maya, así como sus cortesanos y cautivos se representan con gran detalle en figurinas de cerámica —que vemos aquí y en las siguientes páginas— procedentes de tumbas de la isla de Jaina, frente a las costas de Yucatán. La pareja de nobles de arriba, por ejemplo, parece ser que lucen sendos espejos circulares, muy apreciados. Emblemas de gran autoridad, los espejos simbolizaban el brillo social y el poder; en efecto, un gran señor era considerado «el espejo de su pueblo».

UNA EXISTENCIA SUNTUOSA EN REGIOS PALACIOS

En el Período Clásico, la nobleza maya estaba firmemente instalada en su posición de líderes hereditarios. Aunque la responsabilidad ante su pueblo era grande, las prebendas eran muchas. La posición social adquirida al nacer determinaba el acceso a bienes, alojamiento, posición social y poder a lo largo de toda la vida.

El trazado de una ciudad ceremonial se hacía en torno a una zona central donde vivía la elite y se atendían los asuntos religiosos y administrativos, como sucedía en Copán y Tikal. Unos cien miembros de la familia componían el círculo real, atendido por muchos más cortesanos, músicos, escribanos y artesanos.

Una reproducción evocadora de un dirigente entronizado, que se muestra en el desarrollo de una vasija que se muestra abajo, presenta algunas de las comodidades de la

vida en la corte. Una trompeta hecha con una caracola y dos cornetas de madera resuenan (*izquierda*) mientras que miembros de la corte con abanico y flores esperan las órdenes del señor. Unos enanos, que solían ser cortesanos especiales, se sientan a los pies del noble que luce unas joyas y un tocado espléndidos y se reclina cómodamente en un enorme cojín, presumiblemente contemplando su imagen reflejada en un espejo adecuadamente inclinado por un minúsculo ayudante.

El mobiliario era escaso en los palacios, consistiendo como consistía fundamentalmente en bancos y plataformas adosados al edificio y mesas y taburetes móviles. Sin embargo, el arte, la escritura, la joyería, los tejidos y la alfarería que han llegado en buen estado hasta nuestros días revelan una forma de vida que era elegante y refinada.



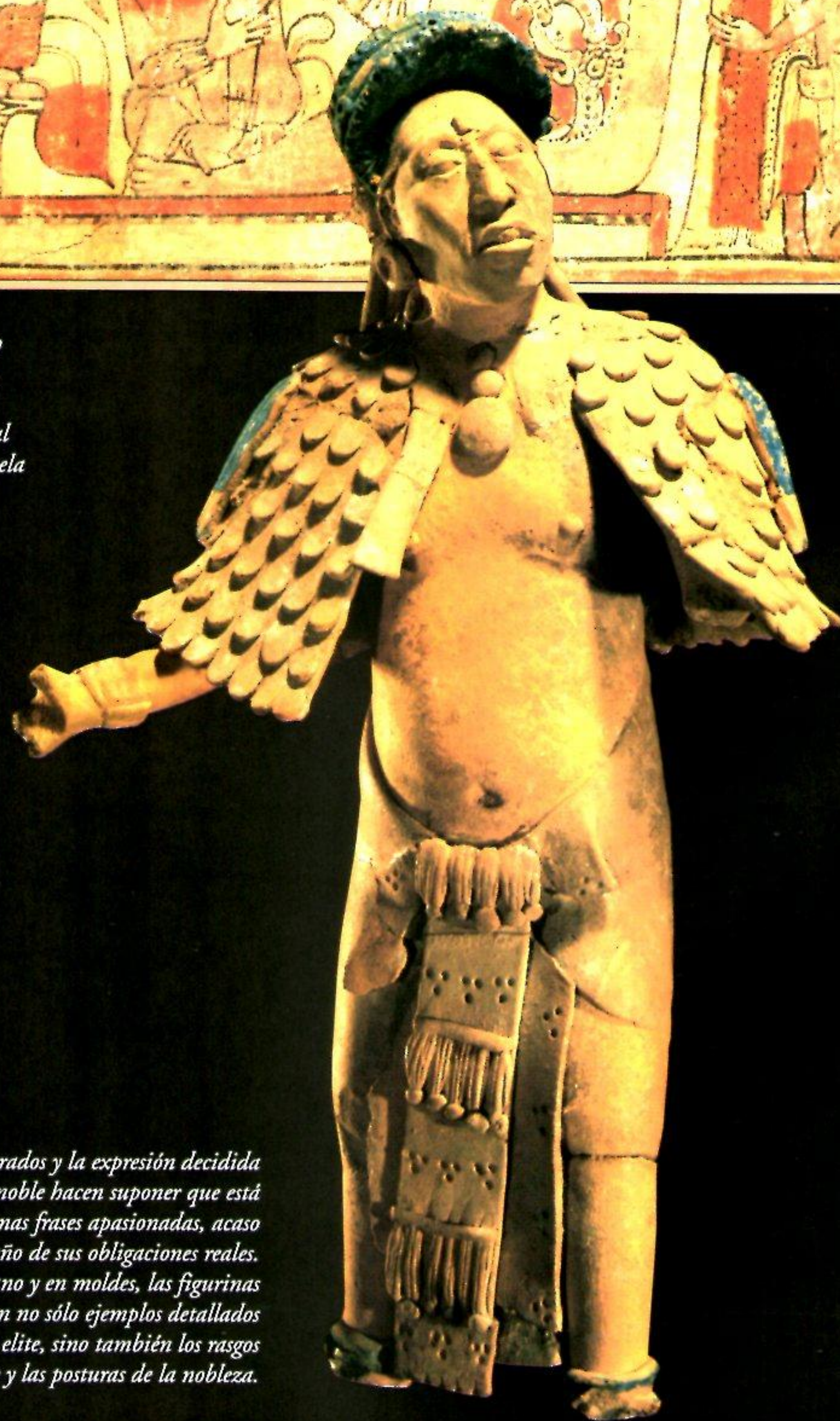
El porte altanero y el aire de superioridad de este noble maya dan a entender que es sobradamente consciente de su elevada

posición como miembro de la privilegiada clase selecta. Su figura corpulenta, complicado tocado y grueso collar —por no

decir nada de sus uñas exageradamente largas— indican que el personaje llevaba una vida regia de placeres epicúreos y relativo desahogo.



Un notable maya, sentado en su trono, recibe la visita de unos nobles. Cada uno de ellos se sujeta un codo con una mano, como señal de respeto. Los visitantes también muestran su estima ofreciendo al personaje real el regalo de una pieza de tela que sujeta el ayudante de la derecha.



Los gestos exagerados y la expresión decidida de este noble hacen suponer que está pronunciando unas frases apasionadas, acaso en el desempeño de sus obligaciones reales. Formadas a mano y en moldes, las figurinas de Jaina retratan no sólo ejemplos detallados de las galas de la elite, sino también los rasgos físicos, el porte y las posturas de la nobleza.

MÚSICA Y DANZA: ALEGRÍA PARA LOS DIOSES

La música y la danza eran vitales para los mayas, quienes las utilizaban para alabar, rogar y dar gracias a sus deidades. Algunos ritos funerarios, la llamada a las armas, la caza y la plantación, y el diálogo con los dioses eran acompañados por composiciones musicales y coreografías adecuadas. Aunque los sonidos de la música y los ritmos de los movimientos se han perdido, la presencia de los intérpretes se encuentra por doquier en los murales, vasijas y esculturas de la vida

cortesana que han llegado a nuestros días.

Allí, los músicos tocan tambores, trompetas, flautas y silbatos, y los bailarines danzan en solitario, en parejas o en grupos. De los instrumentos usados, los tambores se hacían de madera, arcilla, y conchas y caparazones de tortugas; las trompetas de caracolas de mar o largas calabazas acopladas a tubos huecos; y las flautas y silbatos de madera y huesos de venados.

Los cazadores, que portan cerbatanas, celebran el éxito de su cacería de venados tocando alegremente trompetas hechas de caracolas durante su regreso al poblado. Hoy en día sus descendientes han cambiado los taparrabos y cerbatanas por pantalones vaqueros y escopetas.





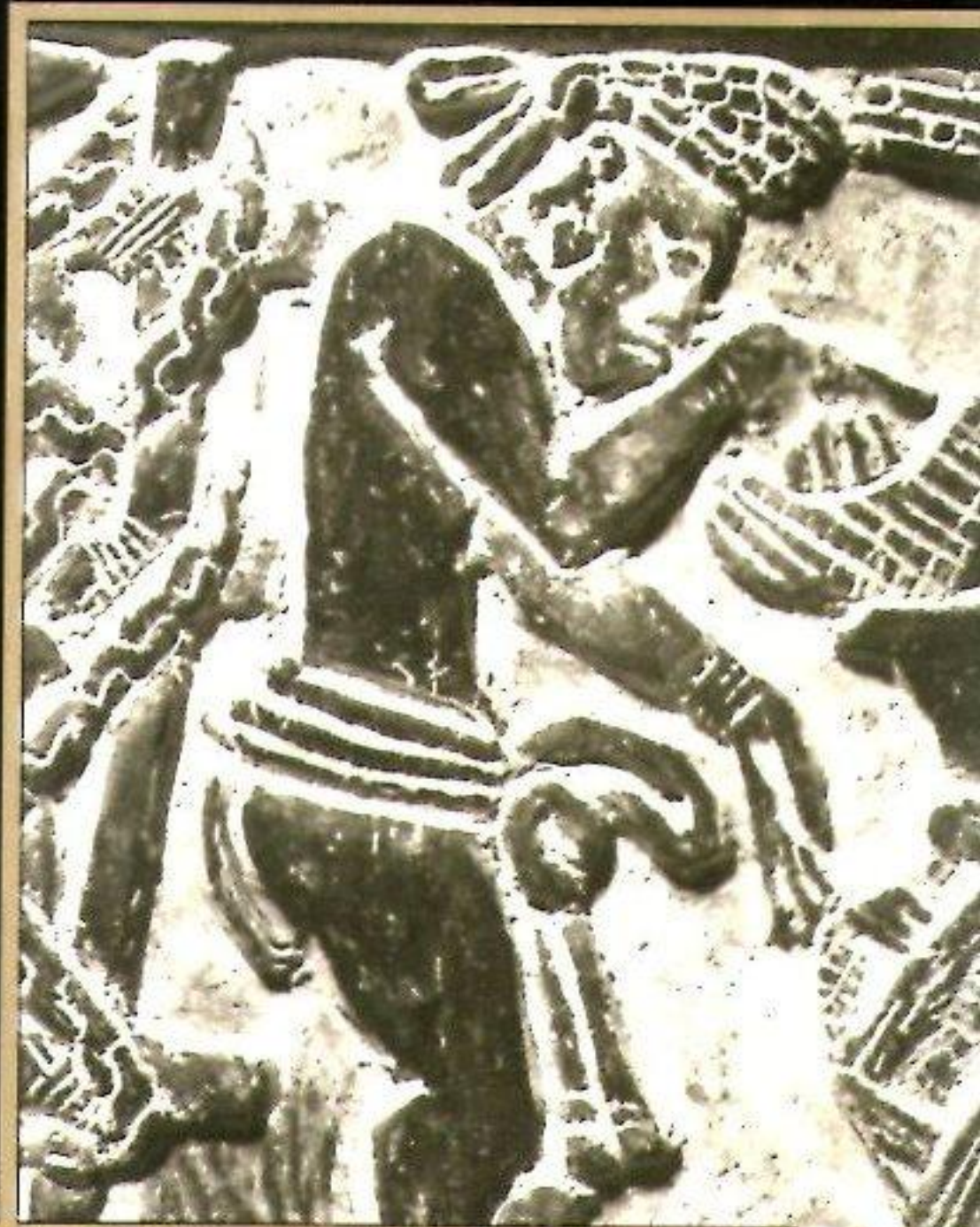
Una pareja elegantemente ataviada se prepara para bailar (abajo). En esta pintura, cuyo original se encuentra en una vasija, el artista expresó lo ceremonioso de los movimientos de la pareja levantando del suelo un solo talón de la mujer, mientras que la escultura de Jaina que aparece a la izquierda es la personificación del movimiento, un gran señor que se ha abandonado a una danza extática.



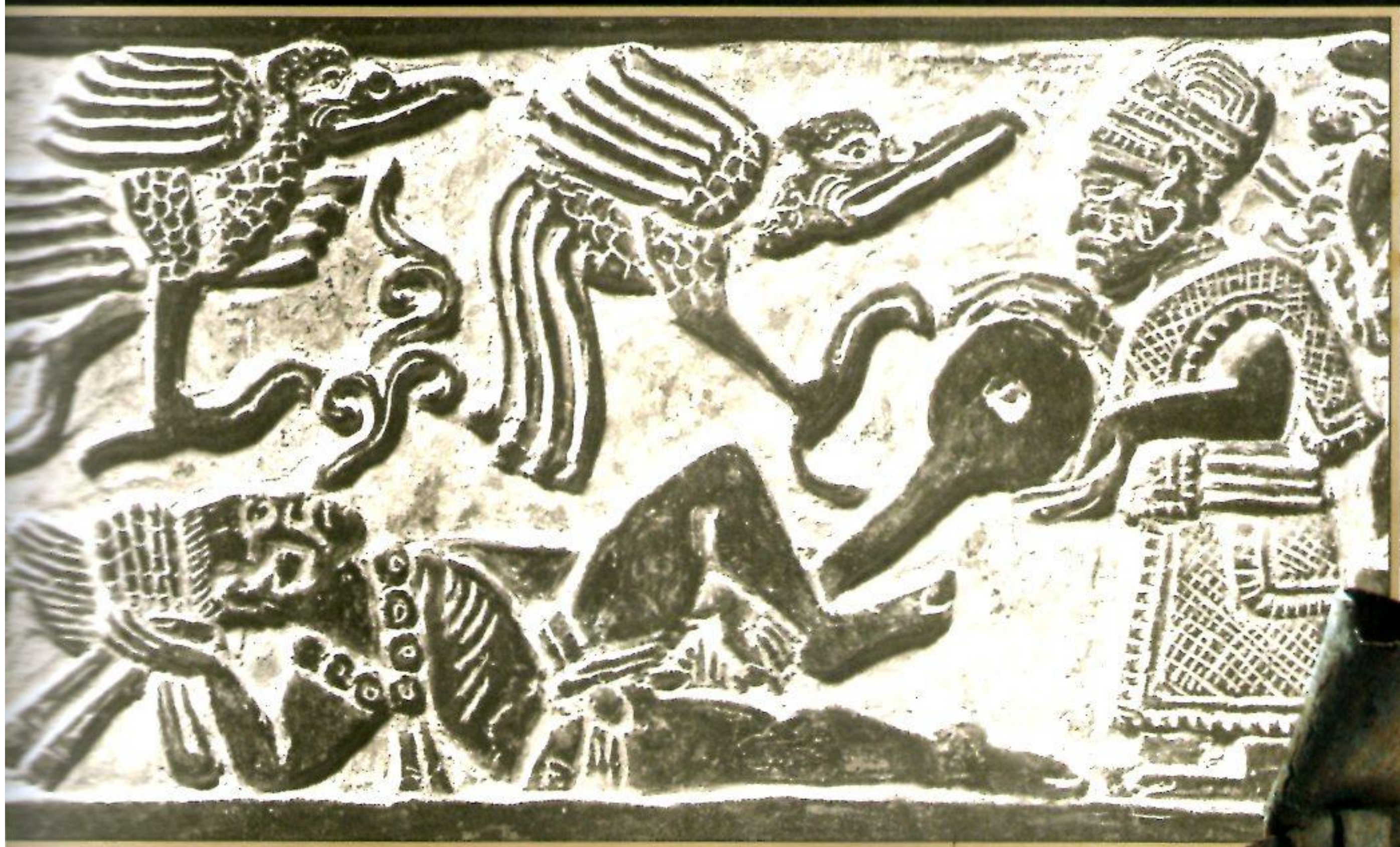


Con dos jarros en la mano y el taparrabos aflojado, esta figurina de un noble algo embriagado por la bebida deja entrever que los ritos formales no siempre eran ocasiones solemnes para los mayas.

Unas aves de presa aparecen sobre la persona en busca de experimentar visiones fantásticas en un ritual representado en una vasija de cerámica grabada. La escena gráfica incluye un ayudante (izquierda) que prepara una sustancia que se va a administrar por vía anal a la persona del centro. Brebajes fermentados de muchos tipos se ingerían de forma ritual, pero la daturina —alcaloide de las hojas y semillas de estramonio— producía las visiones deseadas en la mayoría de los casos.



Los mayas liaban y fumaban un buen número de plantas narcóticas, como se ilustra en la pintura de una vasija donde vemos a un noble con un cigarrillo encendido. El tabaco silvestre de aquella zona, mucho más fuerte que las variedades cultivadas, no sólo se fumaba, sino que se usaba como rapé por vía nasal.



BÚSQUEDA DE VISIONES: EN EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

Como sagrados conductos entre los vivos, los dioses y los antepasados, los miembros de la realeza maya realizaban una diversidad de actos rituales destinados a abrir los portales entre el mundo terrenal y aquéllos de los espíritus. En los rituales, los celebrantes procuraban alcanzar un estado de consciencia alterada acompañado de visiones en el que experimentaban un contacto directo con lo sobrenatural. Los nobles empleaban pocimas y plantas embriagadoras —algunas de ellas alucinógenas— como medio de provocar visiones, pero también las usaban para alcanzar un estado preliminar a la práctica ritual más importante: la efusión de sangre.

Para los mayas, las ocasiones apropiadas para la efusión de sangre eran múltiples. Todo acontecimiento significativo, desde el nacimiento hasta la muerte, desde la planta-

ción del maíz hasta el acceso al trono de los reyes, requerían la ofrenda de sangre. Más que un acto simbólico, la efusión de sangre era una oportunidad para que los humanos presentaran a los dioses el más valioso regalo que poseían.

La figura de la derecha está ocupada en un ritual de efusión de sangre. Su tocado, pendientes y faldellín le identifican como un noble de alta alcurnia, pero lleva el dogal de los cautivos como gesto penitencial. Tras practicarse una incisión en sus genitales (también se usaban en dichos ritos la lengua y los lóbulos de las orejas), dejaba que la sangre fluyera sobre hojas de papel de corteza. Después se quemaba este papel ensangrentado que, así, se transformaba en nubes de humo que los dioses tomaban como sustento.



El vistoso atuendo que lucen los dos nobles que juegan a la pelota en el desarrollo de la decoración pintada sobre una vasija indica que su

juego era de naturaleza ceremonial. Sin embargo, no era menos peligroso por ser ceremonioso y ambos jugadores llevan en el tronco deflectores,

probablemente hechos de madera y cuero, para protegerse del impacto de la pelota que pesaba tres kilos y medio aproximadamente.



UNA CONTIENDA A VIDA O MUERTE

El juego de pelota de los mayas clásicos, tal como lo practicaba su elite, no era un pasatiempo inocuo para una tarde de verano. Sobre las canchas para el juego de pelota, meticulosamente construidas entre las principales edificaciones ceremoniales de una ciudad, los participantes recreaban el mito del dramático partido jugado por los Gemelos Heroicos contra los Señores de la Muerte del Inframundo. Y como en el mito, que narra la batalla entre la vida y la muerte, el resultado del juego ritual pudo haber sido el sacrificio del perdedor en bastantes ocasiones.

No se conocen detalles de cómo se practicaba el juego, pero el arte maya retrata con

gran detalle a los jugadores. Un grueso almohadillado cubría los brazos, las rodillas y la parte media del tronco de los participantes para protegerles de los golpes de la pelota de goma maciza que tenía el tamaño de una pelota de baloncesto. Las poses estáticas preferidas por los artistas mayas consiguieron, no obstante, darnos una idea de la fuerza necesaria para mantener la pelota en juego. Aquí se ve a un participante en una postura defensiva y a un segundo jugador agachado sobre el suelo de la cancha pavimentada para evitar que la pelota bote en él.

Aunque durante muchos años se censuró a los arqueólogos por creer que el juego

de pelota contenía elementos de sacrificio, el arte y las inscripciones mayas indican que a veces el juego finalizaba con la muerte de alguien. Cautivos, en algunos casos identificados en los glifos con su nombre y categoría, eran enfrentados a otros prisioneros o a un equipo local de nobles. Las representaciones del sangriento final del juego varían: un perdedor podía ser golpeado hasta la muerte con la pelota, podía ser decapitado o, como secuela del propio juego, ser utilizado como pelota, para lo cual se le ataba en forma de ovillo y se le arrojaba por las escaleras del templo o se le aporreaba a lo largo de la cancha.

Un noble con atuendo de jugador de pelota irradia dignidad en reposo y una cualidad meditativa que contrastan con la violencia de su deporte. Luciendo un faldellín de piel de jaguar, su mano derecha sujeta una manopla de piedra. Los mayas practicaban varios juegos diferentes de pelota y esta pieza de su equipo, cuya función se desconoce, indudablemente se usaba en uno de ellos.

En contraste con la figurina de la derecha, este jugador de pelota no luce ninguno de los arreos normales para el juego de pelota. Salvo por la pelota en su mano, está vestido con el sencillo atuendo de un cautivo. La conjunción de simbolismos —aparentes gotas de sangre en el rostro, un trapo sobre un brazo, el pelo recortado y la nariz fracturada— dan a entender que la figura ha perdido el partido y acaso pierda la vida.



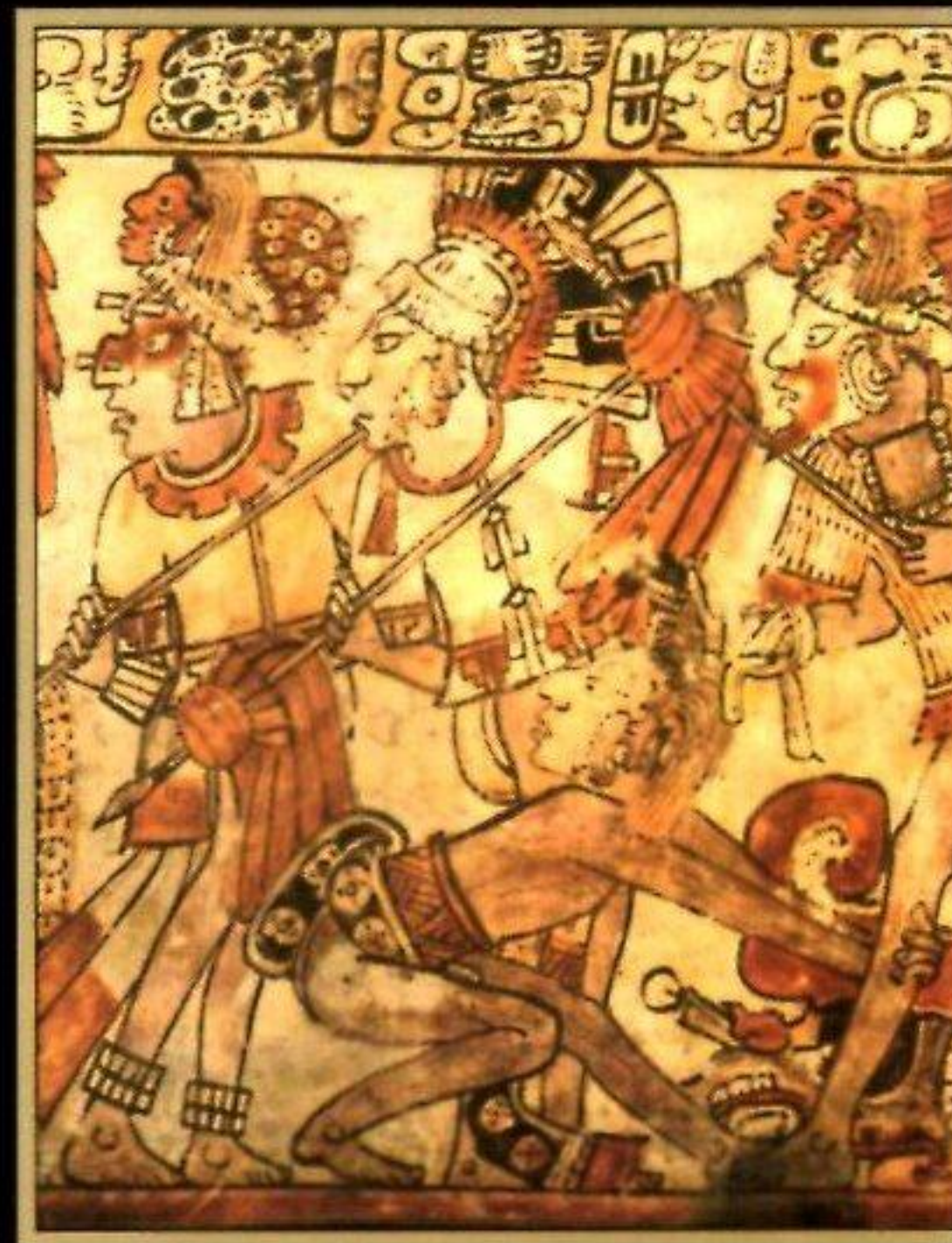
EL DEBER REAL DE LA GUERRA MAYA

La ausencia de pruebas de conflictos o fortificaciones de grandes dimensiones llevó a los arqueólogos de principios del siglo xx a la conclusión de que los mayas, al contrario que los aztecas, llevaron una existencia pacífica y utópica. Un examen más minucioso del arte y la literatura mayas dejaron entrever más adelante una sociedad inclinada no sólo a combativos juegos de pelota, sino también a frecuentes guerras y sacrificios humanos. Normalmente desarrolladas de una manera ritual, las campañas militares mayas se caracterizaron a lo largo de una gran parte de la historia de su cultura por unos complicados preparativos, cortas batallas y grandes números de prisioneros conducidos vivos a tierras de los captores.

Un período de intensa actividad ritualista invocando la ayuda de los dioses precedía a cada ataque. Los guerreros se engalanaban

luego con magníficos atuendos de combate —tocados emplumados, prendas de piel de jaguar, lujosa joyería, colgantes y otros adornos simbólicos. Las armas, por otra parte, eran sencillas y funcionales, fundamentalmente lanzas, cuchillos, macanas y escudos.

Con el mayor énfasis puesto en capturar al enemigo en vez de matarle en el campo de batalla, los reyes mayas luchaban junto a sus soldados y confiaban en la estrategia y las añagazas tanto como en la fuerza bruta para conseguir el éxito. Mientras que los cautivos plebeyos pasaban a ser esclavos de los vencedores, los cautivos de elite eran despojados de sus galas y expuestos al escarnio público, para luego ser mutilados antes de sacrificarlos a los dioses mayas, presumiblemente para el bien de todos.



Un notable se prepara para la guerra con ayuda de una señora noble y la asistente de ésta. La mujer ofrece al guerrero una cabeza convertida en trofeo mientras la sirvienta sujeta el escudo. Los glifos sobre la cabeza de la señora dicen: «vasija de cacao», lo que da a entender que el tarro se usaba para guardar granos de cacao o una bebida de chocolate. La pieza se pudo elaborar para acompañar al señor a su tumba y al mundo del más allá.

Portando lanzas y luciendo un impresionante atuendo de combate, que adornan con cabezas a modo de trofeos, soldados mayas del período clásico traban combate. Un prisionero

(izquierda) se agarra a la pierna de su captor, quien le sujeta por los cabellos en la representación normal de la derrota, y mira hacia atrás implorando ayuda a sus compatriotas.



Una víctima del sacrificio de cautivos (dos vistas, abajo) emite un interminable aullido de dolor indescriptible. Le han arrancado el cuero cabelludo y los intestinos y han mutilado sus manos y pies. Para redondear la faena, cabe dentro de lo probable que luego prendieran fuego a las maderas que le habían atado a la espalda.





YUCATÁN, DONDE SE ACABARON LOS DÍAS FELICES

Con el paso de los siglos, un aura de misterio y maldad se ha apoderado del pozo sagrado de Chichén Itzá, uno de los lugares más inquietantes de todas las tierras de los mayas. Cuando John Lloyd Stephens dio con él durante sus viajes por Yucatán, casi no pudo evitar una sensación de repugnancia cuando contempló en el fondo del pozo natural de piedra caliza un óvalo de oscuro tono verdoso, el turbio aspecto de unas aguas que afloraban 20 metros por debajo de él. Stephens, cuyas descripciones de los yacimientos mayas eran justamente alabadas por la minuciosidad de sus detalles, no quiso ocuparse para nada del notorio *cenote*, o cisterna, del que se desentendió con un somero párrafo superficial. De un tipo normal en Yucatán, la poza mide cerca de 60 metros de parte a parte y según escribió Stephens era «la mayor y más agreste que habíamos visto, con paredes estratificadas y perpendiculares en las que crecían árboles y arbustos que ocultaban sus bordes, y con una quietud como si el genio del silencio reinara dentro de ella. Una misteriosa influencia parecía envolverlo todo, al unísono con el relato histórico de que el *cenote* de Chichén era lugar de peregrinaje y de que se arrojaban víctimas humanas dentro de él, como sacrificios».

Relatos de tales prácticas habían empezado a circular en el siglo XVI, no mucho después de que los españoles llegaran al Nuevo Mundo. El obispo Landa escribió en su crónica de la vida maya: «Tenían la costumbre de arrojar hombres vivos dentro de este pozo, en la creencia de que no morían, ya que jamás volvían a verlos». Otro informe español apuntaba que los señores

Arqueólogo aficionado, la atrevida incursión de Edward Thompson en el Pozo del Sacrificio sacó a la luz este incensario hecho a partir del cráneo de un hombre joven y que todavía conserva vestigios de incienso después de 400 años de sumersión.



mayas habían arrojado dentro del *cenote* a mujeres «de su pertenencia» con instrucciones de recabar de los dioses de las profundidades si el año próximo iba a ser bueno; aparentemente, también se hacían sacrificios humanos en épocas de hambrunas, plagas o sequías para apaciguar a las deidades pertinentes. Pero una característica en particular del relato de Landa despertó el interés tanto de sus contemporáneos como de exploradores posteriores: «También arrojaban dentro de él muchas otras cosas, tales como piedras preciosas y objetos que apreciaban. Y así, dado que estas tierras tuvieron oro, este pozo sería el lugar donde se encontraría la mayor parte de él, por lo grande que era la devoción que los indios le profesaban».

El Cenote Santo, o Pozo del Sacrificio, como le llamaban los españoles, prometía una doble satisfacción a quien fuera suficientemente atrevido para bucear en sus secretos: la posibilidad no sólo de confirmar o refutar los relatos de sacrificios, sino de alcanzar unas recompensas más tangibles. El primero en intentarlo fue el francés Désiré Charnay, quien viajó mucho por tierras de los mayas a finales del siglo XIX. Llegó a Chichén Itzá en 1882 con dos dragas y un plan para sacar el fango y los sedimentos que formaban los 9 metros del fondo del pozo y que estaban bajo algo más de 10 metros de agua. Pero Charnay calculó mal la altura de la pared del *cenote* y la profundidad del agua y nunca pudo emprender el trabajo. Luego le llegó el turno a Edward Herbert Thompson.

Thompson era uno de los últimos grandes aficionados a la arqueología. Hijo de un jefe de estación de ferrocarril, nació en Worcester, Massachusetts, en 1856 y cursó estudios de empresariales e ingeniería, pero en último extremo fueron los misterios del pasado lo que encendió su imaginación. Su primera incursión en el campo de la erudición, un artículo de 1879 en el que argumentaba que los mayas y otros indios del Nuevo Mundo eran supervi-

Dibujo de Chichén Itzá, tal como debió de ser en el año 1100 de nuestra era, hecho por Tatiana Proskouriakova. En él se resalta la importancia del Cenote Santo (Pozo del Sacrificio) en relación con el centro ceremonial de la ciudad. Una calzada conecta el pozo (primer término, izquierda) con la plaza donde se levanta el Templo de Kukulcán, también conocido como El Castillo.



Hoy en día las paredes calizas y las turbias aguas verdosas del Cenote Santo ofrecen un aspecto muy similar al que tenían en la descripción que de ellas hizo John Lloyd Stephens en su obra clásica de 1843 Incidents of Travel in Yucatan. Los restos de una edificación de albañilería al borde del pozo, que se representan como una plataforma inclinada en la reconstrucción de Proskouriakova, pueden ser el lugar desde el que se arrojaba al agua a las víctimas sacrificadas.

vientes del continente perdido de la Atlántida (opinión de la que luego se desdijo), le valió el reconocimiento de la American Antiquarian Society, de Worcester, y del Museo Peabody, de Harvard. No mucho tiempo después, se las arregló para convencer a estas respetables instituciones yanquis de que respaldaran un inconcreto programa de trabajo arqueológico en Yucatán y ellas, por su parte, consiguieron que le nombraran cónsul de EE UU en la capital yucateca de Mérida. Llegó en 1885 para iniciar su investigación de los yacimientos mayas, que se prolongó durante 40 años y aportó valiosa información relativa a muchas fases y aspectos de la sociedad maya.

Thompson se sentía particularmente atraído por la magnífica arquitectura de Chichén Itzá, que había florecido entre los años 1000 y 1200 de nuestra era, un siglo y algo más después de que las ciudades meridionales del período clásico hubieran sufrido su fatal destino. En 1894 compró la hacienda que contenía las ruinas de esta espectacular gema septentrional e inmediatamente empezó a pensar en la exploración del pozo santo. «Pensaba en ello durante el día y soñaba con ello durante la noche», comentó. «Se convirtió en una manía que no me dejaba descansar.» Tal como Thompson lo veía había tres opciones: dragar, drenar o bucear. Drenarlo no era práctico porque la piedra caliza que circundaba la cisterna era demasiado porosa y lo más seguro era que la poza se volvería a llenar de nuevo. Así pues, habría que recurrir al dragado o al buceo, o a una mezcla de ambos.

Optó por dragar primero y bucear después, en caso de que fuera necesario, pero para poder empezar antes tenía que captar fondos para comprar equipo, enviarlo a México y, naturalmente, aprender el trabajo de buzo. Compró una draga de cangilones, una grúa de brazo rígido móvil de 9 metros y un torno de accionamiento manual. Hizo prácticas de buceo con un marino de Boston llamado Ephraim Nickerson. Con el tiempo, llegó a

ser, según propias manifestaciones «un buzo bastante bueno, pero en modo alguno perfecto».

Hubo que esperar hasta marzo de 1940 para que todo estuviera preparado: la grúa montada en el borde de la cisterna, cuatro trabajadores indios apostados en el torno, Thompson estudiando el punto del agua por donde se había perdido de vista un monigote de forma y peso similares a un ser humano, que había arrojado desde los restos de la antigua edificación para calcular dónde se podrían encontrar los restos de cualesquiera víctimas de los sacrificios. El cangilón se balanceó sobre el pozo y se hundió poco a poco en el agua. Unos pocos minutos más tarde la superfi-



cie del agua empezó a burbujear y a formar círculos en torno al cable a medida que el cangilón iba saliendo a la luz; al volcarlo sobre uno de sus costados, depositó su contenido de fango y brozas sobre una plataforma. Thompson inspeccionó nerviosamente el montón de lodo, en el que no encontró nada. «Lo mismo podía haber salido de cualquier pozo negro», se lamentó.

El dragado continuó así durante una semana y Thompson se ponía más nervioso ante la posibilidad de quedar en el más espantoso de los ridículos. Luego, una mañana tristona, aparecieron en el cangilón dos objetos que parecían huevos de avestruz. Eran una bolas de un blanco amarillento de lo que Thompson había supuesto acertadamente que era una resina que los mayas quemaban durante sus sacrificios. Cuando calentó aquella substancia, un aroma parecido al incienso endulzó el aire.

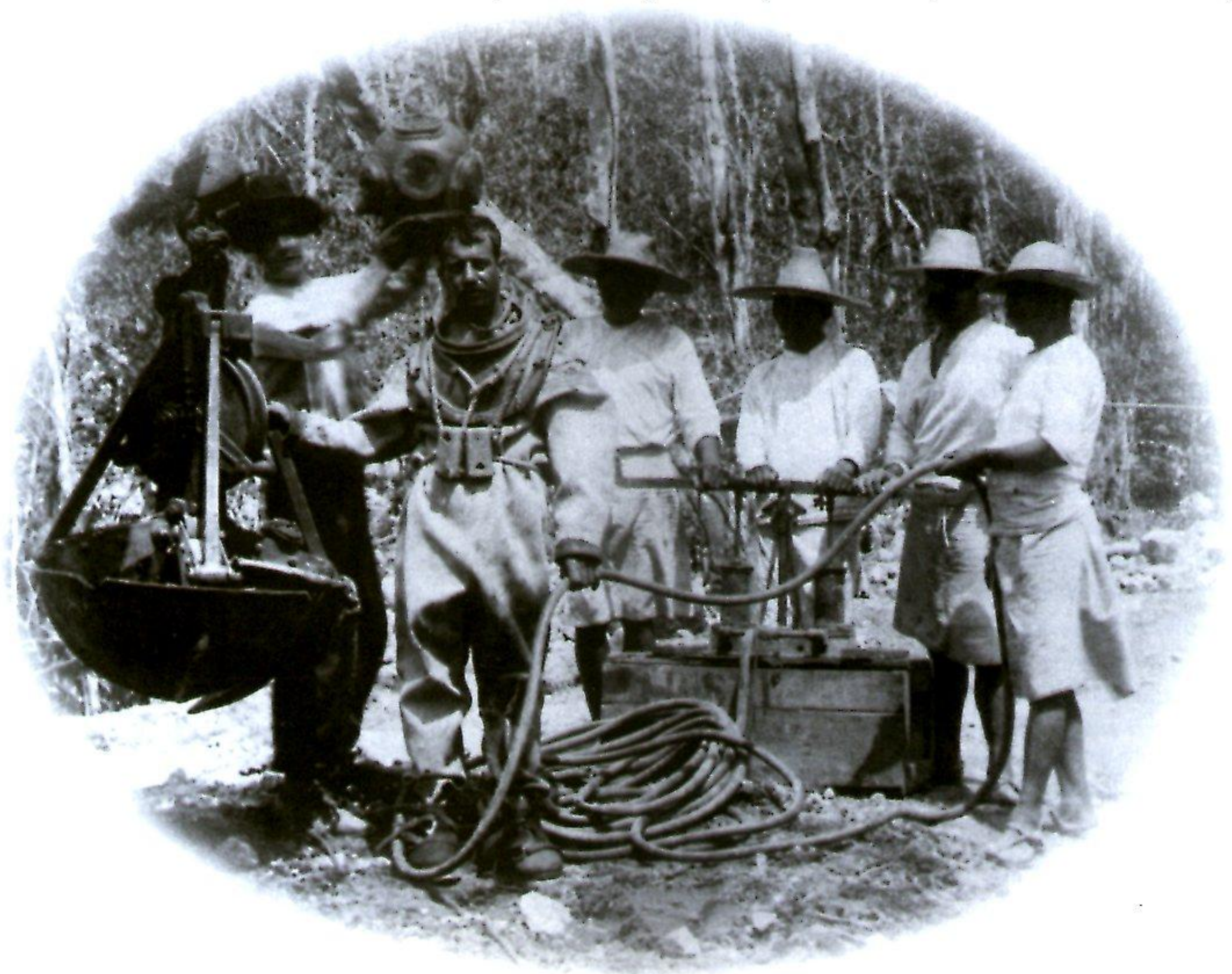
Lo siguiente en aparecer fueron los primeros fragmentos de huesos humanos, un húmero y lo que parecía ser un hueso de un dedo. Pronto aparecieron objetos de madera tallada, tiestos y una pieza de jade. A partir de entonces, casi todas las cargas del cangilón contenían algún artefacto: vasijas con tres patas llenas de resina o caucho, instrumentos de madera,

Trabajadores manejando la draga de Thompson en el borde del Cenote Santo. Aunque el dragado del pozo continuó durante varios años y sacó a la luz cerca de 30.000 artefactos, todavía quedaban más en el fango del fondo. En 1961, un proyecto que utilizó un equipo más avanzado recuperó otras 4.000 ofrendas de sacrificios.

Un buzo se prepara para bajar a las aguas del Cenote Santo que tienen una profundidad ligeramente superior a los diez metros. Cuando Thompson exploró el fondo del pozo en 1909 llevó un equipo parecido, compuesto por un traje de lona impermeable, una escafandra de cobre de 14 kilos y botas con suelas de hierro fundido. A pesar de la cuidadosa preparación y formación, Thompson sufrió lesiones en el aparato auditivo.

recipientes, cuchillos de obsidiana e incluso diversas versiones de la vara lanzavenablos que estudiosos posteriores verían en la imaginería maya. Un día, el indio que descargaba el cangilón dio un salto hacia atrás al tiempo que señalaba una serpiente oscura con anillos blancos en el cuello que asomaba entre el barro. Cuando miraron con más atención, comprobaron que se trataba de una réplica en caucho de «una víbora pequeña y extremadamente venenosa», según indicó Thompson.

Por fin apareció un cráneo: intacto, muy blanco y, por todos sus rasgos, correspondiente a una jovencita. Pero más conmovedor todavía para Thompson fue el subsiguiente descubrimiento de «un par de pequeñas y primorosas sandalias, evidentemente femeninas y que en tiempos calzaría alguna elegante doncella de buena cuna. Éstas, más que los cráneos y huesos blanqueados, más que cualquiera de los otros hallazgos, me hizo sentir en lo más profundo del corazón el patetismo y la tragedia de aquellos antiguos, bien-intencionados y cruelmente inútiles sacrificios». A medida que siguieron con el dragado, él y su equipo extrajeron más cráneos y otros restos esqueléticos; el propio Thompson dijo que había «decenas», pero un sistemático análisis demostró la presencia de 42 individuos identificables. La mitad de ellos eran adultos, 13 hombres y ocho mujeres. Del resto, siete estaban entre los 10 y





12 años de edad y el resto eran más jóvenes todavía, lo que confirmaba el relato del obispo Landa de que «algunos, arrastrados por su devoción, entregaban a sus hijitos» para que fueran sacrificados. Los hallazgos de Thompson disiparon la idea tópica de que las víctimas habían sido vírgenes adolescentes. Pero no quedaba ya duda alguna de que el Pozo del Sacrificio había sido exactamente eso.

Pero, ¿qué había de la fantástica suposición de Landa de que se habían arrojado a las profundidades cuantiosos tesoros de oro? Nueve meses después de que empezara la operación salieron a la luz los primeros objetos de esa clase, así como algunos hechos de cobre: figurinas, campanillas, anillos, tazas y un cuenco, fragmentos de una máscara ceremonial. El oro y el cobre, al igual que la obsidiana, no eran propios de la Península de Yucatán y debieron haber llegado como fruto de algún intercambio comercial con otras partes de Centroamérica. Su valor presumible apuntaba una vez más todo lo importantes que para los mayas habían sido estas ofrendas rituales en el *cenote*.

El dragado continuó de forma intermitente durante unos cuantos años. Luego, en 1909, Thompson llegó a la conclusión de que el dragado «sin ayuda de las manos humanas» ya no podía hacer más. Había llegado el momento de bucear.

Fabulosas serpientes emplumadas y símbolos del Inframundo adornan estas piezas destinadas a cubrir los ojos y la boca y que forman parte de un trío de ornamentos faciales de oro que Thompson encontró en el Cenote Santo. Se hicieron en el siglo IX de nuestra era en Chichén Itzá a partir de chapa de oro traída de la baja Centroamérica; los dibujos grabados en relieve se parecen a las figuras esculpidas en los templos locales.

F. Kirk Johnson, patrocinador de una tercera gran exploración subacuática del Cenote Santo en 1967, examina filas de restos humanos, piezas de alfarería y diversos artefactos extraídos del fondo del pozo. Esta búsqueda en las profundidades resultó mucho más fácil que la de Thompson después de que el cloro vertido en la cisterna eliminara temporalmente las algas y aclarara el agua anteriormente teñida de verde por ellas.



Su equipo era lo más engorroso que uno pueda imaginar: un traje impermeable de lona coronado por una escafandra de cobre con visor de vidrio plano pulido que pesaba más de 13 kilos. Un buscador de esponjas que reclutó en las Bahamas le sirvió de compañero de buceo y también enseñó a los indios a manejar la bomba de aire que les permitiría respirar bajo el agua. Pero cuando Thompson puso el pie en una escala de cuerda para iniciar su primera bajada al fondo, la confianza de su equipo distaba mucho de ser alentadora. Cada uno de los hombres «con una expresión muy solemne en la cara, me estrechó la mano», comentó. «Se estaban despidiendo de mí por última vez, pues no esperaban volver a verme de nuevo. Luego, me solté de la escala y me hundí como un tocho de plomo.»

Thompson fue bajando por un agua cuyo color cambiaba de amarillo a verde y luego a un negro tan absoluto que su linterna no podía traspasarlo. No obstante, estaba maravillado al caer en la cuenta de «era el único ser viviente que había llegado vivo a tal sitio». Para Thompson, que tenía 53 años

de edad y que había soñado con aquel momento durante 20 años, esto era el logro final: «Recuerdo claramente mis sensaciones a medida que iba tocando con los dedos unos objetos pequeños y curiosos como monedas, cuentas y anillos», dijo más adelante a un colega. «Cuando hube recogido unas 20 ó 30 piezas, di la señal y empecé a subir a la superficie. Todavía no me habían quitado ni la mitad del traje de buceo cuando hundí los dedos ateridos de frío en la bolsa que chorreaba agua sin parar y empecé a sacar hermosos anillos grabados... medallones de oro repujado y filigranas de oro de exquisito diseño y ejecución.» Había dado con una mina de oro, una cueva del tesoro cuya riqueza era muy superior al mero valor intrínseco de las piezas que contenía, debido al significado arqueológico de todas ellas.

Las piezas que Thompson recuperó del Cenote Santo y entregó al Museo Peabody acabaron por formar la mayor colección de enseres que jamás se extrajo de un yacimiento maya. Máscaras de oro, un disco de

cobre adornado con figuras delicadamente grabadas, una escultura en piedra que Thompson comparó con *El Pensador* de Rodin, cuchillos y hachas de madera y pedernal presumiblemente utilizados para despachar a las víctimas de los sacrificios; de múltiples maneras estos objetos contribuyeron a la comprensión de la forma de vida en la antigua Chichén Itzá. El arte reveló algunos de los detalles de las ceremonias mayas y demostró la riqueza de su estética; los metales ayudaron a identificar sus rutas comerciales; los tejidos de algodón conservados en el limo debido a la falta de aire dieron una idea de lo que vestían. Además, los estudiosos determinaron finalmente que las inscripciones en dos piezas de jade incluían fechas de los años 690 y 706 de nuestra era, indicando bien que las gentes habían arrojado al *cenote* piezas heredadas de generación en generación o tesoros robados de tumbas del período clásico, o bien que Chichén Itzá había sido un asentamiento mucho antes de sus días de gloria.

La visión de la historia maya que prevalecía en tiempos de Thompson dividía la epopeya de los mayas en un «Imperio Antiguo» en el sur que terminó durante el siglo noveno o principios del décimo, y un «Nuevo Imperio» centrado en Yucatán y del que Chichén Itzá era presumiblemente su capital. Pero a medida que los investigadores conocieron más a fondo los sistemas del calendario maya, alcanzaron una comprensión más avanzada de las tendencias arquitectónicas de la cultura, y ampliaron su conocimiento arqueológico de la región, cada vez se hizo más evidente que no había una separación claramente definida entre norte y sur o entre antiguo y nuevo, y que la historia de los mayas había sido en realidad un continuo. La determinación de fechas mediante isótopos radiactivos del carbono y otras pruebas demostraron que varias ciudades de Yucatán estaban ocupadas bastante antes del hundimiento de los grandes centros de Guatemala y Honduras; vestigios de artes y oficios practicados en el sur también se encontraron en ciudades septentrionales. La mayoría de los estudiosos coincide ahora en que no hubo una súbita migración del sur al norte al producirse la ruina de metrópolis meridionales como Copán, Tikal y Palenque y que las dos regiones habían coexistido durante algún tiempo.

Pero era igualmente evidente que hubo importantes diferencias entre los mayas septentrionales y meridionales. Los septentrionales, indiscutiblemente los principales intérpretes en la última fase de la historia de su pueblo, construyeron una media docena de grandes ciudades además de Chichén Itzá, centros ceremoniales y capitales regionales como Cobá y Mayapán, y las comunidades urbanas de Uxmal, Kabah y Sayil en el terreno ligeramente elevado conocido como las Colinas de Puuc. Estas ciudades de Puuc estaban tan cercanas una de otras como los puestos de un mercado mexicano: Ux-

mal, Kabah, Sayil y Labná no estaban a más de 24 kilómetros. La región de Puuc en Yucatán estaba atestada de tales asentamientos. Ocasiones hubo en que Stephens y Catherwood, desplazándose a pie y a caballo, tropezaron con dos o tres ciudades en ruinas en un solo día.

Algunas de las ciudades de Yucatán estaban comunicadas por una notable red de calzadas y la mayoría estuvieron vinculadas en una u otra época por una serie de rutas comerciales que se extendían hasta las ciudades más antiguas del sur. Los arqueólogos creen que los mayas septentrionales pusieron en las operaciones mercantiles más énfasis que sus contactos del sur. Los mayas septentrionales también desarrollaron un estilo arquitectónico característico y su propia tradición histórica, conservados en los *Libros de Chilam Balam*, los manuscritos transcritos de la época de los españoles que eran, en efecto, archivos de la comunidad. Las imágenes y las inscripciones esculpidas también dan a entender que algunos septentrionales al menos pueden haber tenido una forma de gobierno diferente a la que se practicaba en el sur: gobierno por un grupo de nobles, que no por un rey hereditario y omnipotente.

Los mayas de Yucatán también pueden haber practicado un tipo más fiero de guerra que sus hermanos meridionales. Aunque, al igual que en el caso del sur, se carece de detalles de batallas específicas, parece ser que los guerreros de Chichén Itzá lucharon contra los de Uxmal y Cobá, mientras que mucho más tarde hombres de Mayapán atacaron y saquearon Chichén Itzá. En las décadas finales, antes de que llegaran los españoles, la sociedad de Yucatán parece haber degenerado en un confuso tropel de más de una docena de facciones políticas enfrentadas.

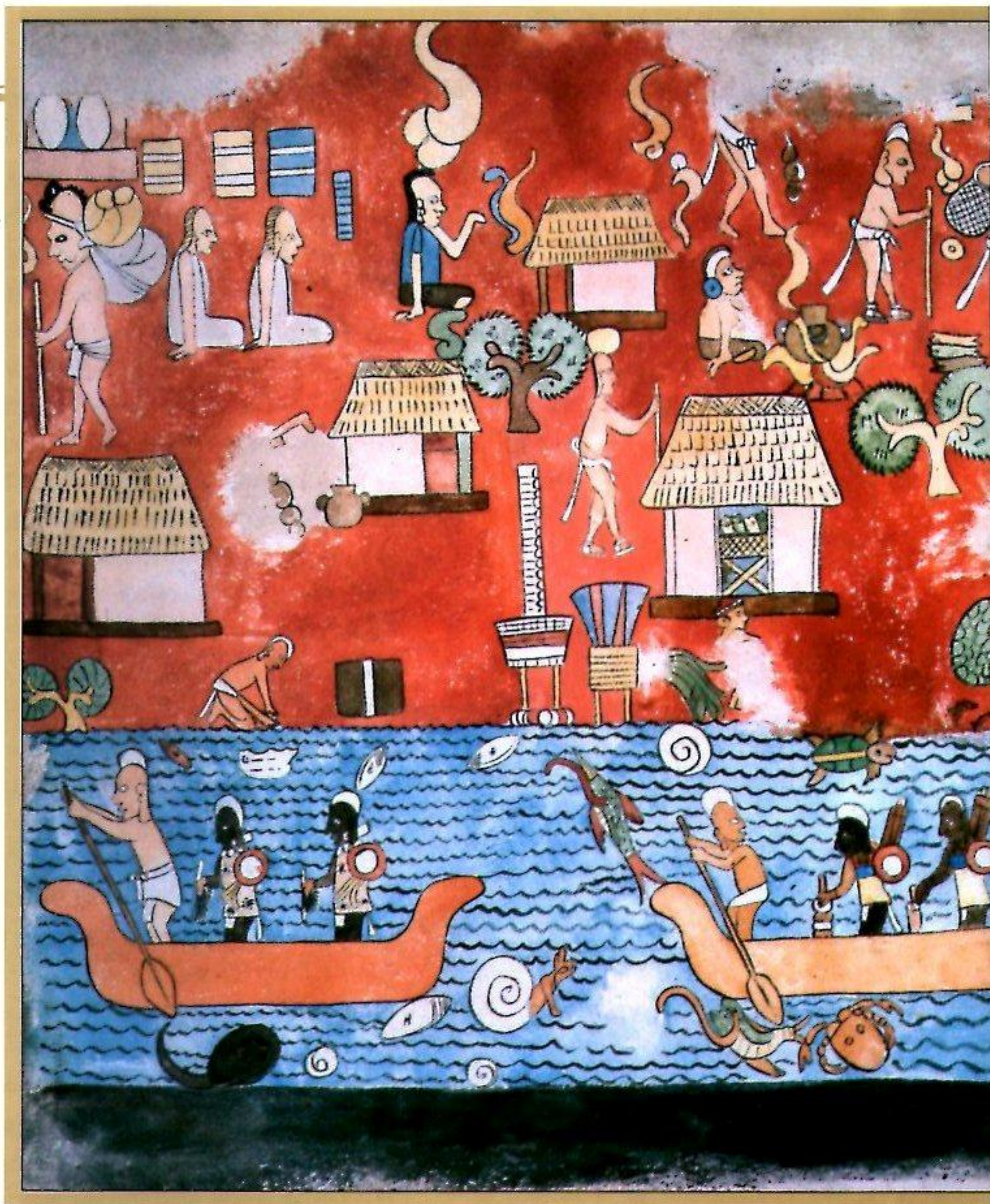
Al decir de los arqueólogos, los septentrionales pueden haber sido diferentes debido a los efectos de una invasión extranjera, tal vez pacífica, pero más probablemente no. El obispo Landa, por ejemplo, tuvo conocimiento de que Chichén Itzá estuvo gobernada en tiempos por un rey llamado Kukulcán que había venido del oeste, y que un pueblo conocido como los itzás había conquistado y ocupado la ciudad. Da la casualidad de que «Kukulcán» es el nombre maya del rey-dios llamado Quetzalcoatl por los toltecas, el pueblo que dominó el centro de México siglos antes del ascenso de los aztecas. Por esta razón, los estudios asumieron que Kukulcán fue un soberano tolteca que se había apoderado de esta ciudad maya como parte de una conquista general. En efecto, uno de los textos de *Chilam Balam* da una fecha, 987, para la aparición de Kukulcán en Chichén Itzá.

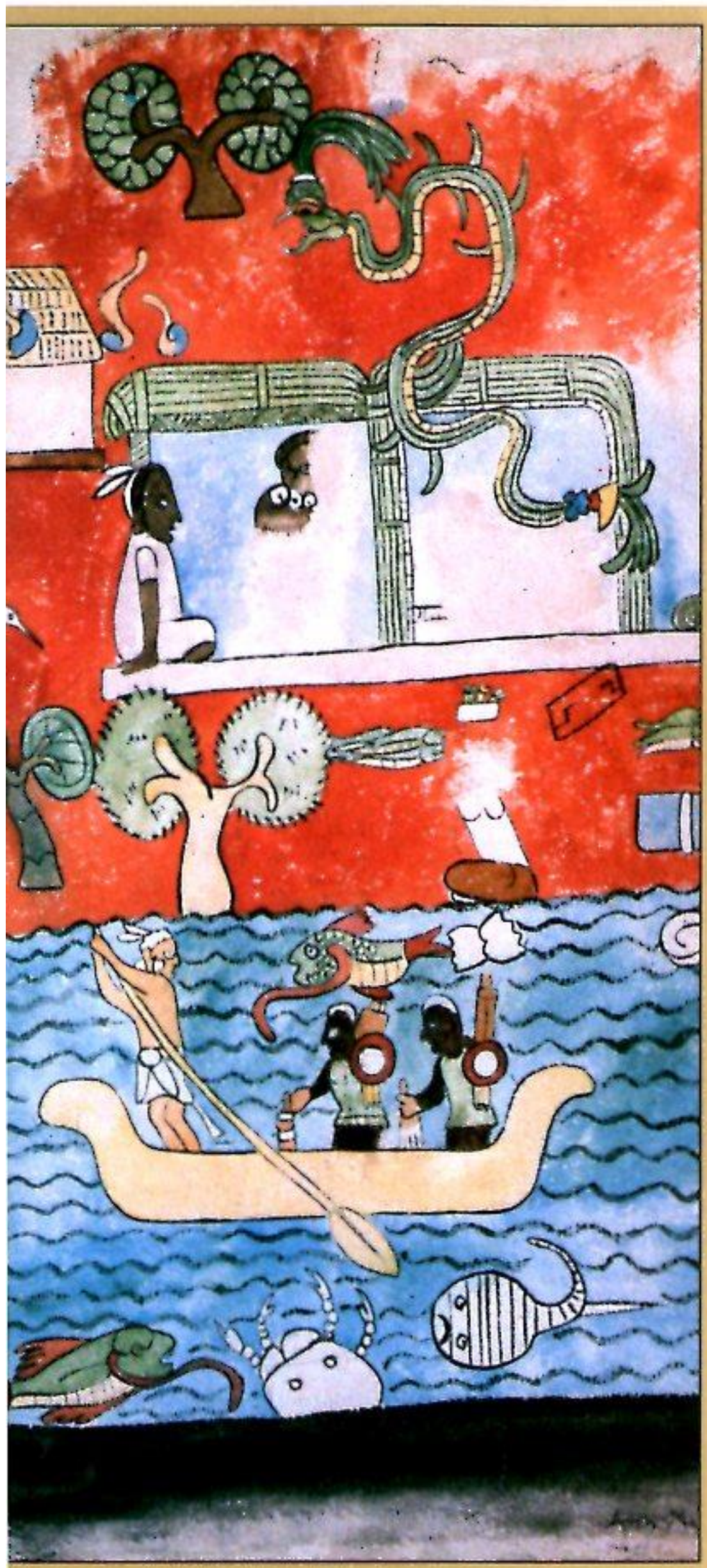
Pero esa precisión es errónea. Las historias documentales, lamentablemente, son una mezcla de hechos y mitos y las propias fechas han demostrado ser especialmente problemáticas. En el período clásico y antes, los mayas habían registrado las fechas de acuerdo con el denominado calendario de la Cuenta Larga, que relacionaba cada día indicando precisamente el número de días, meses de 20 días, años de 360 días, períodos de 20 años conocidos como *katuns* y períodos de 400 años denominados *baktuns* que

habían transcurrido desde el año cero maya. Debido a que los estudiosos han podido calcular ese punto de partida como el 3114 a.C., determinar las fechas es cuestión de simple aritmética. Pero por razones desconocidas, los mayas de los últimos días habían abandonado en el norte el calendario de la Cuenta Larga en favor de un sistema más abreviado, conocido como la Cuenta Corta, que estaba basado en un ciclo repetitivo de 13 *katuns*, cada uno con su propio nombre. En las historias, una fecha dada se expresa con referencia al *katun* en el que cae, pero no al ciclo de *katuns* a que corresponde, de la misma manera que en las fechas actuales prescindimos a veces de los miles y cientos de años. Por eso, determinar exactamente cuándo llegó a Yucatán cada grupo de sus pobladores y lo que sucedió seguidamente tiene más de conjetura que de cálculo preciso.

Por tanto, el asunto de si los toltecas invadieron y conquistaron en efecto el Yucatán solamente puede resolverse examinando unas fuentes distintas a los relatos de *Chilam Balam*. Los estudiosos que han analizado las figuras esculpidas, los bajorrelieves y los murales que adornan los edificios en Chichén Itzá y en otros yacimientos de Yucatán han encontrado pruebas abundantes de su parecido con la arquitectura tolteca en el yacimiento de Tula, en la zona central de México. Unas características específicas de diseños de serpientes emplumadas, representaciones de jaguares y figuras de guerrero son comunes a la tradición tolteca y a la de Chichén Itzá. Además, algunos murales de Chichén Itzá representan batallas en las que soldados con atuendo tolteca derrotan a guerreros que son claramente mayas. Lo que esto significa no está todavía claro. Aunque los primeros estudiosos interpretaron tales escenas como prueba de conquista por los toltecas, hoy en día son muchos los que las interpretan como encuentros entre los más mexicanizados maya-itzá y aquellos que se resistían a su expansión desde Chichén Itzá.

Preguntas sin responder respecto a la historia de Chichén Itzá han encendido el debate entre estudiosos durante décadas, pero nunca ha habido controversias respecto a la grandiosidad de la ciudad. La extensión territo-





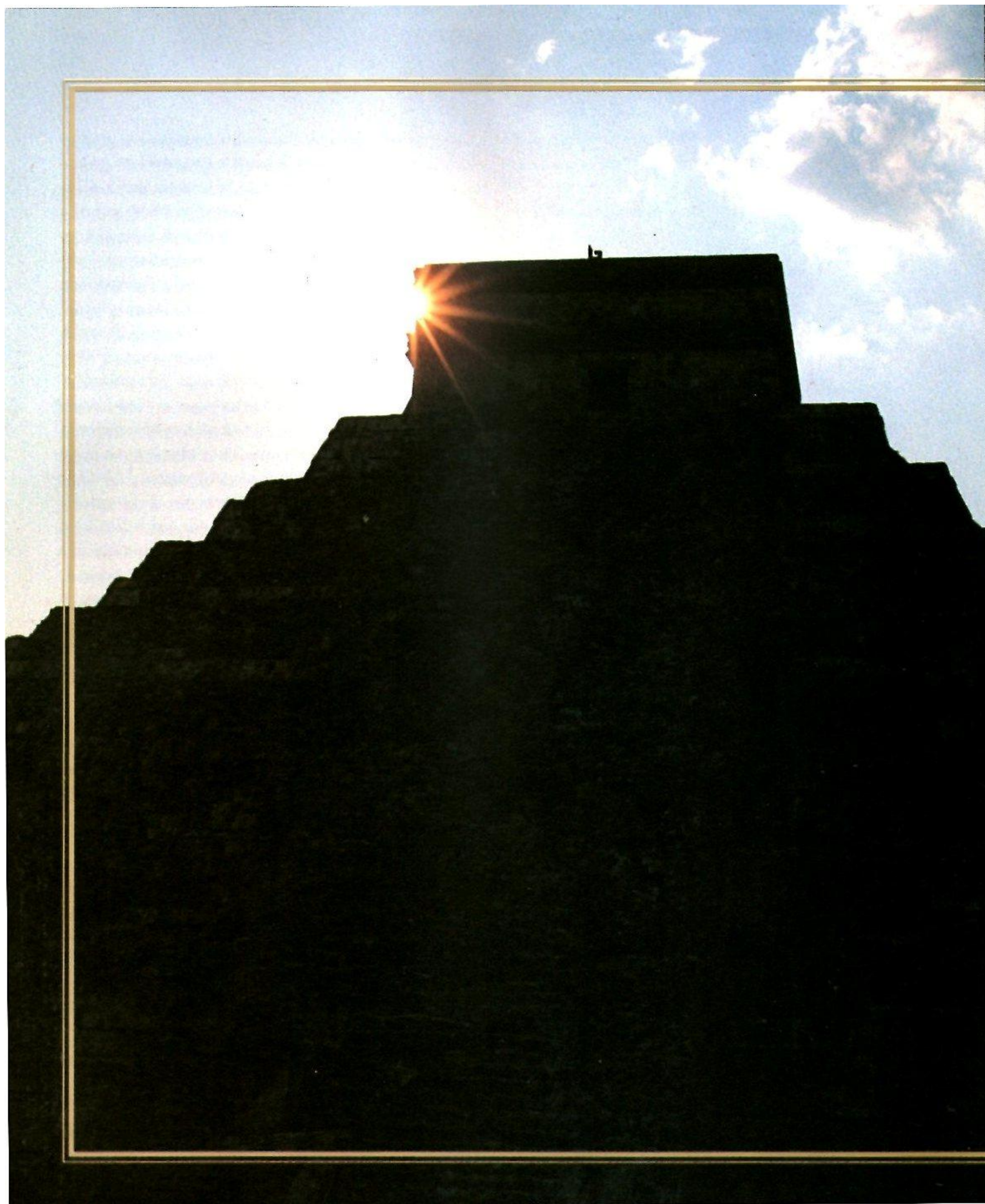
Los lugareños mayas muelen grano, cuidan pucheros y se encaminan al trabajo en los campos mientras que quienes podrían ser guerreros enemigos patrullan la costa de Yucatán, en esta copia de un mural de un templo de Chichén Itzá. La presencia de serpientes emplumadas de estilo tolteca sobre el templo (derecha) significa el éxito de la incursión de los extranjeros.

rial de Chichén Itzá que se estima en casi 26 kilómetros cuadrados, su ambiciosa arquitectura y su escultura delicadamente labrada hacen del yacimiento la metrópoli más importante de la última fase de la historia maya. Chichén Itzá era uno de los pocos topónimos que John Lloyd Stephens conocía antes de llegar a México, por haber leído lo que pronto comprobó que eran descripciones relativamente parcas. La ciudad satisfizo holgadamente sus expectativas, «presentando un espectáculo», escribió, «que incluso después de todo lo que habíamos visto produjo en nosotros sensaciones de asombro».

Stephens no escatimó esfuerzos al enumerar y describir las principales edificaciones: El Castillo, como lo denominaron sus descubridores españoles, tenía 24 metros de altura, cuatro empinadas escalinatas, una gran cancha para el juego de pelota —la mayor de Mesoamérica— que el *New Yorker* identificó como un «gimnasio o pista de tenis»; El Caracol, u observatorio, una peculiar construcción redonda que algunos estudiosos piensan que pudo haber sido utilizada por los sacerdotes-astrónomos mayas (*páginas 132-133*); el Templo de los Guerreros, guardado por dos de sus caras por un bosque de unas 200 columnas esculpidas que representaban soldados, cuya finalidad Stephens encontró «incomprensible». También pudo haber examinado una fila de cráneos humanos esculpidos en la fachada de una plataforma cerca de la cancha para el juego de pelota y las numerosas esculturas Chac-Mool, figuras reclinadas con bandejas en la cintura, donde se decía que iban a parar los corazones de las víctimas de los sacrificios. En general, confesó sentirse abrumado tanto por la dimensión como por el talento artístico de la antigua metrópoli.

La cancha para el juego de pelota le impresionó de manera muy especial. Tal como hacía frecuentemente en sus excursiones por tierras mayas, Stephens tomó nota de casi todas las dimensiones: la longitud de las paredes laterales a cada lado del campo (82,2 metros), su separación (36 metros), y el tamaño de los templos ruinosos a cada extremo de la cancha. Midió los anillos de piedra que presumiblemente servían como metas del juego, a 6 metros de altura sobre las paredes y 1,2 metros de diámetro con un orificio de 49 centímetros para dar paso a la pelota. Stephens citó una descripción del juego tal como se practicaba en la ciudad de México, escrita por el historiador español Antonio de Herrera, y advirtió que la similitud entre las canchas de la ciudad de México y Chichén Itzá inducía a suponer «una afinidad entre las personas que levantaron las ciudades en ruinas de Yucatán y aquellas que vivieron en México». Tal como sucedió con mucha frecuencia, estaba en el buen camino.

La primera prospección arqueológica sistemática de Chichén Itzá fue un proyecto con una duración prevista de 10 años organizado en 1924 por la Carnegie Institution, de Washington, D.C., y dirigido por el prestigioso académico estadounidense Sylvanus G. Morley, quien sustentaba la idea de que fueron grupos de mayas muy mexicanizados los que invadieron Yuca-



EL USO DE UN CIELO REPLETO DE SIGNOS Y PORTENTOS COMO GUÍA PARA LA VIDA

En los primeros tiempos de la historia maya, los sacerdotes empezaron a estudiar los complejos movimientos de los cuerpos celestes, convencidos de que estaban contemplando el paseo de los dioses por el cielo. Llegaron a creer que podían captar señales celestiales —mensajes de las deidades— que podían avisar de desastres, predecir el destino de las dinastías, e identificar el momento adecuado para sembrar los campos, casarse, y llevar a cabo los ritos sagrados.

La urgente necesidad de reconocer y decodificar estas señales llevó a los sacerdotes al desarrollo de una compleja astronomía. A lo largo del tiempo fueron recopilando sus arcanos conocimientos y conclusiones en unos códices, de los que sólo han llegado a nuestros días unos cuantos fragmentos

Cuando el sol se pone en los equinoccios de primavera y otoño parece como si una serpiente bajara reptando por El Castillo, una pirámide con cuatro escalinatas que se levanta en Chichén Itzá (izquierda). Los antiguos mayas pudieron haber considerado que el juego de luces y sombras causado por la luz solar al incidir sobre la pirámide con un ángulo determinado (derecha) era una manifestación del dios Kukulcán, la serpiente emplumada. Los modernos mayas han resucitado la celebración del acontecimiento.



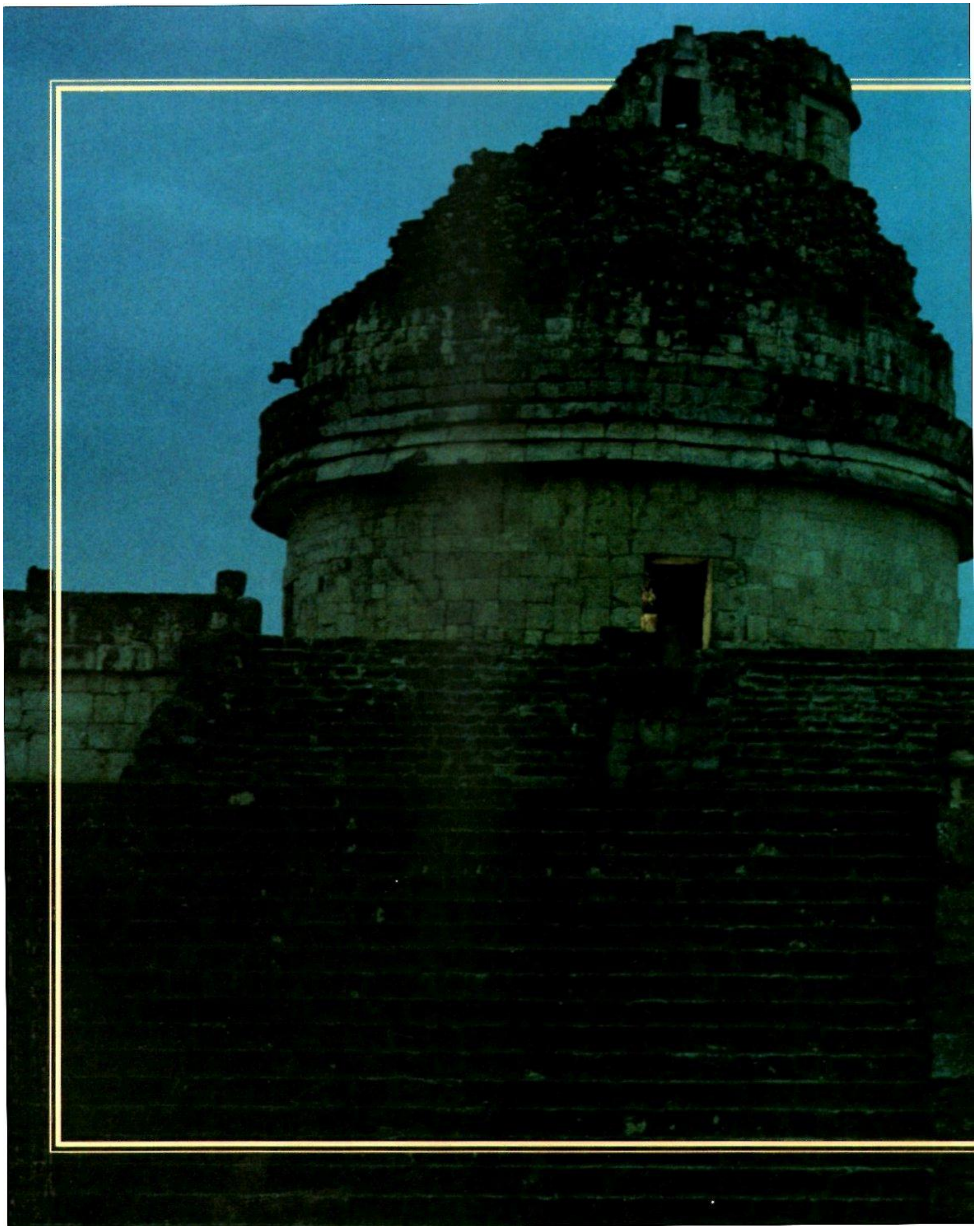
Los temores de los mayas a los eclipses se reflejan en el glifo de aquí arriba, procedente del Códice de Dresde. Muestra una serpiente celestial engullendo al sol bajo los huesos cruzados de la muerte.

de cuatro de ellos que, no obstante, revelan un sistema de calendarios basado fundamentalmente en los movimientos del sol, la luna y el planeta Venus.

La observación del cielo permitió a los mayas no sólo establecer el calendario solar de 365 días, sino también, lo que es más notable, definir el mes lunar con sólo 23 segundos de diferencia respecto a los cálculos modernos. Aplicaron éste y otros conocimientos avanzados a su arte y arquitectura.

Acaso más importante todavía para la vida cotidiana fuera el calendario astrológico que idearon. Conocido como el Almanaque Sagrado, definía un ciclo de sólo 260 días. Mientras que los estudiosos debaten la base de este ciclo más corto, algunos arqueoastrónomos apuntan que se deriva del período medio de gestación humana contado desde la concepción. De la misma manera que algunas personas recurren hoy en día al horóscopo, el Almanaque Sagrado se usaba entonces para adivinar los días más propicios para toda clase de empresas humanas.





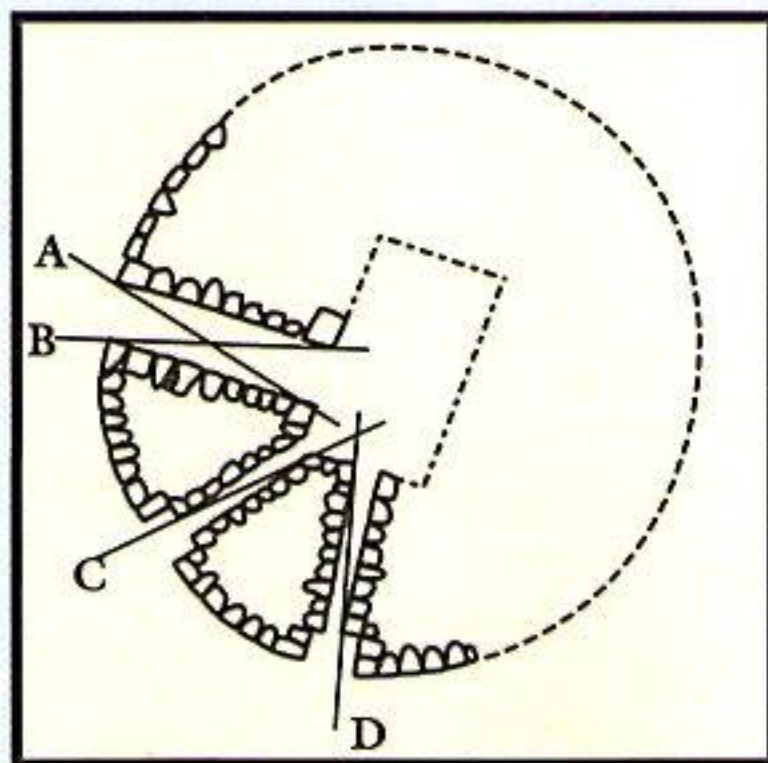
EDIFICIOS Y CALENDARIOS PARA DOMINAR DESPÓTICAMENTE A LAS MASAS

El conocimiento de la astronomía hizo parecer que los reyes y sacerdotes tenían poder sobre las estaciones y otros sucesos del ciclo de la vida. Y para reforzar su prestigio construían edificaciones imponentes, como El Caracol, en Chichén Itzá (*izquierda*), que resaltaba y añadía espectacularidad a las manifestaciones celestes.

Si bien en tiempos se pensó que había sido un observatorio, los arqueólogos comparten ahora la opinión de que El Caracol fue un templo dedicado a Kukulcán en su encarnación del dios del viento.



Con los ojos cerrados y un dogal alrededor del cuello, la deidad Ixtab—que en ocasiones se asocia con la diosa de la luna— puede representar un eclipse en el glifo de arriba.



El gráfico de arriba muestra las tres ventanas que perduran en El Caracol, con ángulos visuales de sucesos celestes en el horizonte. La línea B biseca al sol poniente durante los equinoccios. Los extremos septentrional y meridional de Venus, cuando se pone, están marcados por las líneas A y C. La línea D apunta al sur magnético.

Sus arquitectos alinearon las ventanas con posiciones de Venus y el sol (*arriba*). A través de las aberturas, en días de celebración festiva, estos cuerpos celestes reverenciados aparecerían como señales del favor divino.

El brillante planeta Venus, que sale antes que el sol y se pone más tarde que él, era considerado su hermano gemelo y una deidad bélica. Los sacerdotes-astrónomos dedujeron que Venus era una estrella de la mañana y de la tarde.

Proyectando exactamente el complejo ciclo de 584 días del planeta, acabaron por crear un almanaque que combinaba los ciclos del sol, de Venus y del Almanaque Sagrado y probablemente se utilizaba para planificar las batallas y los sacrificios. Este gran almanaque de Venus cubría 104 años, es decir, 65 ciclos de Venus y 146 períodos de gestación. Conociendo todo esto anticipado, los sacerdotes podían predecir que cada 173,3 días era probable que se produjera un eclipse solar o lunar, poderosa magia para los mayas del pueblo liso y llano.

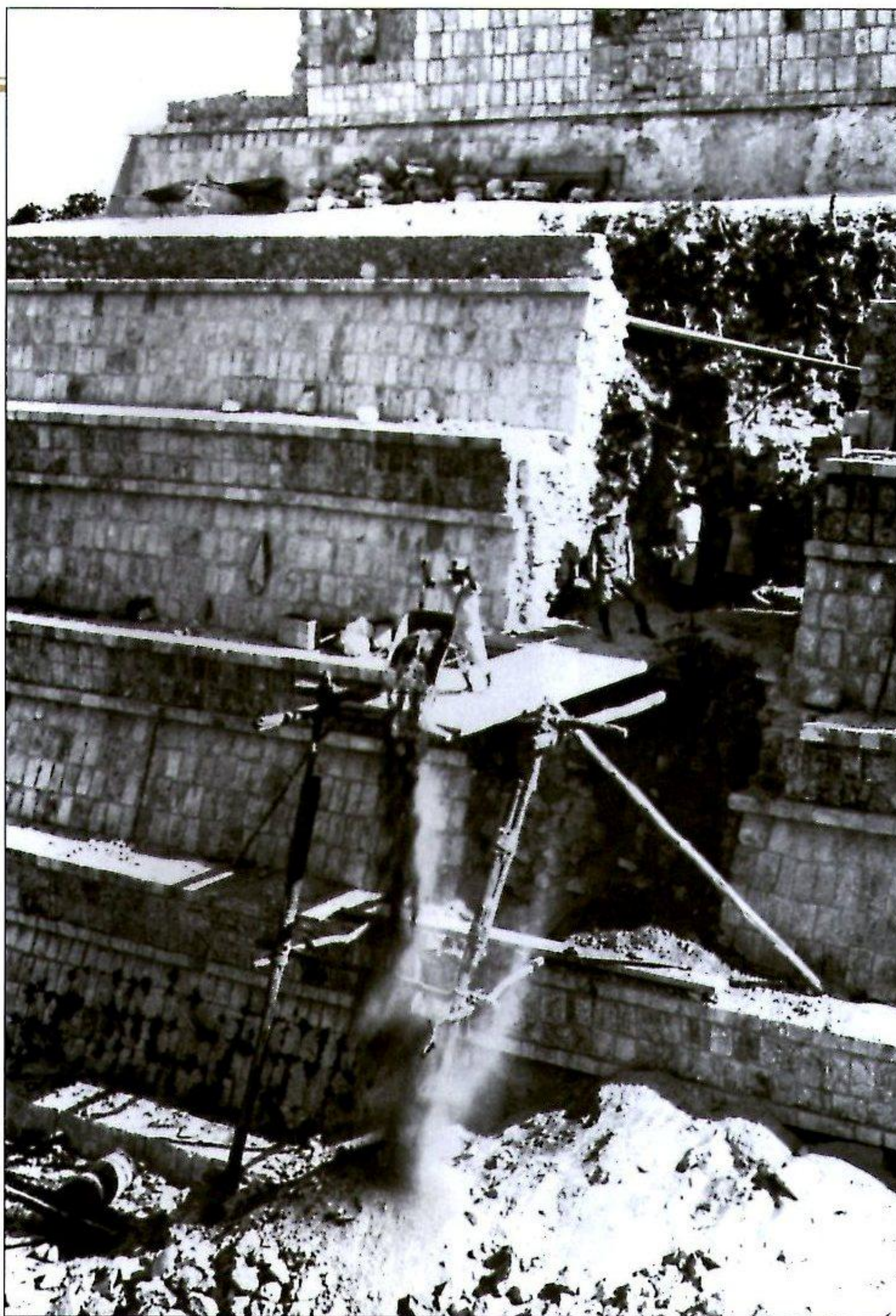


En el Códice de Grolier, un Venus esquelético, como estrella de la tarde, decapita a un cautivo, con lo que indica días propicios para la guerra o los sacrificios.

tán en el siglo décimo de nuestra era. Su colega J. Eric S. Thompson razonó más tarde que el pueblo de marineros y comerciantes conocido como «putun» o mayas chontales, cuya tierra natal se encontraba en la costa del Golfo en el estado mexicano de Tabasco, había sido el invasor que transformó Yucatán. Encontró indicios en las imprecisas crónicas mayas de que putun podía haber sido un nombre con raíces geográficas para los itzás, el pueblo mencionado por Landa como invasor de Chichén Itzá y, en realidad, aquellos que habían dado a la ciudad su nombre completo. Thompson explicó los murales en que aparecen guerreros toltecas avasallando a los mayas, apuntando que los toltecas eran mercenarios que habían acompañado a los itzás quienes, en opinión de Thompson, eran portadores de las tradiciones toltecas que imbuyeron las convenciones arquitectónicas y artísticas de esa cultura, junto con su espíritu militarista, a los mayas indígenas de Yucatán.

Aunque las fechas de la presunta incursión tolteca-itzá son casi imposibles de determinar, el actual consenso mantiene que lo más probable es que ocurriera por oleadas a finales del siglo noveno y durante el siglo décimo, coincidente con la fase final de la brillante civilización maya meridional. El grueso de las fechas de las inscripciones de Chichén Itzá queda comprendido en el tramo final del siglo IX y menciona a varios nobles prominentes y aparentemente de igual categoría, incluyendo uno que parece haber sido un jefe de guerreros del pueblo itzá. Durante el siglo X, presumiblemente aumentó el poder de los toltecas-itzás y la ciudad floreció con nuevas construcciones y obras de arte que, en su estilo, eran un híbrido de elementos toltecas y mayas.

Algunos estudiosos sospechan que un buen número de las otras ciudades del norte acabaron por ser avasalladas por este monstruo militar



Trabajadores de la excavación en Chichén Itzá organizada por la Carnegie Institution vierten escombros del núcleo del Templo de los Guerreros en cuyo interior había enterrado un templo menor que deseaban descubrir. Para evitar que la edificación exterior se desplomara, los arqueólogos apuntalaron el interior con columnas de hormigón y vigas de acero.

El afamado estudioso de la cultura maya Sylvanus G. Morley, tercero por la derecha, dirigió el proyecto Carnegie de 1924 a 1940 y lo hizo con elegancia: contrató un cocinero chino para preparar excelentes manjares para sus colegas y visitantes, y no se privó de escuchar buena música en un tocadiscos que instaló en la cancha del juego de pelota, donde la acústica era muy buena. Arqueólogo y científico formado en Harvard, Morley fue atacado en una ocasión por las fuerzas gubernamentales que le tendieron una emboscada al confundir a su equipo con un grupo de revolucionarios. Varios hombres resultaron muertos, pero Morley salvó la vida ya que su presbicia le impidió ir en cabeza del grupo de jinetes que sufrió el ataque.



tolteca-itzá, lo que ayudaría a explicar su aparente abandono durante el siglo X. Las crónicas de *Chilam Balam* expresa el sentimiento de que los mayas nunca vieron con buenos ojos a sus dominadores itzás, aun cuando pudieran haberlos tolerado y finalmente aceptado. La descripción más compasiva de los itzás en estos textos es «esos que hablan nuestra lengua con torpeza»; en otros puntos se les describe como «embusteros y granujas», «extranjeros» y «personas sin padres ni madres».

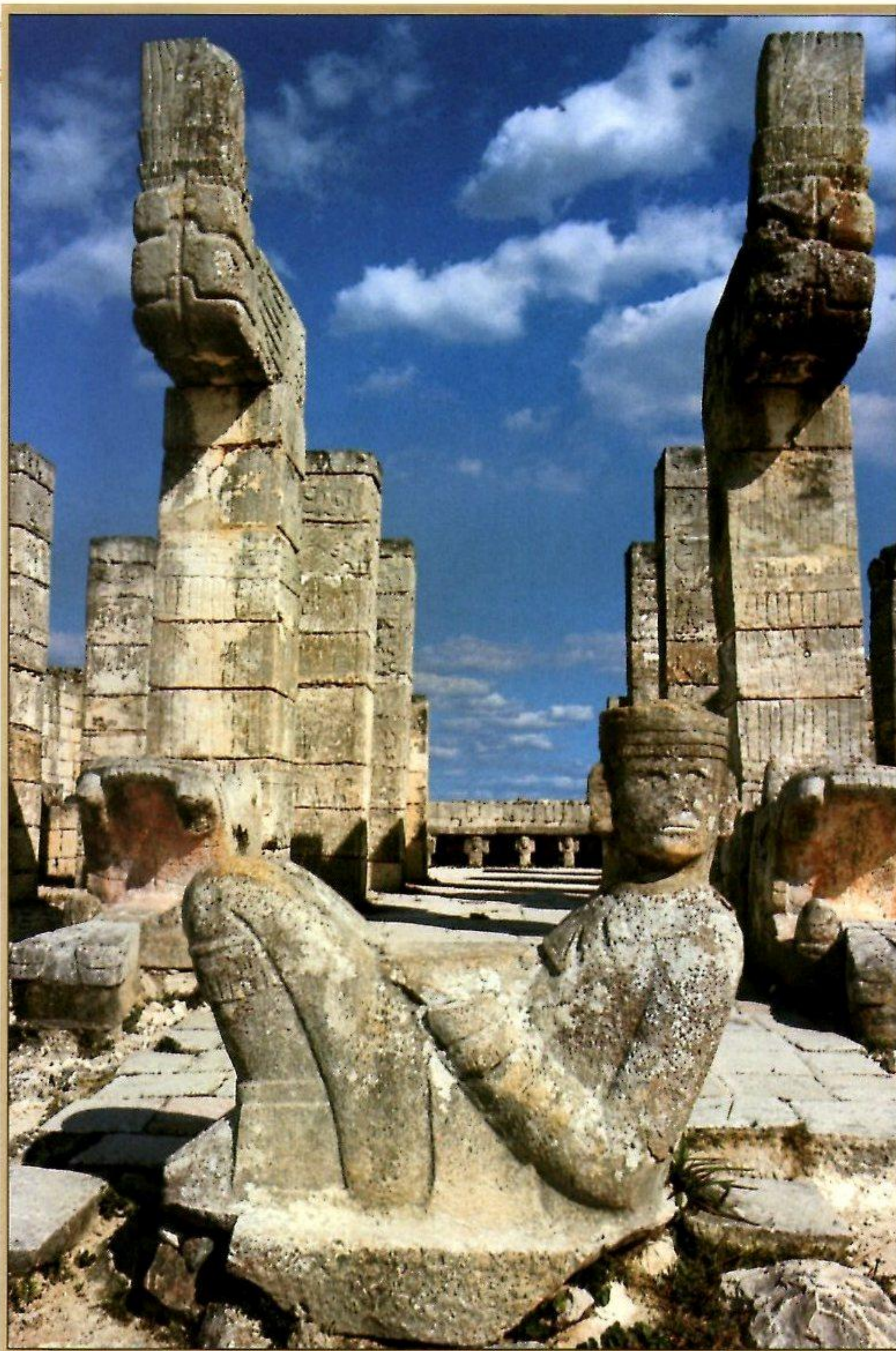
A principios de la década de 1950, Samuel K. Lothrop, de Harvard, añadió una pieza más al mosaico de los mayas-itzás-toltecas mediante el análisis de varios discos de oro repujado del tamaño de platos llanos que Edward Thompson había extraído de fango en el pozo sagrado. Un disco muestra lo que parece ser una escena de interrogatorio en la que un barbudo guerrero tolteca hace preguntas a dos prisioneros mayas, identificables por sus ornamentos corporales. Los cautivos están sentados con los brazos atados por encima de los codos y cruzados por detrás de la espalda. Un segundo disco representa a un jefe tolteca a punto de arrojar una lanza contra dos mayas que huyen, mientras que en otro, cinco hombres a bordo de una canoa atacan a un maya que trata de escapar en una balsa. Lothrop dedujo del registro histórico que los discos se grabaron a finales del siglo X, pero más recientemente se han datado un siglo antes, lo que corrobora la hipótesis del inicio en el siglo IX de la conquista tolteca-itzá.

Linda Schele y David Freidel han creado una versión de la historia de Chichén Itzá que incorpora algunos aspectos de esta idea. En su hipotética situación, los itzás se introdujeron en Yucatán mediante el establecimiento de puestos comerciales a lo largo de la costa y la fundación posterior de un puerto importante en Isla Cerritos en la costa norte de la península de Yucatán. Construyeron su capital 96 kilómetros al sur, en Chichén Itzá, y desde

allí empezaron una guerra contra las otras dos ciudades importantes en el norte de Yucatán, Uxmal hacía el oeste y Cobá hacia el este. En una serie de batallas a lo largo de un plazo de años desconocido prevalecieron los itzás, pero en lugar de sojuzgar a sus enemigos mayas, les absorbieron. Con el tiempo, los itzás crearon un gobierno oligárquico que los mayas supervivientes en la época de la conquista española denominaban *mul tepal*, «gobierno conjunto», formado por un consejo de nobles en lugar de un solo rey;

la prueba de esto se puede encontrar en las esculturas y en los textos jeroglíficos que conmemoran los logros de grupos de nobles, que no de un individuo aislado. Este poder compartido se ejercía de forma aparentemente muy eficaz: en sus años de mayor gloria desde el siglo X hasta principios del XII, Chichén Itzá dominó toda la región y estuvo tan cerca de ser una capital indiscutida como cualquier ciudad maya llegaría a serlo.

Luego, a finales del siglo XII, repitiendo unas pautas ya conocidas, se hundió repentinamente. Por desgracia, la única fuente conocida de detalles relativos a su final es una narración del *Chilam Balam*, que a todas luces tiene más de mítica que de histórica. Cuenta el relato que un noble llamado Hunac Ceel que gobernaba la pequeña ciudad de Mayapán a unos 96 kilómetros al oeste de Chichén Itzá se arrojó, o fue arrojado, al Pozo del Sacrificio. Pero, milagrosamente, Hunac Ceel sobrevivió y salió a la superficie de las aguas profetizando días de gloria para él. Entonces empezó a urdir un extraño plan para apoderarse de la capital. En la boda del señor de la cercana ciudad de Izamal, Hunac Ceel usó una poción amorosa, extraída de la flor de la plumería, para provocar en el noble que gobernaba Chichén Itzá una pasión irresistible por la novia. El líder de Itzá la raptó inmediatamente, como había maquinado Hunac, lo que provocó en el príncipe de Izamal un enfurecimiento terrible. Reforzado con su nuevo aliado de Izamal, Hunac Ceel cayó sobre Chichén Itzá con sus fuerzas combinadas y la saqueó. Los residentes de etnia itzá huyeron de la ciudad, hacia el sur.



Una Chac-Mool, figura reclinada que sostiene una bandeja ante el Templo de los Guerreros. Halladas en muchas partes de Mesoamérica, podrían haberse utilizado para depositar en ellas los corazones de las víctimas humanas. Las Chac-Mools y los motivos ofidios de la columnata muestran la influencia mexicana en la tardía arquitectura maya.

Aunque los estudiosos rechazan los aspectos fantásticos del relato del *Chilam Balam*, comparten la opinión de que para el año 1200 Mayapán había empezado a sustituir a Chichén Itzá como ciudad principal de Yucatán. Sin embargo, mucho antes de su ascenso, e incluso antes de los días de gloria de Chichén Itzá, la ciudad de Cobá tuvo días de esplendor. Situada entre cinco lagos —cosa rara en una región donde la mayoría del agua superficial se filtra a la piedra caliza subyacente— Cobá está cerca de la costa caribeña y dista casi tanto de Chichén Itzá por el este como Mayapán lo hace por el oeste. Investigada por primera vez a finales del siglo XIX, la ciudad —cuyo nombre significa «agua revuelta por el viento»— pasó a ser el objetivo de una investigación a gran escala organizada en 1974 por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y la National Geographic Society. Las pruebas que desde entonces se han recopilado dejan entrever que la grandiosidad de Cobá era, en efecto, grande.

La ciudad resultó ser una sorpresa en varios sentidos: en las fechas de sus días de más gloria, en su tamaño, y en la existencia de una complicada red de calzadas que irradiaban de su centro. Cobá también brindó un ejemplo vital de la dimensión del trabajo que queda por hacer a los arqueólogos que trabajan en la península de Yucatán: es tan grande, tan compleja y está tan abandonada que hay décadas de trabajo de campo por hacer antes de que los investigadores puedan empezar a formar una imagen completa del lugar.

La primera de las sorpresas de Cobá fue su antigüedad. Estelas con inscripciones incluyen fechas de la Cuenta Larga que arrancan de principios del siglo VII y continúan hasta el año 780. Esto significaba que Cobá era contemporánea de las grandes ciudades de la época clásica situadas en las tierras bajas del centro y del sur y que, muy probablemente, mantendría contactos con ellas, una conclusión respaldada por las similitudes de sus estilos arquitectónicos y por fechas jeroglíficas concretas. Los investigadores no han encontrado en Cobá señales de influencias itzá o tolteca, aun cuando algunos fragmentos de alfarería indican que el yacimiento estuvo ocupado en ese período.

En sus mejores momentos, Cobá bien pudo haber sido una de las mayores ciudades mayas. Un estudio de las pautas de asentamiento en la zona reveló que las casas modestas que rodeaban el centro urbano cubrían unos 64 kilómetros cuadrados; la población pudo haber superado las 50.000 almas, mayor incluso que las cifras más elevadas de Tikal. Los arqueólogos han identificado cuatro concentraciones de edificios importantes, cuya más antigua ubicación —que acaso fuera el emplazamiento original— estaba situada entre los dos lagos mayores. Por lo menos hay dos pirámides importantes, de más de 24 metros de altura las dos, una de las cuales tiene nueve terrazas y la otra siete. La fuente de poder de Cobá sigue siendo objeto de debate. Aunque el suministro de agua disponible hace suponer que las tierras de

labor circundantes habrían sido productivas, no hay evidencias de una superabundancia de recursos naturales. Una posibilidad es que su proximidad al mar permitiera a la ciudad actuar como intermediaria en la red comercial norte-sur.

El hallazgo más pasmoso de Cobá fue su portentosa red de calzadas elevadas —denominadas *sacheob*, «caminos blancos» por los mayas— que partían de la ciudad en diversas direcciones. La más larga alcanza los 100 kilómetros en línea casi recta hacia el oeste, hasta la ciudad de Yaxuná que se encontraba al sur de Chichén Itzá y que pudo haber marcado la frontera del ámbito de influencia de Cobá. Los investigadores han contado hasta ahora más de 50 de tales calzadas bien construidas que totalizan más de 160 kilómetros. Por lo general tienen una anchura de tres a cuatro metros y medio, y una altura de 30 a 90 centímetros, aunque una de ellas se levanta casi seis metros y medio sobre el suelo en un tramo corto. Los costados se construían con piedras que se fijaban con limo y la superficie se lucía con yeso para mayor suavidad y duración. Los arqueólogos calculan que un total de 50.000 metros cúbicos de piedras fueron a parar a la obra.

La finalidad de estas impresionantes vías de comunicación es más difícil de deducir, especialmente en el caso de una cultura que no hacía uso de la rueda. Podrían haber construido carreteras para el transporte terrestre que se haría con las mercancías cargadas a espaldas de portadores. O podrían haber servido básicamente para procesiones militares o religiosas, o como manifestaciones materiales de vínculos políticos entre ciudades aliadas.

El historial arqueológico indica que si bien Cobá pudo haber resistido la invasión total de los itz'as, su declive empezó en algún momento posterior a la llegada de los itz'as en el siglo X, acaso y tal como postulan Schele y Freidel, como consecuencia de una derrota en la guerra. Aparentemente, la ciudad tuvo un plazo de resistencia a la adversidad: los excavadores han encontrado edificaciones construidas con un estilo que era corriente en los siglos XII y XIII, lo que hace pensar que la ciudad contaba todavía con suficiente organización política para organizar una campaña de construcciones. Pero la calidad de estos edificios, por lo general deficiente, también es significativa del debilitamiento del poder.

Cobá no estaba sola entre las ciudades septentrionales que precedieron a Chichén Itzá y, por tanto, refutaron la noción de una separación inconfundible entre los imperios Antiguo y Nuevo. Uxmal, la más suntuosa de las ciudades arracimadas en la región de las Colinas Puuc, alcanzó su punto más alto en algún momento comprendido entre los años 800 y 950 de nuestra era. Más que cualquiera de las otras ciudades de Yucatán, incluso más que la espectacular Chichén Itzá, Uxmal despertó en John Lloyd Stephens un entusiasmo indescriptible. Había algo respecto a esta ciudad —una sensación de amplitud y solidez ordenadas, una arquitectura lujosa y refinada, y unas vistas favorecidas por las colinas ligeramente elevadas— que

Más de 600 objetos rituales, astutamente agrupados y encerrados en una cueva durante 1.000 años, aparecen aquí tal como los encontró un guía de la cercana Chichén Itzá en 1959. La cueva de Balankanche (Trono del Sacerdote Jaguar), como todas esas cavernas, era sagrada para los mayas locales que adoraban no sólo a su propia deidad de la lluvia, Chac, sino también a formas con ojos desorbitados originarias de México que tenían una cierta similitud con el dios que los aztecas denominaban Tlaloc. El rostro con ojos desorbitados aparece en muchas de las ofrendas, entre las que había incensarios, miniaturas de molinos de grano y vasijas en forma de efigie hechas de arcilla, piedra, concha y jade. Mediante pruebas con isótopos radiactivos del carbono natural se determinó la antigüedad de lo hallado en torno al año 860 de nuestra era, lo que hace pensar que los toltecas ocupaban la zona en aquella época.

maravillaba a Stephens. Su primera impresión fue que se parecía a la gran ciudad egipcia de Tebas.

Stephens y Catherwood visitaron Uxmal más de una vez, exploraron sus dos altas pirámides, el inmenso Palacio del Gobernador y los otros edificios

ricamente labrados con sus fachadas de mosaico hechas de miles de piedras talladas y ensambladas cuidadosamente. Stephens bajó y subió muchas veces a las cisternas subterráneas construidas para almacenar agua, ya que en Uxmal no había *cenotes*. Observador perspicaz en todo momento, advirtió que las inscripciones glíficas de Uxmal eran similares a las que había visto en el sur, especialmente en Palenque, una observación confirmada por los estudiosos de nuestros días. Y, tal como era su costumbre, complementó su investigación sobre el terreno con consultas a las historias de los españoles.

Gracias a ellas descubrió que un clérigo llamado Cogolludo había dejado un relato de sacrificios que aparentemente todavía se seguían haciendo en la cúspide del templo de Uxmal que tenía 28 metros de altura, en pleno siglo XVI, mucho tiempo después de que se hubiera desintegrado el sistema político maya. «El sumo sacerdote», escribió el clérigo, «empuñaba un cuchillo de pedernal, grande, ancho y afiladísimo. Otro sacerdote sostenía un collar de madera con forma de serpiente. Las personas que iban a ser sacrificadas eran conducidas escaleras arriba, una a una y completamente en cueros; tan pronto como se tendían sobre la piedra se les colocaba el collar sobre la garganta y los cuatro sacerdotes las sujetaban por las manos y los pies.

»Entonces, con pasmosa destreza, el sumo sacerdote abría en canal el pecho de la víctima, arrancaba con sus manos el corazón palpitante y se lo mostraba al sol, ofrendándole la víscera sangrante y el vaho que se desprendía de ella. Seguidamente se volvía hacia el ídolo y se la arrojaba a la cara, hecho lo cual y a puntapiés hacía que el cuerpo rodara escaleras abajo hasta el suelo.» Tal como los estudiosos lo entienden ahora, el espantoso ritual —que se practicaba de manera muy similar por los aztecas del centro de México— era considerado un acto sagrado por los mayas, sin



ARQUITECTURA PUUC: UNA GLORIA PERDURABLE

«Si Yucatán fuera a ganar nombre y prestigio por la multitud, la grandiosidad y la belleza de sus edificios, tal como otras regiones de las Indias los han obtenido por el oro, la plata y otras riquezas, su gloria se extendería como la de Perú y Nueva España», escribió el obispo Landa en 1566. En ningún otro sitio parece más adecuada su observación que en las suaves colinas de la región puuc de Yucatán.

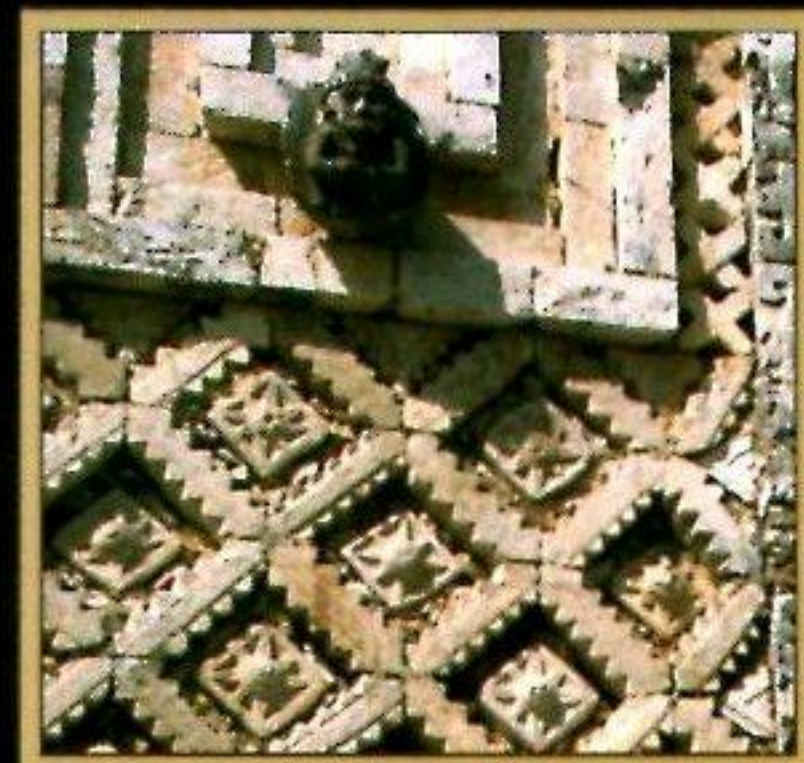
De las muchas ciudades puuc, tan próximas entre ellas, que florecieron en el período clásico tardío entre los años 700 y 1000 de nuestra era, Uxmal, Sayil y Labná destacan por la magnificencia de su planificación urbanística y arquitectura. En estas ciudades se encuentran las características definitorias del diseño puuc: cuadrángulos de edificios monumentales re-

vestidos de piedra caliza, sus pórticos enmarcados por columnas redondas con capiteles cuadrados y complicados mosaicos en la parte superior de las fachadas.

Uxmal, una ciudad de amplias vistas y edificios con ornamentación extraordinariamente compleja, representa el apogeo del estilo arquitectónico puuc. Allí los pronunciados arcos de las 74 cámaras abovedadas del denominado Convento de las Monjas abren su interior a la luz solar, y la fachada de 100 metros de longitud del Palacio del Gobernador cuenta con miles de piedras labradas montadas en formas geométricas de tipo mosaico. Incorporadas dentro de los diversos dibujos y en una disposición pasmosa se encuentran las figuras esculpidas de serpientes, tortugas, seres humanos y dioses.

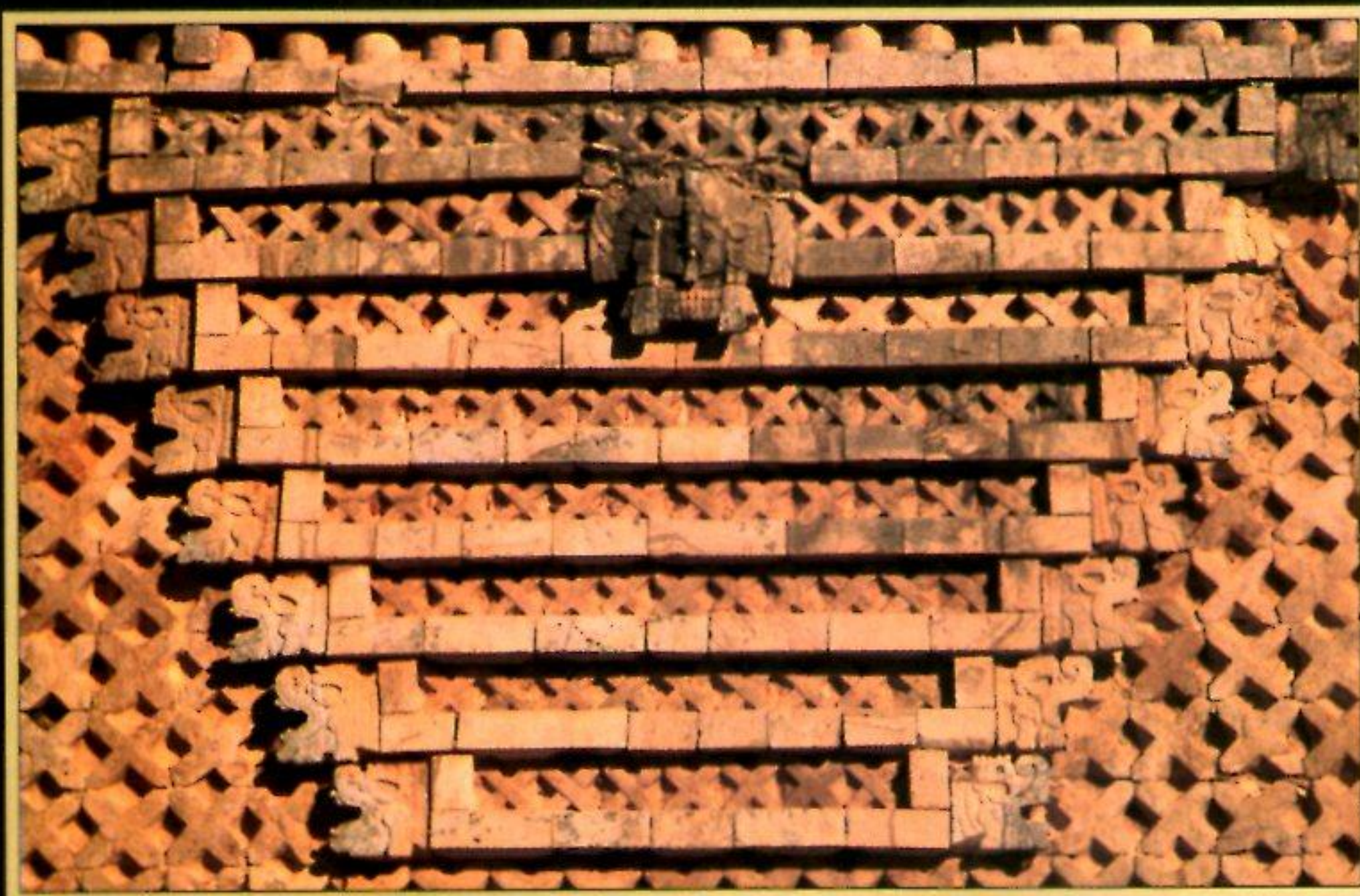


Una máscara de Chac, dios reverenciado en la región puuc por sus aptitudes para producir lluvia, adorna el Edificio Este del Convento de las Monjas.



Dibujos decorativos como esta forma de celosía y rosetones se pueden haber derivado de prototipos tejidos.





Un búho, pájaro asociado frecuentemente con la noche, la muerte y la guerra, se posa sobre un importante símbolo de categoría como era la barra-serpiente bicéfala. Las ocho barras paralelas, semejantes a cetros, se superponen a su vez sobre una «esterilla» de celosía, símbolo de realeza utilizado muchas veces. La composición puede significar el tradicional vínculo del rey con el Inframundo.

La pared este del Palacio del Gobernador en Uxmal es una muestra magistral de la armonía y proporciones por las que la arquitectura puuc goza de merecida fama. Los anexos de cada extremo del edificio se adosaron usando los más altos arcos alancetados construidos por los mayas, innovadoramente como entrantes con un efecto sorprendente.



embargo Stephens se sentía horrorizado sólo con pensar en tales «sacrificios homicidas».

No obstante, la arquitectura jamás dejó de despertar su admiración y ha seguido fascinando a los muchos investigadores que vinieron tras él. La mayoría de las edificaciones se siguen conociendo por los nombres caprichosos que les asignaron los primeros visitantes. Un edificio del complejo principal de Uxmal recibió el apelativo de Casa de las Tortugas por la fila de tortugas de piedra que adornaba su cornisa, cada una con un dibujo diferente en la concha. El impresionante Convento de las Monjas está compuesto por cuatro palacios primorosamente esculpidos y con muchas habitaciones, agrupados en torno a un patio central. Aunque su disposición trae a la memoria la de un convento y su uso exacto sigue siendo un misterio, puede haber sido una gran casa de juntas o quizá residencia de militares. La pirámide llamada La Casa del Mago tiene su propia leyenda que se remonta a una antigua narración maya: el Gran Señor de Uxmal retó a un enano dotado de poderes sobrenaturales a construir un templo en una sola noche; si fracasaba, sería sacrificado. Pero como tuvo éxito, el enano fue recompensado con el título de Gran Señor de Uxmal.

El Palacio del Gobernador (*páginas 140-141*), el mayor y más opulento de los edificios, bien puede haber sido la sede del soberano de Uxmal (al contrario que Chichén Itzá, aparentemente Uxmal era gobernada por un solo soberano). Esta maravillosa residencia es, en opinión de muchos, el mejor trabajo de arquitectura del Nuevo Mundo precolombino; el arqueólogo Joseph Ball, de la Universidad Estatal de San Diego, lo denomina «el mejor momento de la arquitectura mesoamericana».

Virtualmente no se conoce nada de los gobernantes de Uxmal o de su historia. Como no ha habido excavaciones sistemáticas, lo poco que se ha sabido se sacó de inscripciones o se dedujo de la arquitectura. Un poderoso gobernante conocido como Gran Señor Chac aparece citado en inscripciones de un altar con columnas, en anillos jeroglíficos de canchas para el juego de pelota y en un coronamiento del Convento de las Monjas, relacionado con fechas comprendidas entre los años 905 y 907 de nuestra era. Un retrato sin fechar de un noble ricamente engalanado sobre un trono de jaguar puede ser el mismo personaje real. Pero las interpretaciones siguen siendo difíciles, en parte porque los textos del norte carecen, por lo general, de las dilatadas secuencias dinásticas y declaraciones de parentesco que son normales en el sur; por otra parte, hay muchos más signos fonéticos que tratan de rituales enigmáticos y que han dejado a los epigrafistas preguntándose cuál será su significado preciso.

El consenso entre los investigadores de hoy en día es que Uxmal se fundó bien avanzado ya el siglo octavo de nuestra era. En un análisis de 1990 que recopilaba los últimos hallazgos, el arqueólogo Jeremy Sablov, de la Universidad de Pittsburgh, apunta que hasta entonces los mayas no sabían

construir un número suficiente de cisternas en emplazamientos que carecieran de agua natural. No encuentra pruebas de que migraciones procedentes de las tierras bajas meridionales aumentaran de forma notable la población de las Colinas Puuc y deduce, tanto de la proximidad entre sí de las ciudades de la región como del número de calzadas que las comunicaban, que eran aliadas políticas, acaso partes integrantes de una confederación.

Otros estudiosos han aportado más conjeturas a propósito de la historia de Uxmal. El historiador del arte Jeff Kowalski, de la Universidad del Norte de Illinois, que ha estudiado a fondo las ruinas, encuentra en características arquitectónicas tales como los motivos de la serpiente emplumada y del jaguar indicios de que pudo haber habido una buena cantidad de contactos entre Uxmal y Chichén Itzá. Su lectura de las evidencias artísticas le ha convencido de que las dos ciudades estaban unidas en una insegura alianza a finales del siglo noveno y principios del décimo. Kowalski opina que el Gran Señor Chac era un anticuado autócrata, un defensor de la guerra limitada y ritualizada que era normal en la anterior tradición maya. Igualmente teoriza que al principio Chac puede haber negociado e incluso colaborado con la más militarista y oligárquica Chichén Itzá, pero que al final no era rival para la máquina bélica itzá, y en ese momento la deslumbrante gloria de Uxmal quedó extinta para siempre. Los arqueólogos confirman que la construcción importante cesó en Uxmal antes de finales del siglo décimo, lo que da a entender que la ruina de la ciudad se produjo poco después.

Sin embargo, antes de que la oscuridad final cayera sobre ellas, Uxmal y sus vecinos puuc debieron haber formado una de las más brillantes constelaciones de todo el firmamento de ciudades mayas. Cuando Stephens vio por primera vez la ciudad de Kabah, que está a sólo 16 kilómetros al sureste de Uxmal, quedó perplejo por su elegancia. El yacimiento era virtualmente desconocido entonces y sus tres mayores edificios no tenían nombre; Stephens se refirió a ellos sencillamente como Casas Uno, Dos y Tres. La Casa Uno, que más adelante se conocería como el Palacio de las Máscaras, tenía una fachada de 45 metros de longitud decorada con 250 máscaras, del dios de la lluvia, dispuestas en seis filas y, cada una de las máscaras, compuesta por 30 piezas de piedra de mosaico. Recientes trabajos dirigidos por el arqueólogo mexicano Ramón Carrasco han descubierto unas gigantescas esculturas de guerreros que adornan la trasera del edificio. Un gran arco rescatado de entre la selva por el grupo de trabajo de Stephens se cree que fue el término de una calzada que unía Kabah con Uxmal.

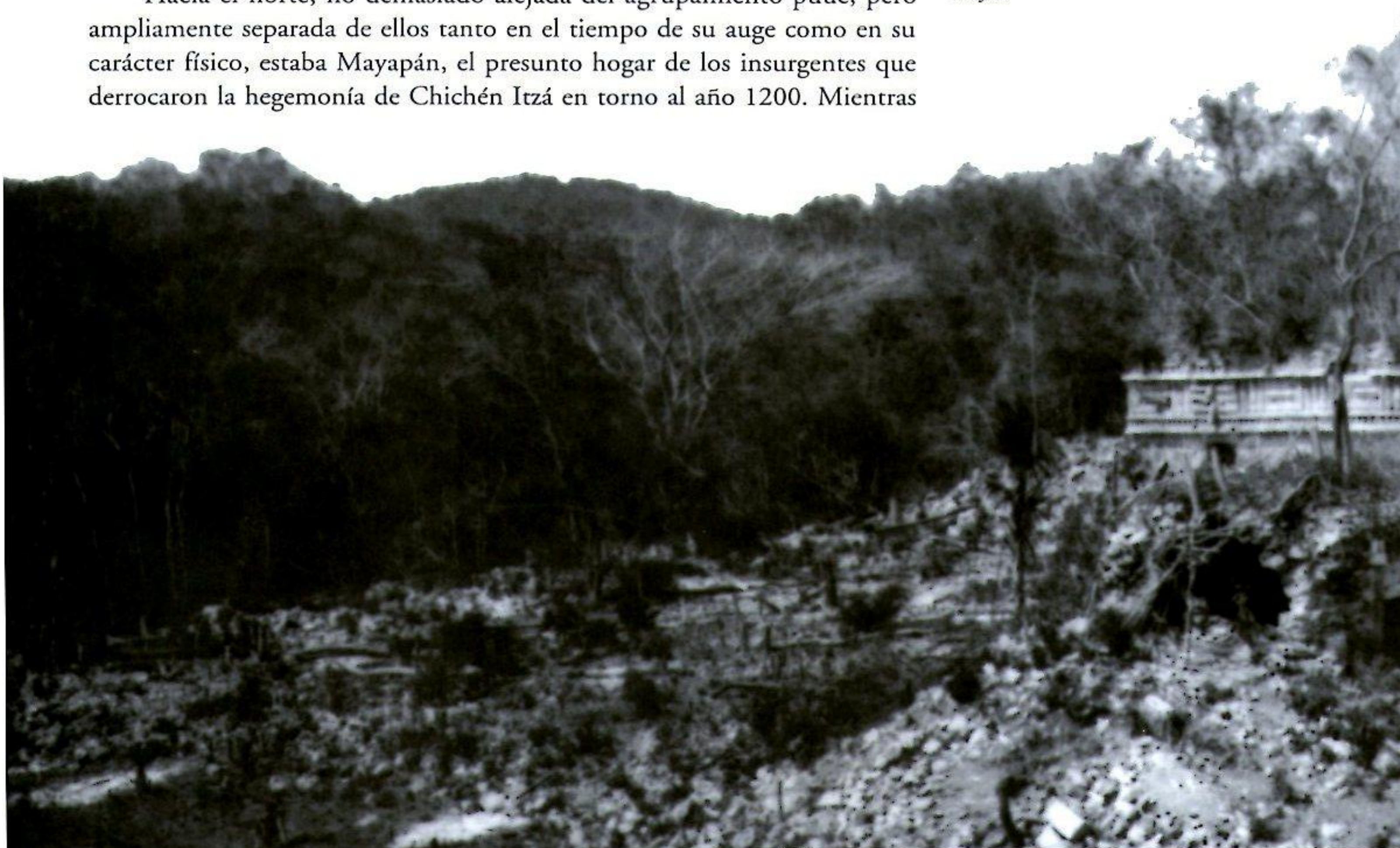
Labná, a sólo diez kilómetros más al sur, era otra ciudad asombrosa. Stephens contempló allí una edificación adornada con una fila de cráneos de estuco sobre dos hileras de figuras humanas en relieve, así como un palacio

de 83 metros de longitud adornado con una escultura de piedra que mostraba las «enormes fauces abiertas de un caimán o algún otro animal igualmente espantoso» envolviendo la cabeza de un ser humano. Stephens comentaba que un viajero del Viejo Mundo que hubiera visitado Labná en sus días de gloria habría sido tomado a su regreso por un contumaz mentiroso que trataba de contar a sus amigos los cuentos de Las Mil y Una Noches.

Las ciudades puuc, que también incluían a Sayil, han conservado el mismo aire de fantasía en el presente. Hasta fechas muy recientes, los arqueólogos sólo habían rascado un poco la superficie de Kabah y Labná, identificando una fecha ocasional (el año 879 de nuestra era, en un montante de puerta de Kabah) pero obteniendo pocos indicios de las ruinas. «En cuanto uno se separa dos pasos de las edificaciones ya está en la selva, en medio de lo desconocido», dijo Jeremy Sablov en una ocasión. Pero algunas expediciones para el levantamiento de mapas y varios trabajos de excavación y restauración han empezado a remediar la situación. Los estudiosos convienen ahora en que, como Uxmal, Sayil y las ciudades puuc de su entorno, florecieron entre los siglos VII y XI de nuestra era y que desaparecieron a menos en torno al año 1000. Dada la escasez de fuentes naturales de agua, Sablov aventura que debió existir alguna especie de autoridad centralizada para el agua («No pudieron dejar eso al azar»), pero qué era y cómo funcionaba sigue siendo otro de los enigmas mayas.

Hacia el norte, no demasiado alejada del agrupamiento puuc, pero ampliamente separada de ellos tanto en el tiempo de su auge como en su carácter físico, estaba Mayapán, el presunto hogar de los insurgentes que derrocaron la hegemonía de Chichén Itzá en torno al año 1200. Mientras

El Palacio de Labná, una de las mayores edificaciones de su clase en la región puuc, fue fotografiado por Thompson en la década de 1920 (abajo y en página contigua). Una ruina grandiosa hoy en día, la edificación, verdaderamente impresionante con sus 20 metros de altura y 132 de longitud, fue modificada varias veces en tiempos de los mayas.



que los trazados de Chichén Itzá y Uxmal seguían un diseño ordenado conforme a la tradición de los anteriores centros mayas y creaban una sensación de amplitud, Mayapán era una ciudad construida de forma más tosca, amurallada y con un trazado caótico, fruto del cual era un amasijo de edificios de varios tamaños comunicados por estrechas callejuelas. Los grandes templos que estaban en el centro de otras ciudades mayas brillaban aquí por su ausencia; su principal pirámide era una copia menor y torpemente construida de El Castillo de Chichén Itzá. Los arqueólogos estiman que la ciudad contenía más de 4.000 edificaciones en su mejor época, allá por los siglos XIV y XV, pero la mayoría de ellos había desaparecido mucho antes de que se iniciaran unas excavaciones continuadas en 1949.

Mayapán también difería de sus predecesoras en otros aspectos importantes. De acuerdo con el obispo Landa, la familia Cocom que gobernaba



en Mayapán –descendientes de Hunac Ceel, el de dotes sobrenaturales y supuesto conquistador de Chichén Itzá– conservó el poder reteniendo como rehenes a los posibles rivales tras los muros de la ciudad. «En este recinto», escribió Landa, «construían casas solamente para los señores, entre los que repartían todo el territorio, asignando una ciudad a cada uno de ellos de acuerdo con la antigüedad de su linaje y su valor personal». Estos señores rendían pleitesía a su rey y captor «acompañándole, festejándole y presentándole los asuntos difíciles... y dedicaban mucho tiempo a las diversiones a las que están acostumbrados, tales como la danza, los banquetes y la caza». La tierra de labor en torno a Mayapán era poco productiva, pero eso se com-



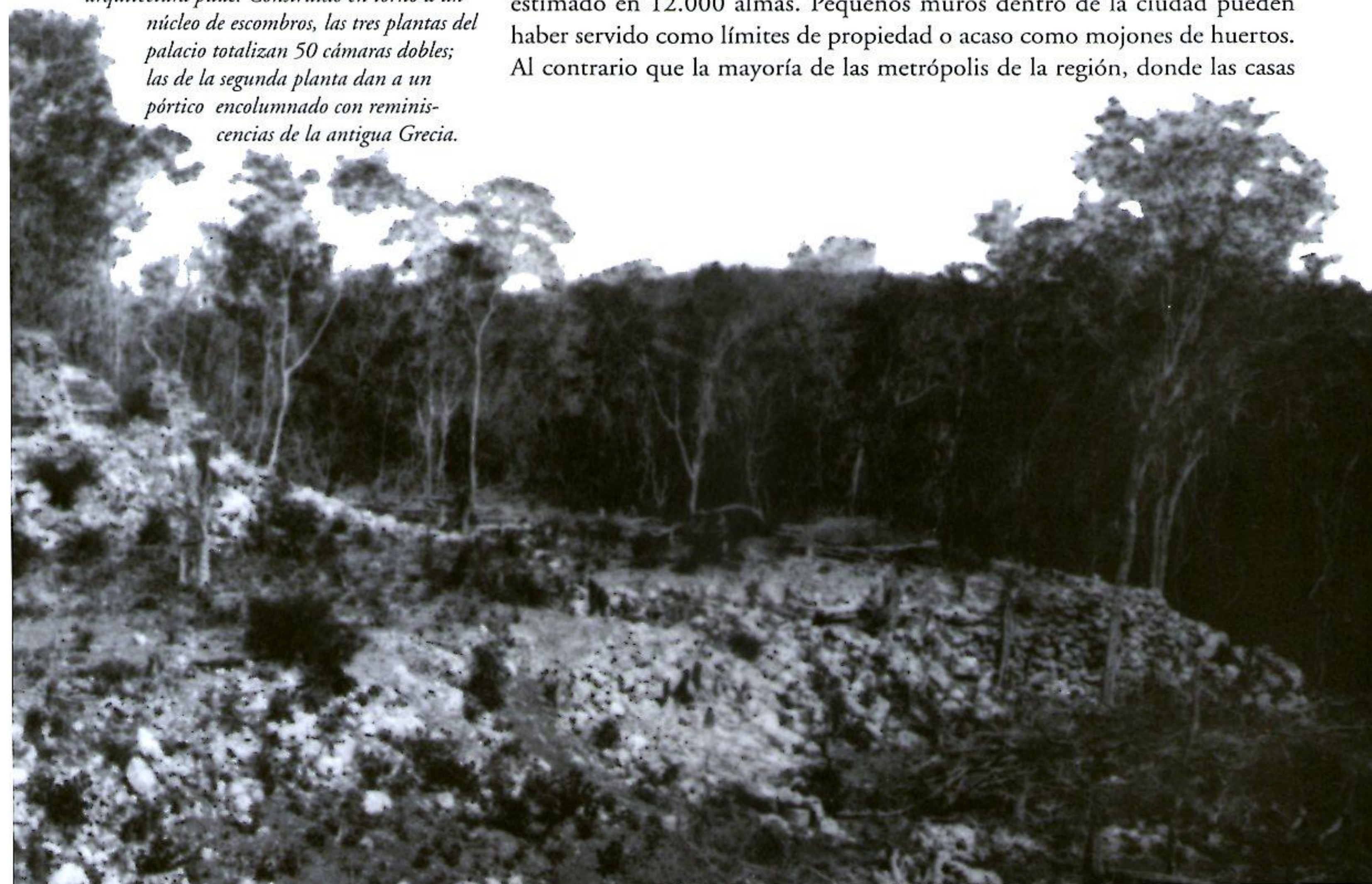


Similar en estilo a Labná, el palacio restaurado de Sayil refleja la belleza de la arquitectura puuc. Construido en torno a un núcleo de escombros, las tres plantas del palacio totalizan 50 cámaras dobles; las de la segunda planta dan a un pórtico encolumnado con reminiscencias de la antigua Grecia.

pensaba con la exacción de tributos de las zonas controladas por los nobles tan gentilmente confinados. Los Cocom fortalecieron más todavía su posición con un ejército de mercenarios profesionales del estado de Tabasco, conocidos como los Ah Canul, cuya fidelidad se compraba con promesas de botines militares.

Mayapán ha sido estudiada más a fondo que otras ciudades de Yucatán, sobre todo en un proyecto que duró seis años de la década de 1950, dirigido por H.E.D. Pollock, de la Carnegie Institution. Los investigadores de la Carnegie descubrieron que los muros de la ciudad tenían una longitud de ocho kilómetros, con un espesor medio

de cinco metros y medio y que encerraban un complejo urbano de aproximadamente cuatro kilómetros cuadrados; el máximo de población se ha estimado en 12.000 almas. Pequeños muros dentro de la ciudad pueden haber servido como límites de propiedad o acaso como mojones de huertos. Al contrario que la mayoría de las metrópolis de la región, donde las casas



se iban haciendo cada vez más pequeñas a medida que se iban apartando del centro de la ciudad hacia los suburbios, las grandes casas de la nobleza de Mayapán estaban dispersas por todas partes.

Una gran cantidad de incensarios encontrados en Mayapán parece que se fabricaron en serie, un nuevo avance de la historia maya que significaba el nacimiento de una economía más avanzada. La vida religiosa de los mayas también pudo haber experimentado cambios en esta época: en lugar de grandes templos, pequeños santuarios familiares servían aparentemente como lugares de culto. Además, el equipo de la Carnegie encontró los primeros arcos y flechas que se descubrían en un yacimiento maya, armas que probablemente llegaron con los mercenarios mexicanos. Algunos especialistas en estudios mayas creen que todas las pruebas halladas en Mayapán apuntan al desarrollo de una sociedad más mercantil y menos religiosa que en tiempos anteriores.

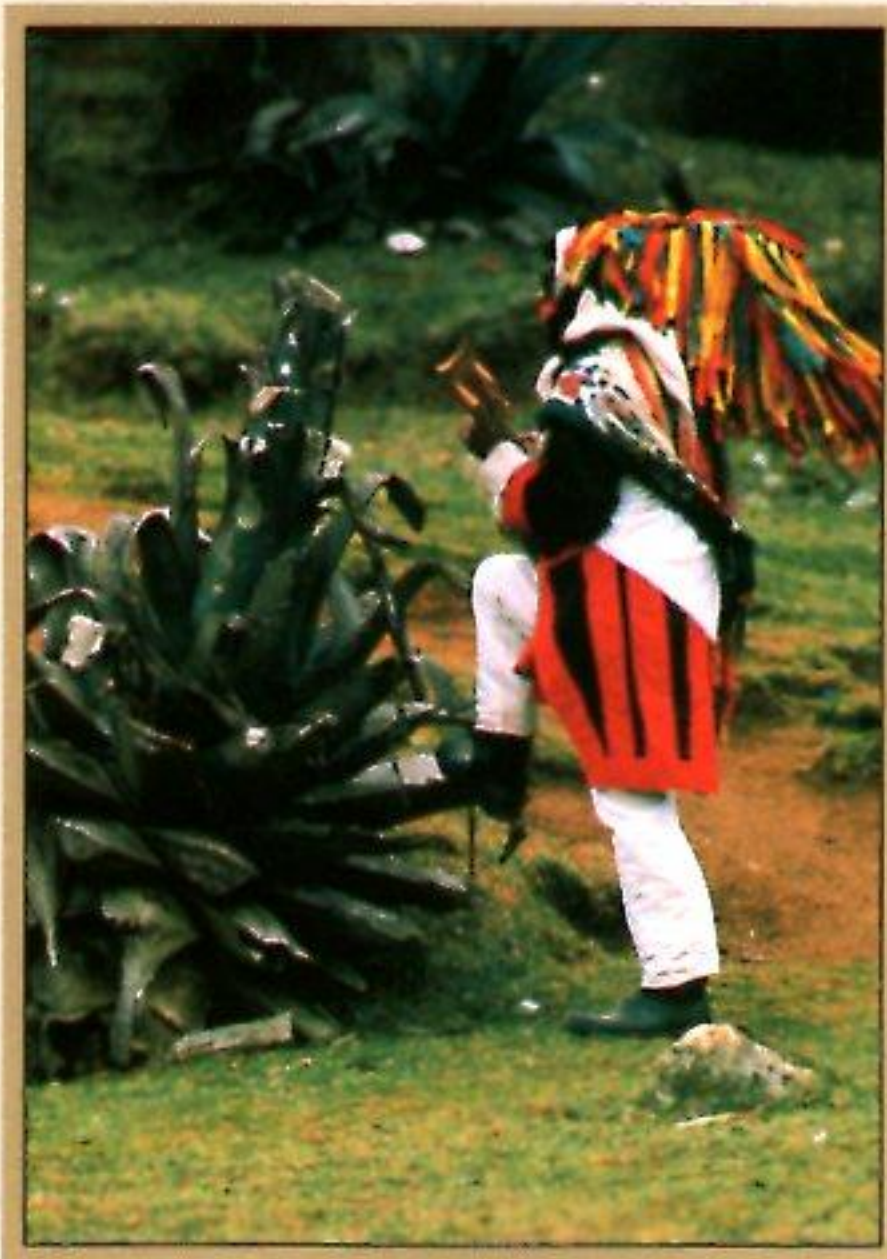
Parece ser que Mayapán terminó de la misma manera que nació: en una sangrienta sublevación. En un caso insólito de práctica unanimidad, todas las fuentes documentales menos una están de acuerdo en que la fecha fue en torno al 1441. El obispo Diego de Landa cuenta la historia: «Entre los sucesores de la casa de Cocom había un hombre en extremo altanero, un imitador de Cocom, que formó otra liga con los hombres de Tabasco e introdujo más hombres de México en la ciudad y empezó a actuar de forma tiránica y a esclavizar a las gentes más pobres. En este punto los nobles se juntaron con la partida de Tutul Xiu y conspiraron para dar muerte a Cocom. Cosa que hicieron, matando al mismo tiempo a todos sus hijos, excepto uno que estaba ausente».

La familia Xiu poseía unas tierras cerca de Uxmal, pero adquirió notoriedad en una época en que la gran ciudad puuc ya era una pura ruina. La arqueología confirma el relato de que Mayapán fue saqueada e incendiada: los excavadores han desenterrado maderas carbonizadas de las techumbres y paredes de albañilería ennegrecidas por las llamas y también encontraron pruebas de rapiña, así como esqueletos de residentes de Mayapán que habían muerto en la insurrección. Abandonado Mayapán, como antes había sucedido con Chichén Itzá, los victoriosos Xius fundaron una nueva capital llamada Mani –cerca de la zona puuc– que en maya significa «ha pasado».

La caída de Mayapán fue el toque de difuntos para la civilización que había alcanzado tal magnificencia en las selvas de Centroamérica. Mayapán fue la última ciudad de Yucatán que ostentó poder sobre alguna de las otras; cuando se hundió, la confederación se desintegró en un conflictivo conjunto de 16 miniestados rivales, cada uno de los cuales luchaba con su propio ejército en busca de ventajas territoriales. En las guerras intermitentes que siguieron, las ciudades eran continuamente invadidas en busca de hombres jóvenes a los que se tomaba como soldados o directamente como víctimas de sacrificios y los campos se incendiaban para someter a los habitantes por

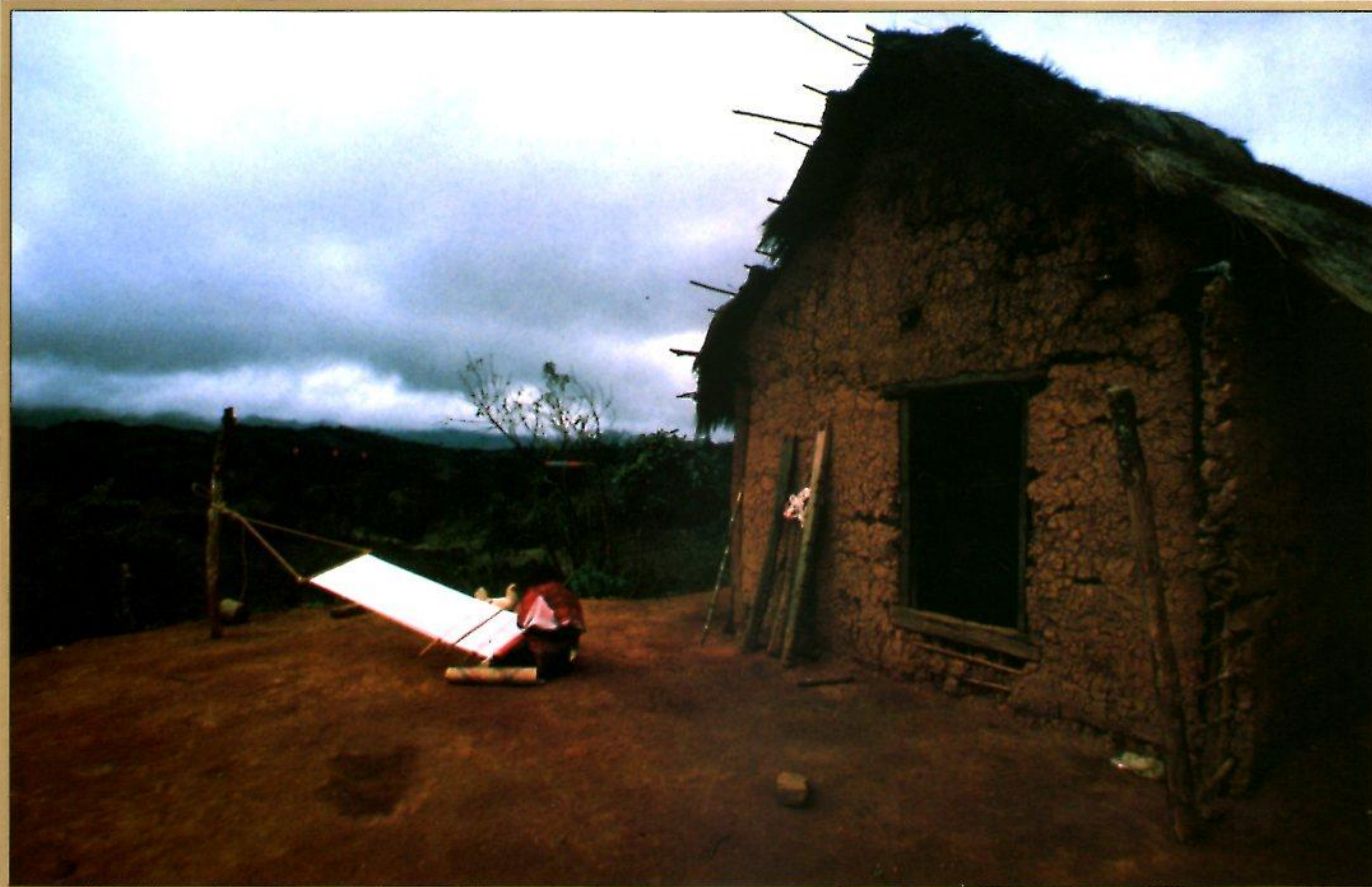
PRESENCIA DEL PASADO EN EL PRESENTE

El historial arqueológico de los antiguos mayas —su arte, arquitectura y escritura— ha sido descrito como un desconcierto de riquezas. Consecuentemente, los estudiosos han pasado una gran parte de su vida excavando, restaurando e interpretando estos magníficos tesoros. Sin embargo, para llegar a formar una imagen más completa, los arqueólogos están recurriendo cada día más a la etnografía, el estudio correlativo de culturas contemporáneas y antiguas. Aspectos de la moderna sociedad maya análogos a las pasadas prácticas prevalecen de manera notable en las prácticas religiosas. Los mayas yucatecos todavía invocan a los espíritus de la lluvia, o Chacs.



Un tocado de piel de mono y cintas de vivos colores indica que este parrandero está imitando a un max, o mono, durante los carnavales. Los actuates representan el antiguo mito del pueblo de la primera creación, a quienes los dioses convirtieron en monos como castigo por sus fechorías.

Una mujer maya teje un huipil de brocado, la prenda tradicional de su sexo durante siglos. Sus métodos, también, datan de otros tiempos, pues las mujeres mayas han tejido sus telas en estos telares manuales durante más de mil años.



hambre. Es lógico que el arte y la arquitectura languidecieran en medio de estas constantes escaramuzas.

La ciudad de Tulum, espectacularmente situada en lo alto de un acantilado sobre el Caribe, no muy lejos de la isla de Cozumel, alcanzó una efímera notoriedad como centro comercial durante este período. Con una población no superior a las 600 almas en su mejor momento, Tulum es símbolo del deterioro del arte y de la disciplina mayas. Sus edificios, deficientemente contruidos y desproporcionadamente bajos, se pandeaban, las columnas estaban torcidas y el estuco estaba arrojado a manotazos sobre una mampostería chapucera. Stephens, que subió desde la playa hasta el asentamiento en ruinas por un sendero empinado y cubierto de maleza, lo encontró notable más que nada por la agresividad de los mosquitos y el muro, sin tomar con mortero y a medio desmoronarse, que envolvía a la ciudad por su lado de tierra. Las puertas, extrañamente pequeñas, le recordaron una fábula que había escuchado relativa a la construcción de las ciudades mayas por parte de cifóticos. Después de una noche de insomnio abandonó aquel «antro de desolación y soledad».

Con la llegada de los españoles pocas décadas después de la derrota de Mayapán, el destino de los mayas quedó sentenciado para siempre. Un profeta maya al que se cita en *Libros de Chilam Balam* aparentemente había predicho la visita de los extranjeros y sus nefastas consecuencias e indicaba al pueblo: «recibid a vuestros invitados, los hombres barbudos, los hombres que vienen del este. En ese día, un infortunio cubrirá la faz de la tierra». Pero en otros pasajes de la escritura sagrada hay un reconocimiento fatalista de que los mayas eran tan culpables de su propia caída como pudieran serlo cualesquiera circunstancias externas. «No hubo más días felices para nosotros», dice el texto; «no nos portamos sensatamente». Ya sabían, antes de esta conquista final, que su gloria se había desvanecido y que la antigua sabiduría se había perdido. Sin embargo, casi como previendo los esfuerzos de los estudiosos por resucitar su mundo, esperaban que un día las voces del pasado se dejarían oír una vez más: «Al final de nuestra pérdida de visión, y de nuestra vergüenza, todo se revelará».

TESOROS DE LOS MAYAS



No por el simple hecho de deleitar la vista, sino como un servicio superior a los dioses y reyes reverenciados, los artistas mayas crearon innumerables tesoros destinados a rituales de alabanza, persuasión y protección. Moldeadas de arcilla, esculpidas y talladas en piedra, concha y minerales de colores, y a veces policromadas con brillantes pigmentos, sus obras maestras cobraron un amplio surtido de formas, incluyendo cuerpos míticos, humanos y animales. Todos los elementos del diseño estaba imbuidos de una finalidad espiritual o simbólica. Por ejemplo, el jade de una máscara de mosaico colocada sobre el rostro de un rey muerto se pensaba que confería vida eterna a su alma. De manera similar, la bandeja policromada que se muestra arriba contiene el denominado agujero del degüello en el centro, que se taladraba para permitir la salida del espíritu de la bandeja a fin de que pudiera ocuparse de un alma errante en el Inframundo.

Sin la ventaja de herramientas metálicas o del torno de alfarería, los artesanos que trabajaban la arcilla conseguían obras de gran belleza y precisión usando modelos o recurriendo a métodos de bobi-

nado, aplicaciones y moldeo manual. Se usaban utensilios de piedra y abrasivos para dar forma no sólo a un material duro como el jade, sino también al pedernal y la concha. La tradición determinaba el marco y la decoración de la mayoría de los proyectos, no obstante lo cual, estos artistas expresaban una notable libertad creativa en el tratamiento de los pequeños detalles. La persona que decoró la superficie de la bandeja de arriba supo captar, con unos pocos trazos rápidos, la inefable gracia de un danzarín que extiende un brazo al dar un paso de puntillas.

A decir verdad, la mayoría de las obras de arte mayas narran una historia cargada de acción y sentimiento. Los hombres y mujeres que las produjeron aplicaron un estilo que es naturalista a la par que narrativo, insuflando en sus temas la energía de la ferocidad, o el humor, o el delicado movimiento. El resultado de estos esfuerzos de tantos artistas anónimos —una amplia muestra de los cuales se reproduce en las páginas siguientes— todavía deleitan la vista y sirven para devolver el mundo de los mayas a una vida de ricos colores, muchos siglos después de que desapareciera.





Con trazas todavía de su antigua pintura azul, una figura en arcilla de un noble que luce un ondulante tocado, que evoca las formas de un pez, dobla las rodillas y los codos en un gesto natural que trasciende gracia y fluidez. Esta pieza —que se usaba para ritos funerarios— procede de Jaina, una isla famosa por su excelente escultura en general.

Mirando inescrutablemente al pasado, esta máscara de tamaño natural, coronada por un dios con dientes de tiburón, cubrió en tiempos el rostro de un rey o noble de Tikal mientras hacía su viaje a la existencia posvital. Concha de tono salmón y ojos de madreperla y pirita negra resaltan sobre un fondo de diopsida de un verde grisáceo, que contrasta sutilmente con los tapones para los oídos hechos de jadeíta, todo ello ensamblado con exquisita precisión.

Una de las mayores bestias de la selva, un ciervo, danza en esta vasija trípode hecha al estilo «mamiforme», denominado así por sus patas semejantes a mamas. Las versiones anteriores del mismo diseño –que tuvo su origen en las tierras altas de Guatemala– eran monocolor; aquí el artista ha embellecido el recipiente con colores rojo, naranja y negro, e incluso introdujo unas pequeñas bolitas de arcilla dentro de las patas para que campanilleara al agitarlo.





Un recipiente de barro en forma de dios lanzándose de cabeza al agua muestra la influencia de otras culturas mesoamericanas en el arte maya tardío, con sus motas de jaguar y bandas faciales de colores. Se piensa que la deidad es el dios del maíz; está sujetando tamales hechos con el alimento básico de los mayas.



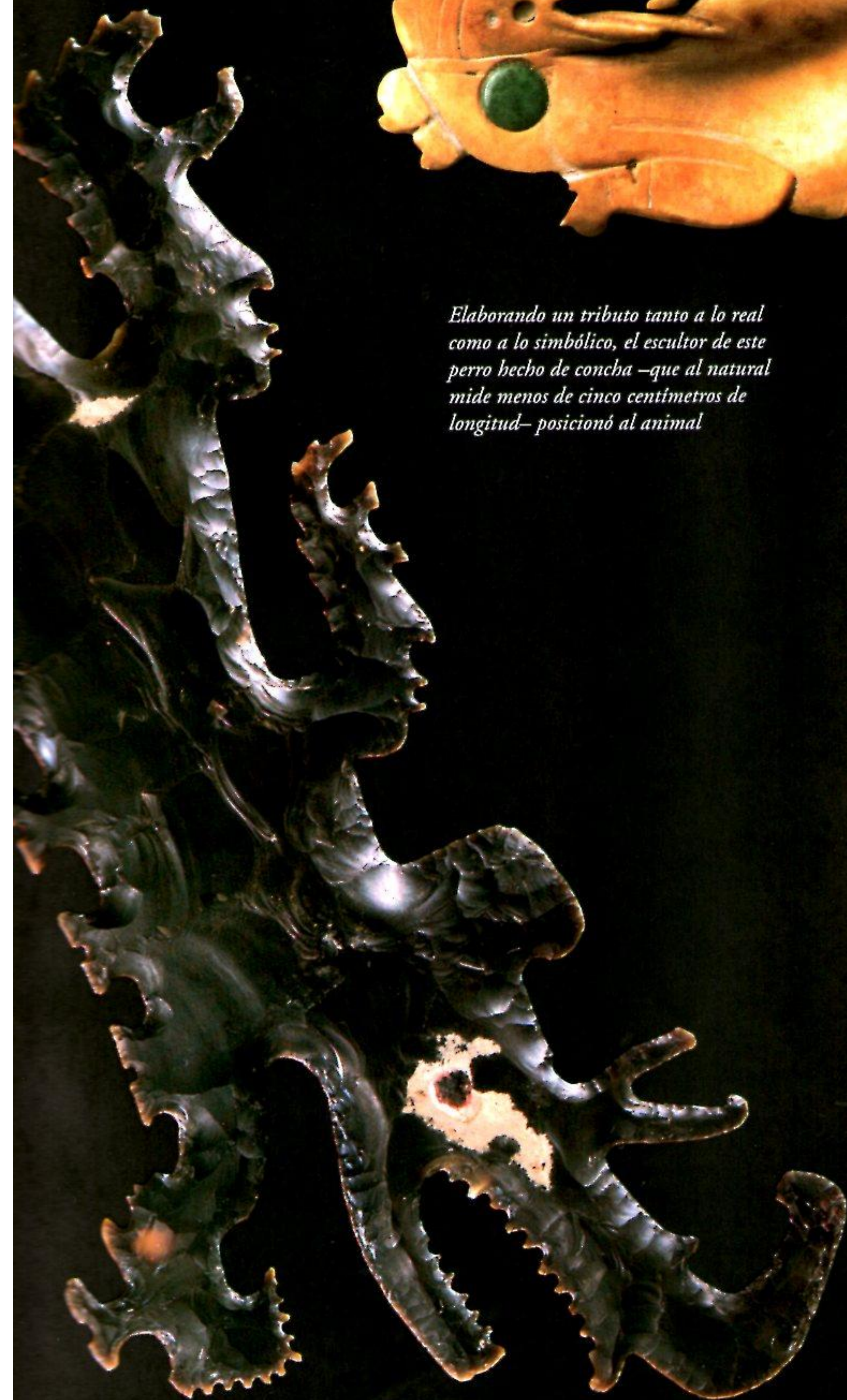
Una profusión de imágenes envuelve este «lado oscuro» de un exótico recipiente maya de arcilla, en el que una pareja de Serpientes Visión antropomorfas se observan mutuamente bajo un monstruo celestial parecido a un cocodrilo. Para conseguir los complejos efectos de sombra y profundidad, el artista empleó la técnica de la aplicación, que consiste en cortar trozos de arcilla y aplicarlos, capa a capa, sobre la superficie del recipiente.





Elaborando un tributo tanto a lo real como a lo simbólico, el escultor de este perro hecho de concha —que al natural mide menos de cinco centímetros de longitud— posicionó al animal

agazapado y jadeante e incrustó la pieza con jade. Descubierto en las tierras bajas centrales de los mayas, el ornamento data de alguna fecha entre los años 300 y 600 de nuestra era.



Conjurando la bajada al reino de la muerte, este pedernal excéntrico delicadamente cincelado mide poco más de 40 centímetros de largo. La cabeza del Monstruo Celestial con las fauces abiertas —escolta al Inframundo— parece que se lanza hacia abajo arrastrando con ella «la canoa de la vida que se hunde». A bordo, tres pasajeros, el fallecido y dos sirvientes que le flanquean, expresan la enorme fuerza de la zambullida arqueando hacia atrás la espalda.

Usando la técnica de los frescos de Teotihuacán que consiste en aplicar pintura sobre una superficie húmeda de estuco, un artista maya plasmó las imágenes brillantes y duraderas de un ser humano que sale del pico de un quetzal en este recipiente trípode. La cabeza esculpida de lo que puede ser un dios o un espíritu sobresale del centro de la tapa y sirve de asa, peculiaridad compartida por muchos otros recipientes hechos por los imaginativos mayas.





Colmillos prominentes y tragaderas teñidas de rojo con cinabrio añaden dramatismo real a esta escultura de una cabeza de perro –que en realidad es una vasija que se puede poner vertical sobre tres patitas acopladas en el cuello del animal– que se encontró en la tumba de un dignatario de Copán. De acuerdo con la creencia maya, los caninos simbolizaban la supervivencia y guiaban a los recién fallecidos a través del temido Inframundo.

EL INCOMPARABLE TRÁNSITO DE LOS SIGLOS MAYAS

Poco después de finalizado el Período Glacial, hace unos 10.000 años, los primeros pueblos que habitarían lo que actualmente es Iberoamérica se desplazaron del norte a la tierra que más tarde compondrían el reino de

los mayas —una variada extensión de tierras altas y bajas, espesos bosques y terreno cubierto de maleza que comprendía toda la Península de Yucatán, la totalidad de Guatemala y Belice, y partes de México, Honduras

y El Salvador. Durante los 6.000 años siguientes, poco más o menos, las poblaciones nativas pasaron gradualmente de una existencia seminómada como cazadores-recolectores a una vida más sedentaria como agricul-

EL PERÍODO PRECLÁSICO 1500 A.C.-250 D.C.



MÁSCARA DE PIEDRA

A medida que los primeros pobladores se fueron acostumbrando más a cultivar y mejorar las cosechas que les servían de alimento, las aldeas densamente pobladas empezaron a cubrir las tierras altas y bajas de los mayas. En torno al año 1000 a.C. los habitantes de Cuello en el norte de Belice ya estaban haciendo alfarería y enterrando a sus muertos de una manera ceremonial, colocando fragmentos de jade y otros objetos valiosos en las tumbas. El temprano arte maya muestra la influencia de la civilización olmeca, una cultura avanzada de la costa del Golfo de México que tenía relaciones comerciales con toda Mesoamérica. Algunos estudiosos creen que la idea de la monarquía y la sociedad jerárquica que empezó a surgir entre los mayas se puede deber a una presencia olmeca en la zona más meridional de los mayas entre los años 900 a 400 a.C.

Cuando el poder de los olmecas entró en decadencia, los centros comerciales mayas del sur crecieron y prosperaron. Desde el año 300 a.C. hasta el año 250 d.C., aproximadamente, empezaron a tomar forma grandes ciudades como Nakbé, El Mirador y Tikal. Ya estaban en uso los calendarios sagrados y celestes, y estos años también vieron el desarrollo de la escritura jeroglífica, así como la construcción de templos ceremoniales adornados con retratos esculpidos de los dioses mayas y, más tarde, de sus gobernantes. Las tumbas reales de esta época solían contener ofrendas funerarias primorosas, tales como la máscara de piedra verde de arriba, encontrada en la cámara mortuoria de un noble de Tikal del siglo primero a.C.

EL PERÍODO CLÁSICO TEMPRANO 250-600 D.C.



CUENCO CUBIERTO

Hacia el año 250 d.C., Tikal y la vecina ciudad de Uaxactún se contaban entre las potencias dominantes, tanto en lo económico como en lo político, de las tierras bajas mayas del centro. La sociedad se había estratificado en una elite dirigente y una clase plebeya de labradores, artesanos y otros trabajadores. A partir del siglo tercero, los reyes —dotados de categoría divina— erigieron pirámides-templos y estelas esculpidas con imágenes e inscripciones en conmemoración de ellos mismos y sus reinados; los ritos que incluían efusión de sangre y sacrificios humanos desempeñaban un papel de dedicación. Fechada en el año 292 d.C., la primera estela de Tikal que se conoce conmemoraba a un descendiente del Gran Señor Yax-Moch-Xoc quien, en fecha anterior de ese siglo, fundó una dinastía que iba a reinar en la ciudad durante 600 años. Bajo el reinado del sexto soberano de esa dinastía, Garra-Gran-Jaguar, Tikal conquistó Uaxactún en el año 378. Para entonces, Tikal había quedado bajo la influencia de grupos de guerreros-comerciantes de la gran metrópoli mexicana de Teotihuacán, adoptando en apariencia algunos aspectos de su estilo de guerra ritualizada.

Depurados trabajos de artesanía —como el cuenco policromado de arriba con un pájaro pescador encima de su tapa— y una grandiosa arquitectura atestiguan la excelencia artística de este período. Durante el siglo sexto un letargo misterioso se apoderó de Tikal: del 534 al 593 pocos monumentos se erigieron allí.

tores. Los nuevos labradores empezaron a cultivar la tierra, sobre todo con maíz y judías, idearon una variedad de instrumentos de piedra para moler y preparar alimentos y empezaron a organizar pequeños asentamientos.

En torno al año 1500 a.C. había empezado la construcción intensiva de aldeas, hecho que marcó el inicio del período preclásico en el que arraigó la civilización de los mayas. Los estudiosos han aprendido mucho acerca del

ulterior florecimiento de esta cultura tanto gracias a los hallazgos arqueológicos como a los textos jeroglíficos que embellecen muchas edificaciones y que han aportado una notable historia escrita de este pueblo extraordinario.

EL PERÍODO CLÁSICO TARDÍO 600-900 D.C.



PEDERNAL EXCÉNTRICO

En alas de un frenesí de construcción de nuevos palacios y templos, la cultura clásica maya alcanzó nuevas cotas en los siglos séptimo y octavo. Tikal renovó su gloria, pero otros centros igualmente fuertes entraron en juego. En la región occidental de los mayas, la ciudad de Palenque floreció durante el reinado del Gran Señor Pacal, que subió al trono en el año 615 d.C. y fue enterrado con la reverencia debida a un dios en el año 683. Durante el reinado de casi 67 años de Jaguar-Humo, la ciudad suroccidental de Copán también adquirió prominencia en el siglo séptimo. Aunque vinculadas mediante matrimonios reales y características culturales compartidas—incluyendo conceptos religiosos y estilos artísticos similares—tales centros se mantuvieron independientes. La guerra entre ciudades era normal.

El arte siguió floreciendo a medida que los artesanos especializados fueron elaborando para la elite dirigente una diversidad de objetos primorosamente trabajados, tales como el pedernal excéntrico de arriba que probablemente se llevaría en ritos sagrados; éste se encontró entre los objetos de una ofrenda en Copán. Los soberanos siguieron construyendo edificaciones ceremoniales e innumerables estelas donde hacían ostentación de su prestigio personal. Sin embargo, a partir del siglo octavo y culminando en el noveno, la confusión invadió la cultura de las tierras bajas de los mayas. La desintegración política arruinó Copán en el año 822; la última inscripción fechada de Tikal es del año 869.

EL PERÍODO POSCLÁSICO 900-1500 D.C.



FIGURA DE PIEDRA

Los menores rendimientos de la agricultura, la superpoblación, las enfermedades, las invasiones extranjeras, la revolución social y la guerra desenfrenada son algunas de las teorías que se proponen para el hundimiento de la civilización maya en las tierras bajas meridionales. La construcción había cesado en la región en el año 900 y ciudades otrora magníficas, muchas de ellas abandonadas por sus habitantes, se estaban convirtiendo rápidamente en ruinas. La cultura maya clásica siguió prosperando en algunos centros del norte de Yucatán. Notables por un estilo arquitectónico muy ornado, las ciudades de Uxmal, Kabah, Sayil y Labná, situadas en las Colinas Puuc, duraron hasta cerca del año 1000.

En torno a esa fecha, la ciudad de Chichén Itzá inició dos siglos de prosperidad. Nuevos motivos esculturales—tales como la estatua de piedra de arriba, usada como apoyo en el Templo de los Jaguares—y otras características arquitectónicas denotaban una influencia mexicana, posiblemente de los toltecas, que gobernaron el México central antes que los aztecas. Arruinada misteriosamente en torno al año 1200, Chichén Itzá tuvo como sucesora y principal potencia de Yucatán a la ciudad amurallada de Mayapán. Regida por la familia Cocom durante unos 250 años, Mayapán fue destruida por caudillos enemigos en 1441. La civilización maya volvió a caer entonces en la confusión y pronto se enfrentó a una catástrofe todavía mayor: la llegada de los españoles a principios del siglo XVI.

AGRADECIMIENTOS

Por su valiosa ayuda en la preparación de este volumen, los editores expresan su agradecimiento a: Anthony Andrews, Sarasota, Florida; Michel Antochiw, Mérida, México; Ferdinand Anton, Munich; Ronald L. Bishop, Washington, D.C.; Bénédicte Bouhours, París; James Brady, Embajada Norteamericana, Guatemala; Emile Deletaille, Bruselas; David

Freidel, Dallas, Texas; Susan Giles, Bristol, Inglaterra; Ian Graham, Cambridge, Massachusetts; Nicolai Grube, Bonn; Richard Hansen, Los Ángeles; Ángela Heartfield, Nashville, Tennessee; Christopher Jones, Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania, Filadelfia; Justin Kerr, ciudad de Nueva York; Martha Labell, Cambridge,

Massachusetts; Stanley Loten, Ottawa; Mary Ellen Miller, New Haven, Connecticut; Manfred Mühlner, Dresde; Arturo Romano Pacheco, ciudad de México; Alessandro Pezzati, Filadelfia; Dorie Reents-Budet, Durham, Carolina del Norte; Merle Greene Robertson, San Francisco; Karl Taube, Riverside, California.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Se relacionan seguidamente las fuentes de las ilustraciones que aparecen en este libro. Los créditos de izquierda a derecha están separados por signos de punto y coma; los créditos de arriba abajo están separados por guiones.

6: Kenneth Garrett, Broad Run, Va. 8-13: Enrique Franco Torrijos, cortesía de Sr. y Sra. John Plunket. 16: Real Academia de la Historia, Madrid. 17: Luis Arenas, Archivo General de Indias, Sevilla, España. 18, 19: Luis Arenas, Archivo General de Indias, Sevilla, España; Bibliothèque Nationale, París. 20, 21: Cortesía de The Edward E. Ayer Collection, The Newberry Library, Chicago – Bibliothèque Nationale, París. 22: Bibliothèque Nationale, París. 23: Mireille Vautier, París. 24: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografías por Le Plongeon; tercera foto por la izquierda de la fila de abajo de la Manly P. Hall Collection, en la Philosophical Research Society, Los Ángeles. 26: Cortesía Bristol Museums and Art Gallery, Inglaterra. 27: National Museums and Galleries on Merseyside/Collection Bristol Museums and Art Gallery, Inglaterra (3); Gianni Dagli Orti, París/Museo Nacional de Antropología, ciudad de México. 28, 29: Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín/Museo de América, Madrid. 30: dibujos por Fred Holz; dibujos por Time-Life Books, cortesía del Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania. 31: Dibujos por Time-Life Books, cortesía de Linda Schele (primera fila abajo, 3); dibujos por Time-Life Books, cortesía del Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania. 32: Cortesía de Yuri Valentinovich Knorozov, doctor en ciencias históricas, Academia de Ciencias,

U.R.S.S. 33: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 35: Negativo nº 330212, foto por Alfred P. Maudslay, cortesía de Department Library Services, American Museum of Natural History, Nueva York. 36, 37: Cortesía de los Trustees of the British Library, Londres. 38: Bibliothèque Nationale, París. 39: Cortesía de los Trustees of the British Library, Londres. 40, 41: Cortesía del Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por T. Maler; Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por T. Maler. 42, 43: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Edward H. Thompson. 44, 45: Cortesía de los Trustees of the British Library, Londres; Museo Peabody, Universidad de Harvard. 46: Norman Hammond, Universidad de Boston. 48: Norman Hammond, Universidad de Boston – Lowell Georgia. 50, 51: © Martha Cooper/Peter Arnold, Inc. 52: Lowell Georgia – Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Departamento de Arqueología, Belmopan, Belice. 53: © Martha Cooper/Peter Arnold, Inc. 54: Bob Greenlee, Bend, Oreg. 55: Mary Elizabeth Chambers. 56: © Justin Kerr, Nueva York. 58, 59: Cortesía de Richard Hansen. 60, 61: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Copán – Peter T. Furst, Devon, Pa. 62: William M. Ferguson, Durango, Colo. 63: James F. Garber, Universidad Estatal del Suroeste de Texas, cortesía de David A. Freidel, Dallas. 64: dibujo por Stephen R. Wagner. 65: © Martha Cooper/Peter Arnold, Inc. 66: © Justin Kerr, Nueva York; Lowell Georgia. 67: © Justin Kerr, Nueva York. 68, 69: © Justin Kerr, Nueva York, excepto abajo izquierda,

dibujo por Michael D. Coe, cortesía de The Grolier Club, de Nueva York. 71: Enrique Franco Torrijos/Museo Sylvanus G. Morley, Parque Nacional Tikal, Guatemala. 73: Mary Elizabeth Chambers. 74, 75: Enrique Franco Torrijos – William M. Ferguson, Durango, Colo.; dibujo por Stanley Loten, Ottawa, Ont. 76, 77: William M. Ferguson, Durango, Colo.; J. y P. VanKirk, Nobleton, Fla. – dibujo por Stanley Loten, Ottawa, Ont. 78, 79: Kenneth Garrett, Broad Run, Va.; dibujo por Stephen R. Wagner; Kevin Schafer/ ALLSTOCK, Seattle. 80: William L. Fash, DeKalb, Ill. 82: © David Alan Harvey/Woodfin Camp, Inc. 83: Robert Frerck/Odyssey productions, Chicago – Tony Morrison/South American Pictures, Woodbridge, Suffolk, Inglaterra. 84: Merle Greene Robertson, copyright 1976. 85: Gianni Dagli Orti, París/Museo Nacional de Antropología, ciudad de México. 86: Dr. Arturo Romano Pacheco. 87: Werner Forman Archive, Londres/Museo Nacional de Antropología, ciudad de México. 88, 89: Museo de la Universidad, Universidad de Pennsylvania (negativo nº T4-206c3). 90: Kenneth Garret, Broad Run, Va. 92: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 94: Museo Peabody, Universidad de Harvard; © Richard Alexander Cooke III. 95: Reflejo/Susan Griggs Agency, Londres. 96, 97: Kenneth Garrett, Broad Run, Va. 98, 99: William L. Fash, DeKalb, Ill. 100: © Richard Alexander Cooke III. 101: Bibliothèque Nationale, París. 102, 103: William L. Fash, DeKalb, Ill. 104: James H. Brady/ Petexbatun Exploración Regional de Cuevas, Guatemala. 107: Museo de Arte de Dallas, J. B. H. Henderson Memorial Fund;

Museo de Arte de Dallas, regalo de Alfred Stendahl. 108, 109: © Justin Kerr, Nueva York. 110, 111: © Justin Kerr, Nueva York; Lee Boltin, Croton-on-Hudson, N.Y.; © Justin Kerr, Nueva York. 112-117: © Justin Kerr, Nueva York. 118: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 120: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger/dibujo por Dra. Tatiana Proskpuriakoff. 121: J. y P. Van Kirk, Nobleton, Fla. 122: Museo Peabody, Universidad de Harvard. 123: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por A. Tozzer. 124: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 125: De *The Well of Sacrifice*, por Donald Ediger, Doubleday & Co., Garden City, N.J., 1971, ©1971 Expeditions Unlimited, Inc. 128, 129: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 130, 131: Fondo © 1992 Gary Braasch, Portland, Ore. De *Codex Dresdensis*, Sächsische Landesbibliothek, Dresde, fotografías por ADEVA Bildstelle, Graz – William M. Ferguson, Durango, Colo. 132,

133: Fondo © David Alan Harvey/Woodfin Camp, Inc. De *Codex Dresdensis*, Sächsische Landesbibliothek, Dresde, fotografía por ADEVA Bildstelle, Graz; dibujos por Time-Life Books, basados en una ilustración en *The Ancient Maya*, por Sylvanus G. Morley y George W. Brainerd (revisada por Robert J. Sharer, 4ª edición, 1983), Stanford University Press; © Justin Kerr, Nueva York. 134: De *The Temple of the Warriors at Chichén Itzá, Yucatan*, por Morris Charlot, y Morris, 1931, Institución Carnegie de Washington. 135: Museo Peabody, Universidad de Harvard. 136: ZEFA, Londres. 139: © Filmteam/D. Donne Bryant Stock Picture Agency, Baton Rouge, La. 140, 141: Robert Frerck/Odyssey Productions, Chicago; D. Donne Bryant Stock Picture Agency, Baton Rouge, La. – Enrique Franco Torrijos – Foto Jean Mazenod, *L'Art Précolombien*, ediciones Citadelles & Mazenod, París. 144, 145: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Edward H. Thompson. 146, 147: D. Donne Bryant Stock Picture Agency, Baton Rouge,

La. – Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Edward H. Thompson. 149: Jeffrey Jay Foxx/NYC. 151: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Ciudad de Guatemala. 152, 153: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Ciudad de Guatemala; Hughes Dubois, Bruselas, cortesía de Treasures of the New World. 154: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Museo Popol Vuh, Ciudad de Guatemala. 155: Peter T. Furst, Devon, Pa. 156, 157: Eberhard Thiem, Lotos Film, Kaufbeuren/Museo Nacional de los Indios Americanos, Institución Smithsonian; Museo de Arte de Dallas, The Eugene and Margaret McDermott Fund, en honor de Mrs. Alex Spence; Hughes Dubois, Bruselas, cortesía de Treasures of the New World. 158: Hughes Dubois, Bruselas, cortesía de Treasures of the New World. 159: Museo Peabody, Universidad de Harvard, fotografía por Hillel Burger. 160, 161: dibujos por Paul Breeden.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

Adams, Richard E. W. *Prehistoric Mesoamerica* (ed. rev.). Norman: University of Oklahoma Press, 1991.

Aveni, Anthony F. *Skywatchers of Ancient Mexico*. Austin: University of Texas Press, 1983.

Barrera Rubio, Alfredo. *Official Guide: Uxmal*. Ciudad de México: INAH-SALVAT, 1990.

Bauz, Claude, y Sydney Picasso. *Lost Cities of the Maya*. Nueva York: Harry N. Abrams, 1992.

Benson, Elizabeth P. *The Maya World* (ed. rev.). Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1977.

Berjonneau, Gérard, y Jean-Louis Sonnery. *Rediscovered Masterpieces of Mesoamerica: Mexico-Guatemala-Honduras*. Boulogne, Francia: Editions Arts 135, 1985.

Brunhouse, Robert L. *In Search of the Maya: The First Archaeologists*. Nueva York: Ballantine Books, 1973.

Carlson, John B. «A Geomantic Model for the Interpretation of Mesoamerican Sites: An Essay in Cross-Cultural Comparison.» En *Mesoamerican Sites and World-Views*, dirigi-

do por Elizabeth P. Benson. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks, 1981.

Carrasco, David. *Religions of Mesoamerica*. San Francisco: Harper & Row, 1990.

Castellanos, Fernando Robles, y Anthony P. Andrews. «A Review and Synthesis of Recent Postclassic Archaeology in Northern Yucatan.» Capítulo 3 de *Late Lowland Maya Civilization*, dirigido por Jeremy A. Sablov y E. Wyllys Andrews V. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1986.

Ceram, C. W. *Gods, Graves, and Scholars*. Traducido por E. B. Garside. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1952.

Coe, Michael D.:
Lords of the Underworld. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1978.
The Maya (4ª edición). Nueva York: Thames and Hudson, 1991.
The Maya Scribe and His World. Nueva York: Grolier Club, 1973.

Coe, Michael, Dean Snow, y Elizabeth Benson. *Atlas of Ancient America*. Nueva York: Facts on File, 1989.

Coe, William:

Excavations in the Great Plaza, North Terrace and North Acropolis of Tikal (Tikal report nº 14, Vols. 1-6). Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1990.

Tikal. Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1988.

Coggins, Clemency Chase, and Orrin C. Shanc III (Eds.) *Cenote of Sacrifice*. Austin: University of Texas Press, 1984.

Danien, Elin C., y Robert J. Sharer (Dtores.). *New Theories on the Ancient Maya* (University Museum Symposium Series, Vol. 3). Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1992.

Davis, Keith F. *Désiré Charnay: Expeditionary Photographer*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1981.

Desmond, Lawrence Gustave, y Phyllis Mauch Messenger. *A Dream of Maya*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1988.

Ediger, Donald. *The Well of Sacrifice*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1971.

Fagan, Brian M.:
The Adventure of Archaeology. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1985.

- Kingdoms of Gold, Kingdoms of Jade*. Nueva York: Thames and Hudson, 1991.
- Fash, William L. *Scribes, Warriors, and Kings*. Nueva York: Thames and Hudson, 1991.
- Ferguson, William M., y Arthur H. Rohn. *Mesoamerica's Ancient Cities*. Niwot: University Press of Colorado, 1990.
- Ferguson, William M., y John Q. Royce. *Maya Ruins in Central America in Color*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1984.
- Furst, Jill Leslie, y Peter T. Furst. *Pre-Columbian Art of Mexico*. Nueva York: Abbeville Press, 1980.
- Gallenkamp, Charles. *Maya: The Riddle and Rediscovery of a Lost Civilization* (3ª ed. rev.). Nueva York: Viking, 1985.
- Gallenkamp, Charles, y Regina Elise Johnson (Dtores.). *Maya: Treasures of an Ancient Civilization*. Nueva York: Harry N. Abrams, 1985.
- Hammond, Norman. «Preclasic Maya Civilization.» Capítulo 10 de *New Theories on the Ancient Maya*, dirigido por Elin C. Danien y Robert J. Sharer. Philadelphia University Museum, University of Pennsylvania, 1992.
- Harris, John F., y Stephen K. Stearns. *Understanding Maya Inscriptions*. Philadelphia University Museum, University of Pennsylvania, 1992.
- Hawkes, Jacquetta (Dtor.). *The World of the Past*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1963.
- Hellmuth, Nicholas M. *Ballgame Iconography and Playing Gear*. Culver City, Calif.: Foundation for Latin American Anthropological Research, 1987.
- Henderson, John S. *The World of the Ancient Maya*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1981.
- Heyden, Doris, y Paul Gendrop. *Pre-Columbian Architecture of Mesoamerica*. Traducido por Judith Stanton. Nueva York: Harry N. Abrams, 1975.
- Houston, S.D. *Maya Glyphs*. Londres: British Museum Publications, 1989.
- Hunter, C. Bruce. *A Guide to Ancient Maya Ruins* (2ª ed. rev.). Norman: University of Oklahoma Press, 1986.
- Jones, Christopher. *Deciphering Maya Hieroglyphs*. Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1984.
- Kerr, Justin. *The Maya Vase Book* (3 vols.). Con ensayos por Joseph W. Ball et al. Nueva York: Kerr Associates, 1989-1992.
- Kubler, George. *The Art and Architecture of Ancient America*. Nueva York: Penguin Books, 1984.
- Landa, Fray Diego. *Yucatan before and after the Conquest*. Traducido con notas por William Gates. Nueva York: Dover Publications, 1978.
- Leal, Marcia Castro. *Archaeological Mexico*. Florencia: Casa Editrice Bonechi, 1990.
- Maudslay, Alfred P. *Biologia Centrali-Americana* (Vols. 1 y 2). Dirigida por F. Ducane Godman y Osbert Salvin. Londres: R. H. Porter, 1889-1902.
- Mercer, Henry C. *The Hill-Caves of Yucatan*. Norman: University of Oklahoma Press, 1975.
- Meyer, Carolyn, y Charles Gallenkamp. *The Mystery of the Ancient Maya*. Nueva York: Atheneum, 1985.
- Miller, Mary Ellen. *The Art of Mesoamerica from Olmec to Aztec*. Londres: Thames and Hudson, 1990.
- Morley, Sylvanus G., y George W. Brainerd. *The Ancient Maya* (4ª ed. rev. por Robert J. Sharer). Standford, Calif.: Standord University Press, 1983.
- Morris, Earl Halstead. *The Temple of the Warriors at Chichén Itzá, Yucatan*. Washington, D.C.: Carnegie Institution of Washington, 1931.
- National Geographic Society. *Lost Empires: Living Tribes*. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1982.
- Popol Vuh*. Traducido por Dennis Tedlock. Nueva York: Simon and Schuster, 1985.
- Popol Vuh*. Versión en inglés por Delia Goetz y Sylvanus G. Morley, a partir de la traducción de Adrián Recinos. Norman: University of Oklahoma Press, 1991.
- Proskouriakova, Tatiana. *An Album of Maya Architecture*. Norman: University of Oklahoma Press, 1963.
- Ramos, Carolyn. *The Art of Mexico*. Dubuque, Iowa: Kendall/Hunt Publishing, 1988.
- Reents-Budet, Dorie. «Maya Civilization prior to European Contact.» En *The Modern Maya*, por Macduff Everton. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1991.
- Ruz, Alberto. «An Astonishing Discovery: The Noble's Tomb at Palenque.» En *The World of the Past*, dirigido por Jacquetta Hawkes. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1963.
- Sablov, Jeremy A.:
The Cities of Ancient Mexico. Nueva York: Thames and Hudson, 1989.
The New Archaeology of the Ancient Maya. Nueva York: Scientific American Library, 1990.
- Scheffler, Lillian. *Uxmal, Kabáh, Sayil, Lagna*. Guía. Ciudad de México: Panorama Editorial, S.A., 1988.
- Schele, Linda, y David Freidel. *A Forest of Kings*. Nueva York: William Morrow, 1990.
- Schele, Linda, y Mary Ellen Miller. *The Blood of Kings*. Fort Worth, Tex.: Kimbell Art Museum, 1986.
- Sharer, Robert J. «The Preclassic Origin of Lowland Maya States.» Capítulo 9 de *New Theories on the Ancient Maya*, dirigido por Elin C. Danien y Robert J. Sharer. Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1992.
- Sodi Morales, Demetrio. *The Maya World*. Ciudad de México: Minutiae Mexicana, 1991.
- Spinder, Herbert J. *A Study of Maya Art*. Nueva York: Dover Publications, 1975.
- Stephens, John L.:
Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan (2 vols.). Nueva York: Dover Publications, 1969
Incidents of Travel in Yucatan (2 vols.). Nueva York: Dover Publications, 1963.
- Stierlin, Henri. *Art of the Maya*. Nueva York: Rizzoli, 1981.
- Stuart, Gene S. *America's Ancient Cities*. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1988.
- Stuart, George E. «Quest for Decipherment: a Historical and Biographical Survey of Maya Hieroglyphic Investigation.» Capítulo 1 de *New Theories on the Ancient Maya*, dirigido por Elin C. Danien y Robert J. Sharer. Filadelfia: University Museum, University of Pennsylvania, 1992.
- Stuart, George E. y Gene S. Stuart:
Discovering Man's Past in the Americas. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1973.
The Mysterious Maya. Washington, D.C.: National Geographic Society, 1977.
- Suárez, Luis. *The Yucatan of the Mayas*. Traducido por R. Kelly y Pilar P. Valdelomar. León, España: Editorial Everest, S.A., 1980.
- Thompson, J. Eric S.:
«The Fall of Classic Mayan Civilization.» De *The World of the Past*, dirigido por Jacquetta Hawkes. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1963.
Maya History and Religion. Norman: University of Oklahoma Press, 1990.
- Trout, Lawana Hooper. *The Maya*. Nueva York: Chelsea House Publishers, 1991.
- Varela G., Elizabeth. *Uxmal*. Ciudad de México: Ediciones Alducin, 1985.

Von Hagen, Victor Wolfgang. *Frederick Catherwood, Arquitecto*. Nueva York: Oxford University Press, 1950.
Willard, T.A. *The City of the Sacred Well*. Nueva York: Century Company, 1926.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Andrews, Anthony P. «The Maya Rediscovered.» *Natural History*, octubre 1991.
Aveni, Anthony F., Sharon L. Gibbs y Horst Hartung. «The Caracol Tower at Chichén Itzá: An Ancient Astronomical Observatory?» *Science*, junio 1975.
Brady, James E. y George Veni. «Man-Made and Pseudo-Karst Caves: The Implications of Subsurface Features within Maya Centers.» *Geoarchaeology: An International Journal*, 1922, Vol. 7.
Carlson, John B. «America's Ancient Skywatchers.» *National Geographic*, marzo 1990.
Coe, Michael D. «A Triumph of Spirit.» *Archaeology*, septiembre/octubre 1991.
Coe, William R. «Resurrecting the Grandeur of Tikal.» *National Geographic*, diciembre 1975.
Dávalos, Eusebio Hurtado. «Into the Well of Sacrifice: Return to the Sacred Cenote.» *National Geographic*, octubre 1961.
Fash, Barbara W. «Late Classic Architectural Sculpture Themes in Copan.» *Ancient Mesoamerica*, primavera 1992.
Fash, William L. Jr., y Barbara W. Fash. «Scribes, Warriors and Kings: The Lives of the Copán Maya.» *Archaeology*, mayo/junio 1990.
Fash, William L., et al. «The Hieroglyphic Stairway and Its Ancestors: Investigations of Copan Structure 10L-26.» *Ancient Mesoamerica*, primavera 1992.
Fasquelle, Ricardo Agurcia, y William L. Fash, Jr.:
«Copán: A Royal Tomb Discovered.» *National Geographic*, octubre 1989.
«Maya Artistry Unearthed.» *National Geographic*, septiembre 1991.

Hammond, Norman:
«Precious Stone of Grace.» *Natural History*, agosto 1991.
«Unearthing the Oldest Known Maya.» *National Geographic*, julio 1992.
Hansen, Richard D. «The Maya Rediscovered.» *Natural History*, mayo 1991.
Jones, Christopher. «Maya Hieroglyphics.» *Expedition*, 1985, Vol. 27.
LaFay, Howard. «The Maya, Children of Time.» *National Geographic*, diciembre 1975.
Littlehales, Bates. «Into the Well of Sacrifice: Return to the Sacred Cenote.» *National Geographic*, octubre 1961.
McConahay, Mary Jo. «Arthur Demarest and the Temple of Doom.» *Image* (suplemento dominical del *San Francisco Examiner*), 4 de agosto de 1991.
Reents-Budet, Dorie. «The Discovery of a Ceramic Artist and Royal Patron among the Classic Maya.» *Mexicon*, noviembre 1987.
Rice, Don S. «The Maya Rediscovered.» *Natural History*, febrero 1991.
Roberts, David. «The Decipherment of Ancient Maya.» *The Atlantic Monthly*, septiembre 1991.
Ruz, Alberto Lhuillier. «The Mystery of the Temple of the Inscriptions.» Traducido por J. Alden Mason. *Archaeology*, primavera 1953.
Sablov, Jeremy A. «The Maya Rediscovered.» *Natural History*, enero 1991.
Schele, Linda. «The Maya Rediscovered.» *Natural History*, noviembre 1991.
Stuart, George E.:
«City of Kings and Commoners.» *National Geographic*, octubre 1989.
«Riddle of the Glyphs.» *National Geographic*, diciembre 1975.
Ward, Fred. «Jade: Stone of Heaven.» *National Geographic*, septiembre 1987.

OTRAS FUENTES

«Archaeological Prints.» Catálogo. Kensington, Calif.: John Wolf Prints, 1992.
Banta, Melissa, y Curtis M. Hinsley. «From

Site to Sight.» Catálogo. Cambridge, Mass.: Museo Peabody, 1986.

Brady, James E. «The Petexbatun Regional Cave Survey: Ritual and Sacred Geography.» Artículo presentado en el 47º Congreso Internacional de Americanistas, Nueva Orleans, 7-11 julio 1991.
Couch, N.C. Christopher. «Precolumbian Arts from the Ernest Erickson Collection.» Catálogo. Nueva York: American Museum of Natural History, 1988.
Deletaille, Emile. «Trésors du Nouveau Monde.» Catálogo. Bruselas: Musées Royaux d'Art et d'Histoire, 1992.
Demarest, Erthur A. «Warfare, Demography, and Tropical Ecology: Speculations on the Parameters of the Maya Collapse.» Artículo presentado en la 89ª Reunión Anual de la American Anthropological Association, noviembre 1990.
«Die Welt der Maya.» Catálogo. Mainz: Verlag Philipp von Zabern, 1992.
Giles, Sue, y Jenniffer Steward (Dtores.). «The Art of Ruins.» Catálogo. Bristol, Inglaterra: City of Bristol Museum and Art Gallery, 1989.
Kowalski, Jeff Karl:
«Uxmal: The Regional Capital of the Eastern PUUC District.» Artículo preparado para la sesión sobre Centros Capales en la América Precolombina, Reunión Anual de la College Art Association, Northern Illinois University, 1991.
«The PUUC as Seen from Uxmal.» Artículo preparado para el Primer Simposio Maller sobre Arqueología del Yucatán Noroccidental, Bonn, Alemania, agosto 1990.
Parsons, Lee A., John B. Carlson, y Peter David Joralemon. «The Face of Ancient America.» Catálogo. Indianapolis: Indianapolis Museum of Art, 1988.
Rensberger, Royce. «Maya Sculpture Is Largest Found.» *Washington Post*, 9 marzo 1992.
Wilford, John Noble. «What Doomed the Maya? Maybe Warfare Run Amok.» *New York Times*, 19 noviembre 1991.

ÍNDICE

Los números en cursiva indican la existencia de una ilustración sobre el tema mencionado.

A

Academia de la Historia (Madrid): 32
 Acrópolis Central (Tikal): 74, 75, 76-77
 Acrópolis Principal (Copán): 93
 Acrópolis Norte (Tikal): 74, 75
 Agricultura: construcción de bancales, 58-59; cultivo en campos elevados, 59; métodos de tala y quema, 58
 Agurcia, Ricardo: 91
 Ah Cacaw: 76, 77; estela conmemorativa para, 74, 75; tumba de, 75
 Ah Canul: 147
 Alfarería: artículos de una tumba, 68, 69, 97, 105; cabeza de
 cerámica, 46; cerámicas grabadas, 112-113; cuenco encontrado en Cuello, 52; cuenco policromado, 160; desarrollo fotográfico de imágenes pintadas en, 108, 116; en Nakbé, 54; figurinas de cerámica pintada, *cubierta*; métodos de producción utilizados para la, 151; vasijas pintadas, 71; vasija trípode, 154; vasos policromados hechos en Naranjo, 68, 69
 Algodón, comercio de, 65
 Almanaque Sagrado: 30, 131, 133
 Altar Q (Copán): 96, 102
 American Antiquarian Society: 28, 121
 Anexo de la Casa de las Monjas (Chichén Itzá): 27
 Arte y artefactos: esculturas pintadas, 26; figuras de arcilla: 153; figurinas de cerámica, 107, 109, 111, 112, 113, 115, 117; finalidad religiosa y social del arte maya, 151; frescos, 26; grabados en concha, 126; incensario, 71; influencia de Teotihuacán, 158; influencias de otras culturas mesoamericanas, 155, 158; influencia tolteca, 135; máscaras, 6, 27, 140, 151, 152; pedernales excéntricos, 90, 156-157, 161; pintura de vasijas, 68-69, 108-112, 114; reproducciones de una vida suntuosa en, 108-115; retratos, 69; vasijas de terracota, 56, 68-69, 112-113, 154, 155, 156, 158, 159. *Véase también* Jaina
 Atlántida: 25, 121
 Atlatl: 71
 Aztecas: 127, 142; conquista por los españoles, 14

B

Bahía de Chetumal: 62
 Balankanche (Trono del Sacerdotes Jaguar), cueva de: objetos rituales hallados en, 139
 Ball, Joseph: 142
 Belice: excavación de yacimientos mayas en, 47-48; presencia maya en, 9
 Berlin, Heinrich: identificación de glifos embleáticos, 34
 Bernasconi, Antonio, esbozos arquitectónicos por, 17
 Biblioteca Real (Dresde): 29
 Bolonchen: pozo subterráneo en, 11
 Bonampak: murales de, 92, 93
 Brady, James: exploración de cuevas mayas, 104-105
 Brasseur de Bourbourg, Charles Etienne: 32
 Breeden, Paul, dibujos por, *guardas*, 160-161
 Breton, Adela: 26-27

C

Calderón, José: 18
 Calendario de Cuenta Corta: 128
 Calendario de la Cuenta Larga: 127-128, 137
 Calendarios: desarrollo por los mayas, 12, 15, 30, 131, 160
 Campeche: 42
 Can-Balam: asuntos dinásticos de, 91-92; sucesor de Pacal, 90
 Caracol (Chichén Itzá): 129; orientación celeste de, *gráfico* 133
 Carlos IV de España: 20
 Carlson, John: 54-55, 71
 Carnegie Institution: 33, 34, 134, 135, 147-148
 Carrasco, Ramón: 144
 Casa de las Monjas (Uxmal): 142; máscara de Chac en, 140
 Casa de las Palomas (Uxmal), 42-43
 Casa de las Tortugas (Uxmal): 142
 Casa del Consejo (Copán): 102-103
 Casa del Mago (Uxmal): 142
 Casa Dos (Kabah): 143
 Casa Tres (Kabah): 143
 Casa Uno (Kabah): 143
 Castillo: *Véase* El Castillo
 Catherwood, Frederick: 12-13, 20, 127, 139; en Palenque, 23-25; formación de, 22; litografías por, 8-13; muerte de, 13; redescubrimiento de Copán por, 7-9, 23
 Cenote Santo (Chichén Itzá): 120, 121; artefactos recuperados

de, 122-123, 124, 125, 126, 135; excavaciones de Thompson en, 121, 122, 123, 124-126; operaciones de dragado y buceo en, 122, 123
 Cerros: 70, 93; declive de la autoridad real en, 65-68; institución del poder monárquico, 60-62; pirámides-templos en, 62, 63, 65; redes de regadío en, 60
 Chac-Mools: 136
 Chacs: 138, 149
 Chan-Bahlum: *Véase* Can-Balam
 Charnay, Désiré: 23; y Pozo del Sacrificio, 120
 Chiapas: presencia maya en, 9
 Chichén Itzá: 25-28, 138, 142, 143, 145, 146, 148; amplitud
 masiva de las ruinas en, 129; auge de, 135-136, 161; cancha para juego de pelota en, 129; como capital de los mayas del norte, 126; declive de, 136-137; eclipse de Tikal por, 79; excavaciones de Thompson en, 121-126; fotografías y pinturas por Breton de, 26, 27; murales de, 128-129; ornamentos faciales de oro excavados en, 124; pirámides en, 35; pozo sagrado en, 119-120; primera prospección arqueológica sistemática de, 134; ruinas en, 24; y toltecas, 127, 128, 134-135; vista reconstruida de, 120
 Chitam: 75, 79
 Cielo-Cauac: 100
 Ciudad de Guatemala: 23
 Cobá: 126, 127, 136; excavaciones en, 137-138; población estimada de, 137-138
 Códice de Dresde: 29; glifos del, 131
 Códice de Grolier: 29; glifos del, 133
 Códice de Madrid: 32; páginas del, 28-29
 Códice de París: 29
 Códices: 13, 28-29, 32, 131, 133
 Coe, Michael: 69
 Coe, William: y excavaciones en Tikal, 68
 Cogolludo, padre: relato de ritos de sacrificio maya, 139-142
 Colinas Puuc: ciudades mayas en, 126-127, 139, 140-141, 142-145; *guardas*, 143, 161
 Colón, Cristóbal: 14, 64
 Concha-Humo: 100, 101, 102
 Conducto psíquico: 89
 Copán: 21, 25, 36, 72, 108, 126, 161; cancha para juego de pelota en, 94, 95; declive de, 102-104; dinastía de, 96; estelas en, 8-9, 44-45, 80; excavaciones en, 28, 94, 95; expansión de, 99-100; glifos hallados en, 93, 94, 96, 99; objetos funerarios hallados en,

- 97, 101, 159; ornamentos de piedra cincelada descubiertos en, 90; pirámides-templos en, 100; población máxima estimada de, 96, 103; redescubrimiento por Stephens y Catherwood, 7-9, 23; ruinas en, 93-94
- Cortés, Hernán, 14-15, 68
- Cozumel: 150
- Cuello: 54, 55, 160; estelas halladas en, 49-50; espinas de
- pastinaca halladas en, 66; artículos de comercio hallados en, 65; objetos funerarios encontrados en, 52, 53; pirámides en, 50-51; restos de sacrificios hallados en, 47, 48, 49
- Cuenca del río Candelaria: agricultura con campos elevados en, 59
- Cuevas (Dos Pilas): 104, 105
- D**
- Deidad Pájaro Principal: *Véase* Pájaro Celestial
- Del Río, Antonio: 21; y redescubrimiento de Palenque, 18-19
- Demarest, Arthur: excavaciones en Dos Pilas, 105-106
- Dieciocho-Conejo: 80, 97, 99-100, 101, 103
- Dios Sol Jaguar: 62; máscara de piedra de, 63
- Dos Pilas, 104; excavaciones en, 105-106
- Dupaix, Guillermo: 21, 25; examen de yacimientos mayas, 19-20
- E**
- Edificación 26 (Copán): excavación de cripta funeraria en, 96-97
- Edificación 22 (Copán): glifos grabados en, 100, 101
- Edzná: excavaciones en, 60
- El Castillo (Chichén Itzá): *cubierta*, 35, 120, 129, 130-131, 146; cabeza de serpiente hallada en, 35
- El Duende: 105; entrada a, 104
- El Salvador: presencia maya en, 9
- El Mirador: 58, 61, 93, 160; arqueólogos en ruta hacia, 54; declive de, 68; excavaciones en, 55
- Enfermedad: efecto de los exploradores y colonos europeos, 15
- Escalinata de los Jeroglíficos (Copán): 94, 95, 96, 100, 102; efigies de arcilla halladas en, 98-99
- Escritura: desarrollo por los mayas de la, 12, 13, 30-31, 33-34, 49, 160
- Estelas: ejemplos más tempranos de, 12; en Cobá, 137; en Copán, 8-9, 23, 44-45, 80, 99; en Cuello, 49-50; en Nakbé, 56; en Piedras Negras, 40; en Quiriguá, 38; en Tikal, 50, 70, 74, 160; en Uaxactún, 71, 72; registro de reyes mayas, 70; registro de sucesos históricos, 34, 71; vaciados de, 35, 45; Exposición Colombina (1893): 42
- F**
- Familia Xiu: 148
- Familia Cocom: 146-147, 148, 161
- Fash, William: excavaciones en Copán, 94, 96, 97, 99, 102
- Fash, Barbara: excavaciones en Copán, 94, 96, 102
- Forstemann, Ernst: y mecánica del calendario maya, 29-32
- Freidel, David: 69, 138; estudio de estelas por, 71; investigación en Cerros, 60-63; sobre el auge de Chichén Itzá, 135-136; sobre el declive de los mayas, 106
- Fundación MacArthur: 100
- G**
- Galindo, Juan: 21, 25
- Garra-Gran-Jaguar: 70-71, 96, 160
- Gemelos Heroicos: 56, 57, 95, 114; como prototipo de monarquía maya, 62
- Gran Señor Chac: 142, 143
- Gran Plaza (Tikal): 74, 75
- Guanaja: 14
- Guatemala: presencia maya en, 9
- H**
- Hammond, Norman: excavaciones en Cuello, 47-53
- Hansen, Richard: excavaciones en Nakbé, 54-58
- Herrera, Antonio de: 129
- Honduras: presencia maya en, 9
- Hun Hunahpu, 56, 57
- Hunac Ceel: 136-137, 146
- Hunahpu: 56, 57
- I**
- Iglesia (Chichén Itzá): 27
- Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* (Stephens): 25
- Incidents of Travel in Yucatan* (Stephens): 25, 121
- Indios mayas: 9
- Instituto Nacional de Antropología e Historia (México): 83, 137
- Instituto Guatemalteco de Antropología e Historia: 54
- Isla Cerritos, 135
- Ixtab: 133
- Izamal: 136, 137
- J**
- Jade social: 61
- Jade: artículos de, 60-61, 85, 97; comercio de, 61; interés de los mayas por el, 52-53, 60, 61, 85; labrado del, 60, 151
- Jaguar-Escudo: 66
- Jaguar-Humo: 96, 97, 99, 161
- Jaguar-Serpiente: *Véase* Can-Balam
- Jaina: figurinas de cerámica halladas en, *cubierta*, 107, 109, 111, 112, 113, 115, 117, 153
- Jeroglíficos: 8-9, 25, 30-31, 60, 61, 62, 68, 72, 82, 93, 99, 139; conocimiento perdido de los, 17; desciframiento de, 13, 15-16, 28-29, 30, 32-34, 69, 89-90, 100-101, 143; transcripciones de, 16. *Véanse también* Arte y artefactos; Códices; Escalinata de los Jeroglíficos; Escritura; Estelas
- Johnson, F. Kirk: 125
- K**
- Kabah: 126, 161; excavaciones en, 143-144
- Kalley, David: 90
- Knorosov, Yuri: 32; estudios sobre jeroglíficos mayas, 32, 33-34
- Kowalski, Jeff: 143
- Kukulcán: 127, 131, 133
- L**
- Labná: 126, 161; estudio fotográfico de Thompson en, 42; ruinas de, 144-145, 146-147
- Landa, Diego de: 19, 30, 127, 134, 140, 145-147, 148; comentario sobre el Pozo del Sacrificio, 119, 120, 124; crónicas de la vida maya, 15-16, 32, 119; destrucción de los libros mayas, 29; intentos de descifrar los jeroglíficos mayas, 32-33; persecución de los mayas, 16
- Larios, Rudy: 94
- Le Plongeon, Alice: 24
- Le Plongeon, Augustus: 24; pasquín fotográfico por, 24; teorías exóticas sobre los mayas, 25-28
- Libros de Chilam Balam*: 29, 127, 128, 135, 136, 137, 150
- Loro-Quetzal-Azul: *Véase* Yax-kuk-Mo
- Loten, Stanley: recreación esquemática de Tikal por, 74-77
- Lothrop, Samuel K.: 135
- Lounsbury, Floyd: 90
- Luna-Cero-Pájaro: 70
- M**
- Maia: 14
- Maler, Teobert: en Tikal, 76; fotografías de ruinas mayas por, 40-41; reconstrucción fotográfica por, 40
- Mani: 148

- Matheny, Ray: 60
 Mathews, Peter: 70
 Maudslay, Alfred P.: 18, 101; comentarios sobre dificultades de excavación en las selvas de Centroamérica, 22; fotografías de ruinas mayas por, 35, 36-37, 38, 39, 44-45, 94
 Maximiliano, emperador: 40
 Mayas: alimentos y sistema de alimentación, 28, 51, 155; arcos y flechas, primera aparición de, 148; armas de chert de los, 47, 48; artículos de comercio, 65; ataduras en el cráneo, 20, 54-55; calendarios, 12, 14, 15, 30, 126, 127-128, 131, 160; características arquitectónicas de los, 12, 17, 20, 25, 51, 55, 56, 71, 76, 126, 127, 128, 131, 133, 135, 136, 137, 140-141, 142; centros comerciales de los, 62, 68, 73, 138, 150; centros urbanos de los, 9; ciudades ceremoniales, 33, 58; clase labradora, 28, 76; códigos, 13, 28-29, 32, 131, 133; comercio por los, 10, 54, 61, *mapa* 64, 71, 106, 124, 127, 135, 160; conquista por los españoles, 14-16, 150, 161; contactos iniciales de los españoles con los, 14-15; corta vida de los, 108-109; creencias y ceremonias religiosas, 55, 56, 57, 61, 62-63, 79, 95, 104-105, 107, 110, 113, 148, 149, 159; cuevas, uso religioso de las, 104-105, 139; cultura de los, supresión por los españoles, 16-17; declive de los, 12, 90, 92, 102, 104-106, 127, 161; descendientes actuales de los, 149; diferencias entre los del norte y los del sur, 126-127; dominios de los, *mapa de las guardas*, 9-12, 126-127, 160-161; efusión ritual de sangre, 48, 53, 62-63, 66, 67, 69, 71, 91, 101, 113; enfermedades europeas, efectos de las, 15; escribanos, estima a los, 97; esterillas del trono (*pop*), 70; estimaciones de población máxima, 10; forma de hacer la guerra por los, 65, 68, 70-72, 93, 106, 116-117, 127, 128, 135, 136, 143, 150, 161; forma de tejer, 149; incensarios, 71, 118; juego ritual de la pelota y sus canchas, 12, 95, 114-115, 129, 142; literatura, 16, 56-57; malnutrición y enfermedades, creciente incidencias de las, 103; matemáticas, 12, 17; métodos agrícolas, 12, 58-60; mitos de los, 29, 84, 91, 114, 149; monarquía, 65-68, 69, 70, 82, 90, 93, 99, 102, 136, 141, 142, 160; mujeres y estructura social, 69, 107; música y danza, 110-111; nacimiento de una economía avanzada, 148; números, 30, 33, 52, 79; observaciones astronómicas por los, 12, 17, 63, 129, 130-131, 132-133; ocarina, 53; oligarquía gubernamental, 127, 136; organización política e ideología religiosa, 57, 95; orígenes de los, 12, 50, 53, 160-161; ornamentos de oro, 124; período clásico de los, 50, 52, 70, 73, 82, 90, 93, 105, 108, 127, 137; período clásico tardío, 140, 161; período clásico temprano, 160; período posclásico, 161; período preclásico, 160; perros, papel simbólico de los, 159; problemas ecológicos de los, 96, 103, 104, 106; redes de calzadas de los, 127, 137, 138, 144; redes de regadío de los, 60, 144-145; redescubrimiento por aventureros y arqueólogos precursores, 7-9, 18-25; mayor refinamiento social, 13; renovación de los centros urbanos, 61-62; ritos funerarios, 89; y sacrificios humanos, 47-49, 51, 65, 70, 71, 72, 79, 85-86, 92, 96, 114, 116, 117, 119-120, 123-124, 129, 139-142; sello de terracota, 52; sellos con números, 49; sistema estratificado de clases, 12, 49, 54, 107, 108, 160; templos, cortes transversales de, 17, 78-79; teorías especulativas sobre los orígenes de los, 21, 25, 121; tiempo, preocupaciones por el, 33; transformación de aldeas agrícolas y comerciales en centros ceremoniales, 48-49, 53; tumbas de los, 82, 88-89, 96-97, 105-106, 126, 160; uso de brebajes y plantas embriagadores, 112, 113
 Mayapán: 126, 136; auge de, 137, 161; Chichén Itzá saqueada por, 127, 145; declive de, 148-150; inferioridad de la construcción en, 145-146; población máxima estimada de, 148
 Mayas chontales: 134
 Mayas itz'as: 128
 Mayas putun: 134
 Mayas quichés: 29
 Mayas yucatecos: 149
 Mérida: 121; libros jeroglíficos hallados cerca de, 16
 Mono-Humo: 103
 Monstruo Celestial: artefactos con imagen de, 156-157
 Morley, Sylvanus G.: 48; excavaciones en Chichén Itzá, 134, 135; comentarios sobre inscripciones mayas, 33
 Museo de la Universidad Duke: 69
 Museo Peabody: 28, 33, 35, 40, 45, 121, 125
 N
 Nakbé: 61, 160; construcción intensiva en, 57-58; excavaciones en, 54-56; pirámides en, 54, 55-56, 58, 62
 Naranjo: alfarería de, 68, 69
 National Geographic Society: 137
 Nickerson, Ephraim: 122
 O
 Obsidiana: comercio de la, 61; interés de los mayas por la, 101; uso en herramientas, 60
 Olmecas: y jade, 52; y los mayas, 53, 160
 Oro: comercio de, 124
 Owens, John: 45
 P
 Pacal: 90, 91, 92, 161; cabeza de estuco de la tumba de, 85; esqueleto de, 86; máscara de jade, 87; tapa del sarcófago, 84; tumba de, 82, 83, 87-89
 Pacheco, Arturo Romano: 86
 Pájaro Celestial: 57; máscara de piedra de, 58-59
 Palacio de Labná: 144-145, 146-147
 Palacio de las Cinco Alturas (Tikal): 76-77
 Palacio de las Máscaras (Kabah): 143
 Palacio del Gobernador (Uxmal): 40-141, 142
 Palacio de Sayil: 147
 Palenque: 34, 100, 105, 126, 139, 161; construcción en tiempos de Pacal y Can-Balam, 90; declive de, 92, 104; excavación de la tumba de Pacal, 81-89; mujeres como dirigentes supremos de, 107; objetos funerarios encontrados en, 85, 86, 87; panel esculpido (Templo del Sol), 18-19; pirámides y palacio de, 8-9, 17, 18, 36-37, 40-41, 82; primeros visitantes de, 20-21; redescubrimiento por del Río, 18-19; Stephens y Catherwood en, 23-25; templo de, 18, 40-41, 82; torre de, 36-37, 82
 Pedernal: interés de los mayas por el, 101; uso en herramientas, 60
 Petexbatun: exploración de cuevas mayas en, 104
 Piedras Negras: estelas en, 34, 40; reconstrucción de la acrópolis de, 88-89
 Pirámide-templo: corte transversal de la, 78-79
 Pollock, H. E. D.: excavaciones en Mayapán, 147-148
 Pop (esterilla del trono): 70
 Popol Vuh: 29, 32, 56-57, 114
 Pozo del Sacrificio: 119-120, 136. Véase también Cenote Santo
 Proskouriakova, Tatiana: 33, 88; Chichén Itzá, ilustración por, 88-89, 120, 121; estudios sobre jeroglíficos mayas, 34
 Proyecto Arqueológico de la Acrópolis de Copán: 94, 96
 Q
 Quetzalcoat: 127
 Quetzales: uso decorativo de los, 53
 Quiriguá: 36, 99, 100; estela en, 38, 39

R

Rana Fumante: 70, 72, 96
Reents-Budet, Dorie: 69
Religión: deidades aztecas, 138; deidades mayas, 10, 58, 61, 71, 72, 131, 133, 138, 155; deidades toltecas, 127; organización política maya y, 57; persecución cristiana de los mayas, 15
Río Copán: 93
Río Hondo: 60
Río Motagua: 52
Río Nuevo: 60, 65
Ruz, Alberto: 92, 105; excavaciones en Palenque, 81-89

S

Sablov, Jeremy: 143, 144-145
Sal: uso como moneda por los mayas, 61
Sanders, William: 103-104
Santo Domingo de Palenque: 18
Sayil: 126, 140, 144, 147, 161
Schele, Linda: 69, 138; comentarios sobre el auge de Chichén
Itzá, 135-136; estudio de las estelas, 71; investigación en Cerros, 60-63; investigación en Palenque, 92
Selva tropical de Petén: 73; máscaras de estuco halladas en, 6
Señora Estrella-Concha: 68
Señora Xoc: 66, 67
Serpiente visión: 67, 69-70, 100; artefacto, 156
Sharer, Robert: 104
Siemens, Alfred: 59
Soberano B (Yaxkin): 75
Soberano Cuatro de Dos Pilas: 106
Soberano Dos de Dos Pilas: 105-106
Soberano Tres de Dos Pilas: 106
Soberano Tres de Naranjo: 68
Solorio, Pablo: 26
Stephens, John Lloyd: 12-13, 21, 28, 127, 142, 143, 144, 150; comentarios sobre Chichén Itzá, 129; en Palenque, 23-25; en Uxmal, 139; formación de, 22, 23; y pozo sagrado de Chichén Itzá, 119, 121; redescubrimiento de Copán, 7-9, 23
Storey, Rebecca: 96, 97
Stuart, David: desciframiento de glifos en Copán, 100, 101

T

Tabasco: mercenarios mayas de, 147, 148; presencia maya en, 9, 134

Técnicas arqueológicas: dominio del dibujo, 26; etnografía, 149; pruebas del radiocarbono, 50, 126; radar de apertura sintética, 59-60
Templo del Sol (Palenque): 90, 92; panel esculpido de, 18, 19
Templo de la Cruz Foliada (Palenque): 90
Templo de los Guerreros (Chichén Itzá): 129; excavaciones en, 134; figuras de piedra de, 136, 161
Templo de las Inscripciones (Palenque): 82; excavación de la tumba de Pacal en el, 81-82, 83, 84-89; jeroglíficos transcritos de, 20-21; textos glíficos grabados en, 91
Templo de la Cruz (Palenque): 90
Templo Superior de los Jaguares (Chichén Itzá): figuras de piedra del, 27
Templo de Kukulcán (Chichén Itzá): 120. Véase también El Castillo
Teotihuacán: 71, 158, 160; relaciones con los mayas, 68
Thompson, Edward Herbert: 35, 42, 135; comentario sobre Adela
Breton, 26; excavaciones en el Cenote Santo, 119, 120-126; formación de, 120-121; fotografías de ruinas mayas por, 42-43, 144-145, 146-147; llegada a Yucatán, 28
Thompson, J. Eric S.: 134; comentario sobre mayas como civilización serena, 33
Tikal: 36, 93, 108, 126, 138, 160; alfarería hallada en, 71; avances arquitectónicos en, 68; campamento de indios en, 39; como ciudad maya predominante, 72; corte transversal del templo de, 78-79; declive de, 104; dinastía establecida en, 70; estelas halladas en, 50, 70, 74, 160; excavación en, 68-69; incensario de terracota hallado en, 71; máscaras halladas en, 152, 160; pirámides-templos y edificaciones en, 68, 73, 74-79; población estimada de, 69, 75; prominencia lograda por, 68, 69, 160, 161; reconstrucción de, 75-77; rivalidad con Uaxactún, 70-72, 96
Tlaloc: 138
Toltecas: y mayas del norte, 127, 128, 137, 138, 161
Tula: 134; similitudes arquitectónicas con los mayas, 128
Tulum: 150
Tutul Xiu: 148

U

U-Cit-Tok: 103

Uaxactún: 68, 160; excavaciones en, 69-70; rivalidad con Tikal, 70-72, 96; templos hallados en, 69
Uayeb: 30
Universidad de Calgary: 70, 90
Universidad de California en Los Ángeles: 54
Universidad de Harvard: 28, 33, 35, 45, 121, 135
Universidad del Estado de Pennsylvania: 104
Universidad del Norte de Illinois: 143
Universidad de Pennsylvania: 68
Universidad de Pittsburgh: 143
Universidad de Princeton: 100
Universidad de Texas: 60
Universidad de Yale: 69, 90
Universidad Estatal de San Diego: 142
Universidad Metodista del Sur: 60
Universidad Vanderbilt: 104, 105
Uxmal: 28, 126, 127, 136, 144, 148, 161; cancha para juego de pelota en, 142; Casa de las Palomas, 42-43; y Chichén Itzá, 143; declive de, 143; ruinas de, 10, 25, 139

V

Valle de México: 68
Voluta-Ahau-Jaguar: 70

W

Waldeck, Jean Frédéric: 20, 21, 22; dibujos de ruinas mayas por, 20-21
Webster, David: 103-104

X

Xbalanque: 56, 57
Xibalba (Inframundo): 56, 57, 87, 91

Y

Yax-Kuk-Mo: 96, 100, 103; efigie de arcilla de, 99
Yax-Moch-Xoc: 160
Yax-Pac: 102, 103
Yaxchilan: dintel grabado hallado en, 66, 67
Yaxha: 68
Yaxkin: 75
Yaxuná: 138
Yucatán: 42; conquista española de, 15, 161; fotografías por LePlongeon, 24; pozos o cisternas corrientes en, 119; presencia maya en, 9-10, 12, 106, 126; viaje por, 22, 23

Z

Zac-Kuk: 91